ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

REGISTRADA COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE, EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE GUATEMALA, EL 16 DE ENERO DE 1930, BAJO EL NUMERO 8

AÑO XVI | GUATEMALA, C. A., SEPTIEMBRE DE 1939 | TOMO XVI

OFICINAS:
3A. AVENIDA SUR, NUMERO 1
SUBSCRIPCION:
2 QUETZALES POR AÑO

NUMERO 1

DIRECTOR DEL PRESENTE NUMERO:
LICENCIADO
J. ANTONIO VILLACORTA C.

SUMARIO

Página

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

FUNDADA EL 15 DE MAYO DE 1923

Y RECONOCIDA COMO ENTIDAD JURIDICA, POR ACUERDO GUBERNATIVO DE 20 DE AGOSTO DEL MISMO AÑO

PRESIDENTE HONORARIO: GENERAL JORGE UBICO

Junta Directiva para el período de 25 de julio de 1939 a igual fecha de 1940

Comisiones permanentes para el período de 25 de julio de 1939 a igual fecha de 1940

G2424-1M2C-10-39 NUMERO 96

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. — GUATEMALA, CENTRO - AMERICA

En el aniversario patrio

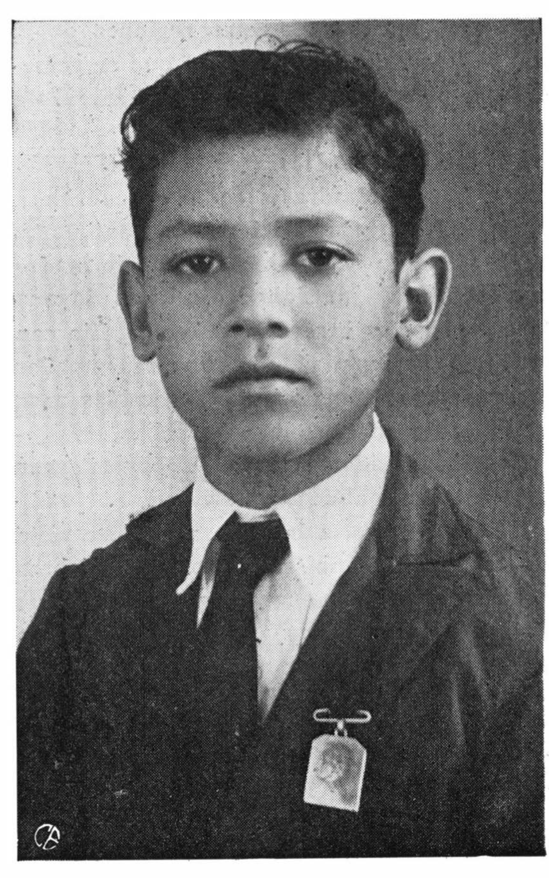
Por el socio Francisco Fernández Hall.

I

En la rotación constante de los días, en ese perpetuo desfile de luces de aurora y nocturnas tinieblas que va marcando cada uno de los que constituyen los diversos años, surge al mediar el mes de septiembre, pleno de patrióticas evocaciones para nosotros, los nacidos en estas regiones de la América Central, el día de la Patria, el 15 de septiembre en el que se rememora lo que en tal día del año 1821 ocurriera en esta Capitanía General de Guatemala, al ser desligados de manera pacífica y tranquila estos pueblos de los lazos que los mantenían políticamente sujetos a la heroica nación española, en virtud de los derechos por ella adquiridos como descubridora de todos y conquistadora de muchos de los pueblos del nuevo Continente. Durante tres centurias España tuvo a su cargo la altísima misión de madre de estos pueblos americanos; y no obstante las apasionadas críticas de muchos que la denigran complaciéndose en señalar errores, que, como dijo con verdad el poeta: "fueron del tiempo y no de España", ella supo desempeñar esa noble misión, prodigándose por sus reyes disposiciones favorables para estos pueblos, que se encuentran catalogadas en las Leyes de Indias, enviándose con frecuencia visitadores y jueces de residencia para que investigasen acerca del comportamiento de los funcionarios públicos, y luchando por mantener al indio alejado de la condición de esclavo, a la que se hubiese visto reducido si en España y en idioma español no hubieran resonado palabras redentoras, que hallaron eco en las conciencias de monarcas y pontífices que legislaron políticamente los unos y canónicamente los otros en favor de la libertad de la raza indígena, la pobladora de la mayor parte del Continente Americano.

La América hispana había sido educada en una tradicional devoción, en un respeto muy grande hacia los reyes españoles, respeto y devoción que no se veían igualados ni aun en las provincias de la misma España que habían pretendido frente a sus monarcas la conservación de sus respectivos fueros, y varias de las cuales se habían visto sacudidas por fuertes vendabales de rebelión. En España los reyes, para reinar, habían necesitado a veces de implorar la voluntad de los pueblos y se había dado allá el caso de que Rodrigo Díaz del Vivar exigiese en Santa Gadea un juramento al príncipe de no haber tenido participación en un crimen, antes de permitirle que ascendiese al trono. La América hispana, aunque geográficamente más alejada de la corte, era políticamente más dependiente de ésta que todo el resto de la monarquía. Según la tradición, una reina había empeñado sus joyas para que pudiese realizarse la maravilla del descubrimiento. Y si la conquista se había efectuado, debíase ello a que los reyes disponían de esforzados capitanes, que cruzaban los mares en débiles barquichuelos para tomar posesión de las nuevas tierras en nombre del monarca reinante. Este era, pues, el dueño de ellas, eran suyas por derecho de conquista, y para los

pueblos americanos el rey se hallaba investido con un carácter aún más sagrado que el que tenía para las provincias que integraban la monarquía en la península. Estas enviaban sus diputados o representantes a las cortes convocadas sin regularidad ninguna, en cuanto al tiempo, por los reyes. Pero la América no había disfrutado de tales prerrogativas. Sus extensos territorios eran colonias, no provincias. Tales colonias eran dominios de la corona y por esto en ellos la corona, el augusto símbolo regio tenía forzosamente que ser más respetable y más respetado. Teniendo en cuenta estos antecedentes, podrá llegarse a comprender cuán grande sería el estupor con que en las colonias americanas fueron recibidas las primeras noticias acerca de los graves sucesos ocurridos en España con la invasión napoleónica y la profunda indignación que tales noticias causaron entre los leales súbditos. El rey ya no era rey. Por arte de magia la corona hispánica era quitada de las sienes de Carlos IV y de su legítimo sucesor "el Deseado" Fernando VII y colocada en las de un hermano del emperador, que no había nacido en España, ni tenía para ejercer dominio en ésta más derecho que el de la fuerza. Esa fuerza que en la península podía ser desarrollada en su intensidad máxima, por medio de las legiones francesas, resultaba nulificada en América. En esta las primeras manifestaciones políticas no fueron *contra* el rey, sino *en favor* del rey y comenzaron vivando a Fernando VII aquellos mismos que, al cabo de algunos años, concluyeron con su dominación en las tierras continentales de América. En el centro de éstas, los pueblos del istmo centroamericano, por una serie de circunstancias y muy especialmente por las escasas relaciones que sostenían con los otros, se mantuvieron en un estado de quieta expectación. Sus autoridades tanto políticas como religiosas velaron solícitas porque no se difundiesen las noticias de los pronunciamientos revolucionarios ocurridos en otras partes, y cuando les fué imposible ocultarlos del todo, se cuidó de pintar como monstruosos engendros del



(Cortesía de la Revista de Educación)
Como homenaje al país, publicamos en este aniversario el retrato de José Luis Contreras, oriundo de la ciudad de Guatemala y el mejor alumno de la Escuela Nacional «Simón Bolívar» en 1939

abismo a los autores de ellos y principalmente a Napoleón I, el invasor de España, el que mantenía prisioneros a los reyes y no dejaba que imperase en España y en sus dominios de América el monarca Fernando VII, cuya jura habíase efectuado en Guatemala con gran pompa y solemnidad, perpetuándose el recuerdo de ella con la publicación de un libro, bello exponente del alto grado de adelanto que alcanzaban ya en Guatemala las artes gráficas en aquella época.

Mas por mucho que fuese el celo desplegado por las autoridades en impedir toda difusión de las ideas libertadoras, era imposible que no llegasen a Centro América los ecos de lo que ocurriendo estaba en las regiones del norte y en las del sur, y que no surgiese en los patriotas el anhelo de aprovechar las favorables circunstancias que se presentaban para lograr la Independencia. Las tentativas que para ello se hicieron en 1811 y 1814 no se vieron coronadas por el éxito; mas en 1820 el pronunciamiento de las tropas que enviaba España a América para combatir la libertad, obligó al monarca, que se había declarado absoluto, a jurar de nuevo la constitución promulgada en Cádiz el año de 1812 y en la cual se hallaba garantizada la libertad de imprenta, y valiéndose de esta libertad los patriotas centroamericanos iniciaron los trabajos que tuvieron feliz culminación el 15 de septiembre de 1821, al ser suscrita en la Capitanía General de Guatemala el acta de la Independencia.

II

Centro América desde aquel día quedó librada de la sujección a España, mas desgraciadamente, también desde aquel día quedó fraccionada, pues ya no estuvo integrada por todos los elementos que constituyeron durante la colonia la Capitanía General de Guatemala. Chiapas se segregó de ésta, soñando algunos con que se constituyese en estado independiente y queriendo otros que, como al fin lo hizo, formara parte de la nación mexicana. En los otros distritos de la América Central no hubo unidad de miras ni de acción con respecto al asunto de la Independencia, y en vez de cooperar todos a la formación de un núcleo fuerte y compacto, se tuvieron ya suspicacias y recelos, se fomentaron localismos y se dió pábulo a enemistades lugareñas que vinieron a provocar en definitiva el fraccionamiento en cinco pequeñas repúblicas de este privilegiado suelo de la América Central, en el que no debía ondear más que una bandera, ni existir más que una nación. Ese fraccionamiento no fué inmediato, pues se mantuvo durante algún tiempo la existencia, si no efectiva, a lo menos legal e internacional de una República federal de los Estados del Centro de América. Había en aquella época en las tierras de América un gran soñador, cuyo vasto ensueño al cabo de una centuria tratan de tornar en realidad los pueblos. Era aquel hombre Simón Bolívar y era aquel sueño el de confederar a todos los estados hispánicos de la América en una vasta anfictionía, para que todos velaran juntos por la libertad y el bienestar de todos. Ya que no era dable el agruparlos a todos bajo un solo gobierno porque para ello según el mismo Bolívar sería necesario que aquel gobierno "tuviese las facultades de un Dios", sí era factible

el que los gobiernos de los diversos estados entrasen en un pacto de alianza, mediante el cual, todos estuvieran obligados a acudir en defensa de cualquiera de los confederados que se viese agredido por un poder extraño y se mantuviesen entre ellos las más íntimas, cordiales y benéficas relaciones. Explicando la forma de llevar a cabo su genial pensamiento, Bolívar dijo a los pueblos de la América, en diciembre de 1824: "Entablar ese sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre sólo calma nuestra tempestad. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas y bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español". Al pedir a la América el envío de tales plenipotenciarios y al considerar en la reunión de éstos el medio único de constituir la confederación propuesta, queda libre la noble figura del Libertador Bolívar de la sombra de ambición y de la sospecha de anhelos imperialistas, con que algunos de sus émulos y muchos de sus contemporáneos intentaron desvirtuar su enorme concepción política. No buscaba él en aquella reunión de naciones el manto de los césares para sí, ni ventajas materiales para ninguno de los suyos y lo demostró brillantemente no queriendo presentarse en la sede del congreso, no obstante las reiteradas insinuaciones que para ello se le hicieron por varios de los representantes congregados, y por distinguidos políticos de la gran Colombia, el Perú y Bolivia.

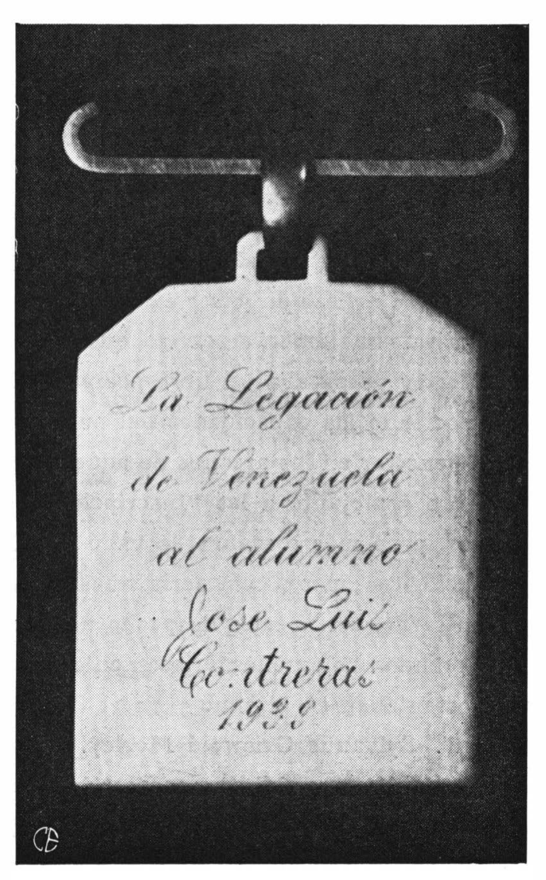


(Cortesía de la Revista de Educación)
Medalla con el busto de Bolívar, creada por la Legación de Venezuela (1939) para el alumno más distinguido de la Escuela «Simón Bolívar» de la ciudad de Guatemala

Anhelaba Bolívar agrupar en una confederación a las repúblicas americanas que antes habían sido colonias de España, es decir, a aquellas entre las que existían conexiones étnicas y lingüísticas. La unidad racial e idiomática era básica, de carácter fundamental en su proyecto que fué reformado sin autorización suya por Santander, quien hizo extensiva la invitación a los

Estados Unidos de Norte América y aun a naciones europeas, que, como la Gran Bretaña, distaban muchísimo de tener comunidad de intereses con los jóvenes países hispanoamericanos.

En Panamá, en la vecindad de la América Central por decirlo así, se reunió aquella Asamblea de los pueblos de la América, a la que infortunadamente no todos concurrieron. Los de Centro América aunque, como ya indicamos antes, no mantenían una sólida unión entre ellos, sí concurrieron en debida forma a la gran cita bolivariana, siendo sus representantes nombrados por el Congreso Federal con aprobación del Ejecutivo: el Doctor Pbro. don Antonio Larrazábal, que ya con anterioridad había representado a Guatemala en las Cortes de Cádiz, y el Dr. don Pedro Molina, que ya había sido plenipotenciario en Bogotá, de las Provincias Unidas del Centro de América. Ambos laboraron patrióticamente en el sentido de que se llevasen a cabo los planes del Libertador, y si se hubiese aceptado la idea sugerida por ellos, de acuerdo con instrucciones recibidas de su Gobierno, de trasladar la sede del Congreso a Guatemala en vista de lo insalubre de Panamá, en aquella época, para los congresistas, quizás se habrían obtenido mejores resultados con el traslado, que con posterioridad se hizo, a Tacubaya, a donde ya no llegaron más que unos pocos de los diputados. De los nuestros, el Dr. Larrazábal se trasladó a la mencionada población y en ella esperó durante mucho tiempo la reanudación de las labores del congreso. Centro América permaneció fiel al ideal bolivariano y se empeñó en su realización más que algunos de los pueblos, que más directamente que esta nación del istmo, habían recibido los beneficios de la acción libertadora de Bolívar. Recordar esto es de justicia ahora que conmemoramos el aniversario de la independencia patria, y en esta época en que contemplando la situación de ciertos países de Europa, se puede apreciar con cuánta clarividencia y con cuánto amor para la América concibió el Libertador su vasta idea de la confederación de las naciones hispanoamericanas.



(Cortesía de la Revista de Educación)

Reverso de la medalla El Libertador, que en 1939 fué otorgada al alumno José Luis Contreras, de la Escuela «Simón Bolívar» de la ciudad de Guatemala

Bibliografía Patria. La obra monumental del Dr. Sylvanus G. Morley

"Inscripciones del Petén". Editada por la Institución Carnegie de Washington

Estudios bibliográficos, por el socio
Licenciado J. Antonio Villacorta C.

I

El aparecimiento de una obra científica es siempre un suceso de alta trascendencia espiritual; más tratándose, por lo que a nosotros respecta, de algo que se refiere directa y exclusivamente a parte muy importante de nuestra Patria. Sabíamos, en efecto, que el gran mayista norteamericano Sylvanus G. Morley preparaba un libro acerca de las Inscripciones Mayas del Petén, y conociendo las capacidades del autor y su enorme intuición e inteligencia para penetrar en los arcanos de aquel pueblo desaparecido, creímos que sería un libro semejante a las "Inscripciones de Copán", que, hace unos cuatro lustros, poco más o menos, le valió justa fama en el campo de las ciencias arqueológicas; pero, cuál sería nuestra sorpresa y cuánta nuestra alegría al encontrarnos en nuestro despacho una de esas mañanas recién pasadas, con seis grandes volúmenes lujosamente encuadernados en tela verde obscuro, que ostentaban en el lomo y en el frente esta leyenda: "The Inscriptions of Peten". Sylvanus Griswold Morley. Volume I.—II, etc., con letras doradas, y entonces comprendimos que estábamos frente a una de las producciones más notables en el campo de la Arqueología Americana, y que el servicio que presta el autor a nuestra Patria y a las ciencias históricas, era de aquellos que no pueden valorarse sino después de haber concluído el estudio de ella y de aquilatar los alcances que tendrá en el desenvolvimiento de las actividades a que está destinada.

Al abrir el primer volumen, lo hicimos con la consiguiente emoción de quien levanta un cortinaje para admirar algo para él desconocido, y nos encontramos con la sorpresa de una dedicatoria de este ejemplar, escrita de puño y letra del autor, que se mostró artista hasta en la distribución de los cortos renglones que trasmiten el cariño del amigo ausente para presentar su producción al devoto admirador de su talento y de su ciencia.

Dice la fina dedicatoria:

To
His Excellency
Señor Lic. J. Antonio Villacorta C.
Minister of Public Education
and distinguished President of
The Society of Geography and History of Guatemala
This work is cordially presented by
his friend and colleague The Author
Sylvanus Griswold Morley
Carnegie Institution of Washington,
Washington, D. C.
January 1st. 1939.

Y como si nos atosigara la sed de saber más y más de la vida pretérita de nuestros ascendientes, los antiguos mayas, nos hemos entregado a la exploración primero y a su lectura después, de esta monumental obra, como quien penetra al palacio encantado de sus antepasados, los constructores de aquellas urbes, ahora ruinas milenarias, que en los bosques del Petén alzan sus montículos cubiertos de escombros, y entre ellos: estelas, altares, cornisas y, en fin, restos de templos que otrora fueran verdaderos enjambres humanos, en que bullían por millares sacerdotes, guerreros y pueblos, en vida activa de paz y de guerra, de ciencia y de arte, de caza y de agricultura.

Nos proponemos dar a conocer en las páginas del volumen XVI de "Anales de la Sociedad de Geografía e Historia", que comienza con el presente número, los cuatro aspectos principales de la obra a que nos referimos, así: en el primero, entresacando el material del prefacio del autor, la cantidad e importancia de las personas y de las instituciones que contribuyeron en algo a la magnífica obra producida por el señor Morley; en el segundo, expondremos la parte arquitectónica de dicha obra, es decir la distribución del material estudiado, tanto en texto escrito por el autor, como en fotograbados y dibujos que contribuyen al éxito del libro; en el tercero daremos a nuestros lectores una muestra de cómo el autor describe y estudia los sitios arqueológicos del Petén, y para el efecto transcribiremos la traducción de lo que se refiere a Cancuén; y, por último, en el cuarto, transcribiremos la copiosa bibliografía que consultó el autor para llevar a feliz término su monumental trabajo. Cada uno de estos aspectos ocupará los cuatro fascículos que formarán el tomo XVI de nuestros Anales.

Nota bibliográfica

Volumen I.

ANTEPORTADA: Pág. 1.—Las Inscripciones del Petén.

FRONTISPICIO: Cabeza del Sembrador de Maíz en la estela 40 de Piedras Negras, departamento del Petén, Guatemala, descubierta por la quinta expedición centroamericana de la Institución Carnegie de Washington, el 22 de mayo de 1921.

PORTADA: Las Inscripciones del Petén.—Por Sylvanus Griswold Morley, socio de la Institución Carnegie de Washington.—Volúmenes I, II, III, IV y V. Parte primera.—Parte segunda, grabados. Sello con el retrato de Carnegie y la leyenda: Institución Carnegie de Washington.—1902.—Publicado por la Institución Carnegie de Washington.—Washington, 1938.

REVERSO: Institución Carnegie de Washington.—Publicación número 437.—The Waverly Press, Baltimore, Md.—Standard Engraving Company, Washington, D. C., Meriden Gravure Company, Meriden, Conn.

Págs. V a XII.—Prefacio.

Págs. XIII a XVIII.—Contenido: Volumen I.—Capítulo I.—Introducción II - III - IV y V.

Págs. XIX a XXIV.—Ilustraciones; frontispicios; apéndices; figuras de texto, Vol. I, II, III, IV.

Págs. XXV a XXVIII.—Tablas.—Vol. I.—Vol. II.—Vol. III.—Vol. IV. Vol. V.

Págs. 1 a 465.—Texto.

Pág. 465 vuelto.—Marcador de la cancha de pelota, de Chinkultic, Chiapas, México.

Volumen II.

ANTEPORTADA: Pág. 1.—Las Inscripciones del Petén.

FRONTISPICIO: Inscripción en el dorso de la Estela 26 de Uaxactún, departamento del Petén, Guatemala, descubierta por la décimoséptima expedición centroamericana de la Institución Carnegie de Washington, el 7 de mayo de 1934.

PORTADA: Págs. III - IV.

Págs. V - VIII.—Contenido: Capítulo IV, V, VI y VII.

Págs. IX - X.—Ilustraciones.

Pág. XI.—Tablas.

Págs. 1 - 607.—Texto.

Pág. 607 vuelto.—Marqueta Norte de la cancha de pelota entre las estructuras 9 y 10 (segundo nivel) en Copán, Honduras.

Volumen III.

ANTEPORTADA: Las Inscripciones del Petén.

Pág. 1.

FRONTISPICIO: Altar del Zoomorfo O en Quiriguá, departamento de Izabal, Guatemala, descubierto por la décimoséptima expedición centroamericana de la Institución Carnegie de Washington, el 6 de marzo de 1934. *a)* Parte superior; *b)* Parte superior y lado Norte.

PORTADA: Págs. III - IV.

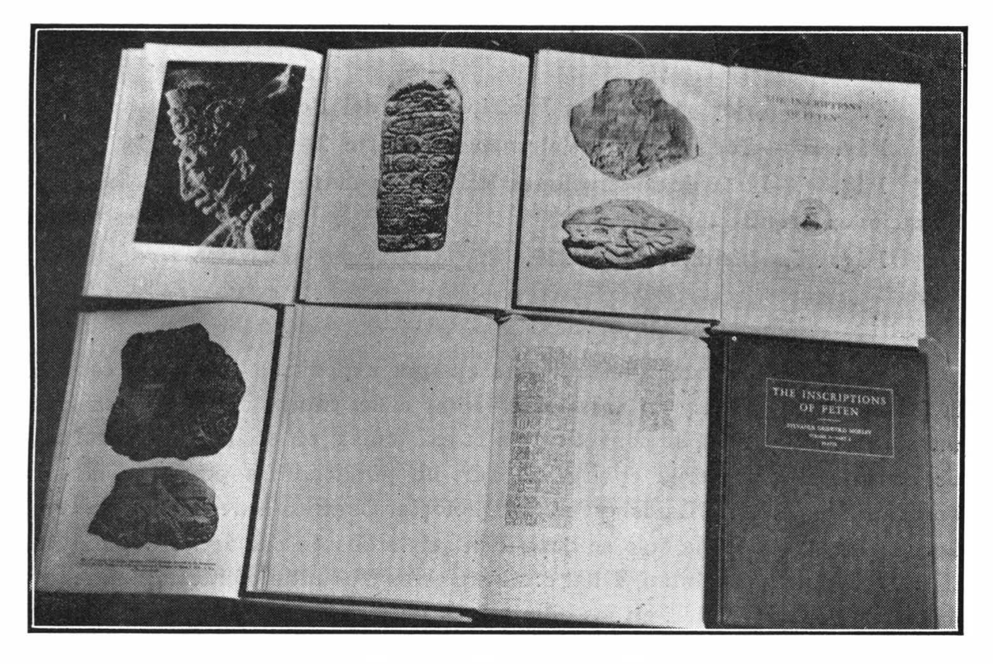
Págs. V - VI. Contenido: Capítulos VIII y IX.

Págs. VII - VIII. Ilustraciones.

Pág. IX.—Tablas.

Págs. 1 - 493.—Texto.

Pág. 493 vuelto.—Marcador Central de la Cancha de Pelota entre las estructuras nueve y diez (segundo nivel) en Copán, Honduras.



Facsímiles de algunas páginas de la monumental obra en seis tomos, «Inscripciones del Petén», del doctor Sylvanus G. Morley

Volumen IV.

ANTEPORTADA: Las Inscripciones del Petén.

Pág. 1.

FRONTISPICIO: Altar del Zoomorfo P en Quiriguá, departamento de Izabal, Guatemala, descubierto por la décimoséptima expedición centroamericana de la Institución Carnegie de Washington, el 5 de marzo de 1934. *a)* Parte superior; *b)* Parte superior y lado Norte.

Págs. III - IV.—Portada.

Págs. V - VII.—Contenido: Capítulos X - XI y apéndice del I al XIV.

Págs. IX - X.—Ilustraciones.

Págs. XI - XII.—Tablas.

Págs. 1 - 335.—Texto.

Págs. 336 - 422.—Apéndice. I - XIV.

Págs. 423 a 448.—Bibliografía.

Págs. 449 - 496.—Indice.

Pág. 497.—Marcador Sur de la cancha de pelota entre las estructuras 9 y 10 (segundo nivel), en Copán, Honduras.

Volumen V.—Parte 1.

Pág. 1.—Anteportada: Las Inscripciones del Petén.

Pág. III.—Portada (id.) Volumen V.—Parte 1.—Láminas.

Págs. VII - XXIII.—Lista de ilustraciones.

Dibujos de inscripciones y esculturas.—Láminas 1 -178 y 178A a H.

Parte 2.

Pág. I.—Anteportada: Las Inscripciones del Petén.

Pág. III.—Portada (id.) Volumen V.—Parte 2.—Láminas.

Pág. V.—Lista de ilustraciones VII - VIII: mapas, planos, cortes y restauraciones arquitectónicas.

Pág. IX.—Láminas. 179 - 219.

Estudio

Comienza el autor diciendo que en una expedición llevada a cabo en la Primavera de 1914 y en anteriores visitas a las ruinas de Copán, en Honduras, en 1910 y 1912, se convenció de la existencia, en el área maya del Sur, de considerable material epigráfico, aún no publicado, a pesar de la colaboración de A. P. Maudslay en la Biología Centrali-Americana; en cuya Sección de Arqueología sólo se describen seis sitios de esa área: Copán, Quiriguá, Palenque, Yaxchilán, Tikal e Ixkún, estos tres últimos incompletamente, mientras Teobert Maler, en las admirables publicaciones del Museo Peabody de Arqueología y Etnología Americana de la Universidad de Harvard, describe más sitios, sin que por ello se hayan agotado las posibilidades epigráficas en todas las ruinas por él visitadas en la región que abarcó en sus exploraciones.

En julio de 1914—continúa Morley—el autor presentó a la Institución Carnegie de Washington el plan para un estudio detallado de las inscripciones mayas, y, habiéndosele aprobado, se dedicó a organizar las respectivas expediciones, comenzando por las ruinas de Copán en 1915, que dió por resultado la publicación de su libro *The Inscriptions at Copan,* en 1920.

Entre tanto, se entregó a estudiar, con verdadera devoción, las inscripciones de la parte central de la región del Antiguo Imperio Maya, que forma ahora el departamento del Petén, en Guatemala, en la cual se desenvolvió al principio dicha civilización y de donde se expandió a sus áreas periféricas.

Expone que en el lapso de 1915 a 1937 se verificaron veinte expediciones patrocinadas por la Institución Carnegie en esta región, dando por resultado el descubrimiento de muchos nuevos sitios arqueológicos y la acumulación de gran material epigráfico muy apreciable, y que el estudio de esas inscripciones, su interpretación y clasificación y el desenvolvimiento de la historia del Viejo Imperio desde la primera piedra recordatoria del final del tercer cuarto del ciclo 8º de la Cronología Maya, hasta el ciclo 10º, período que abarca alrededor de seis centurias, forma el objetivo principal de la obra que estudiamos.

La recolección de este material, y su examen subsiguiente—manifiesta el autor—exigió necesariamente la cooperación de muchas instituciones gubernativas e individuales, "siendo de las primeras el Gobierno de Guatemala, en cuyo territorio se halla la principal región objeto de dicho estudio, y cuyos Ministros de Educación Pública que se sucedieron durante veinticinco años, se hicieron acreedores al aprecio del autor por su gestión oficial, sin la cual no habrían podido hacerse tales investigaciones; especialmente el Lic. J. Antonio Villacorta C., cuyo gran interés por las antigüedades de su país se manifestó siempre en generoso apoyo para las investigaciones de la Institución Carnegie de Washington.

El amigo del autor por más de un cuarto de siglo, Lic. Adrián Recinos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Guatemala en los Estados Unidos, desde hace más de diez años, se ha distinguido—dice Morley—por su auxilio personal, digno del mayor reconocimiento, especialmente en el aspecto bibliográfico de ese estudio. El Sr. Recinos es un profundo conocedor de la historia de su patria.

Otro amigo suyo de muchos años fué el Ingeniero guatemalteco don Fernando Cruz, ya fallecido, a quien el autor debe muchas informaciones geográficas acerca del Petén, pues, por su misma profesión, el señor Cruz era un conocedor sin segundo de la geografía de esa apartada región de nuestra Patria.

Al Gobierno de México y al de Belice el autor rinde las más expresivas gracias por los permisos concedidos a la Institución Carnegie de Washington, lo mismo que a sus respectivas dependencias que cooperaron eficazmente al estudio de numerosos sitios contiguos al departamento del Petén, principalmente a los señores José Reygadas Vertiz y Profesor Alfonso Toro, anterior y actual Jefe del Departamento de Monumentos, y al señor Ignacio Marquina, Director de Monumentos Prehispánicos, adscrito al Ministerio de Educación Pública de México, personas de quienes la Institución Carnegie obtuvo estudios y mapas de las ruinas de Yaxchilán y Balakbal, respectivamente. Los permisos del Gobierno de Honduras Británica para las expediciones del Museo Británico, del Field Museum of National History e Institución Carnegie de Washington, permitieron al autor la visita a muchos pequeños sitios en Belice, como Pusilha, Lubaantun, Tzimin Kax, Benque Viejo y la Milpa, habiendo incluído los resultados epigráficos de dichas expediciones en este especial estudio.

Finalmente, dice el señor Morley, el Gobierno de los Estados Unidos, por medio del Departamento de Agricultura, en cooperación con la Institución Carnegie y la United Fruit Company, ha contribuído fundamentalmente al estudio del Mapa Arqueológico por los registros de los señores O. F. Cook, G. N. Collins, J. H. Kempton y Wilson Popenoe, relativos a la Agricultura Maya. El señor Cook con los asistentes H. F. Loomis y R. D. Martín, de la Oficina del Plan Industrial del Departamento de Agricultura, acompañaron al autor en su expedición al Noroeste del Petén en 1922; el señor Kempton, también de la Oficina de Industrias, y el Profesor R. A. Emerson de la Universidad de Cornell estuvieron en el campamento de la Institución en Chichén-Itzá, por seis semanas, durante la primavera de 1935, y los señores Kempton y Popenoe, el último de la Compañía Frutera, recorrieron durante largo período del citado año la parte occidental de Guatemala y las adyacentes de Chiapas estudiando el cultivo del maíz como lo practican los nativos de esas varias regiones.

De acuerdo con dichas investigaciones, puede asegurarse la razón de ser de la civilización maya, como una cultura fundada en el cultivo del maíz, y el autor se expresa con entusiasmo, de la ayuda que recibió con esos estudios.

Al referirse a las entidades científicas no gubernamentales que contribuyeron extensivamente a sus investigaciones, permitiéndole además el estudio y las publicaciones de material no publicado por ellas, les rinde sus expresivos agradecimientos, hallándose entre ellos el Jefe del Museo Peabody de la Sección de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard, el del Museo de la Universidad de Pennsylvania, y el de la Escuela de Investigaciones Americanas de Arqueología del Instituto de América y hace especial mención al Dr. A. M. Tozzer, Curador de la Sección de Arqueología de la América Central del Museo Peabody, primero, por haberlo iniciado (al autor) en los fascinantes misterios de la epigrafía maya, al graduarse en Harvard; y después, por haberle permitido incluír en su obra, fotografías inéditas, notas y mapas de Lubaantún, Ucanal y Yaltitud; lo mismo que al señor H. H. F. Jayne, Director del Museo de la Universidad de Pennsylvania, por su amigable generosidad en permitir al autor la publicación de muchas fotografías, también inéditas, de Piedras Negras y de planos y mapas de ese sitio hechos por cuenta del Museo, y al Dr. E. L. Hewett, Director de la Escuela de Investigaciones Americanas, por su autorización para incluir en el libro datos epigráficos obtenidos durante la primera visita del autor al Petén en 1914, cuando estaba en conexión con dicha Escuela, así como también la de publicar numerosas fotografías inéditas de Quiriguá. Al Departamento de Investigaciones de América Media de la Universidad de Tulane, Louisiana, y a su Director, Mr. Frans Blom, da las gracias por haberle permitido reproducir fotografías inéditas de una plaza de Laguna Perdida, lo mismo que un mapa inédito de Chochkitam, e incluir muchas dataciones concernientes a la epigrafía de Chiapas, obtenidas por varias expediciones de estudio a dicho lugar.

Muchos Museos, de los que existen en América, han tenido la generosidad—dice el Sr. Morley—de facilitarle el estudio de sus importantes organizaciones.

En este sentido, expresa reconocimiento a los siguientes Museos, Directores y Curadores: al Dr. Clark Wissler, Curador de Antropología del Museo de Historia Natural de América, por su permiso para incluir en el libro fotografías inéditas de dos excavaciones de la Estructura 10 de Tikal, así como también de lo concerniente al dintel de la Escalera Jeroglífica de El Naranjo, cuyos originales se hallan en el Museo Americano; al Dr. Berthold Laufer, Curador de Antropología del Field Museum of National History, por el permiso para reproducir la fotografía de una escultura del Altar de Tzimin Kax, cuyo original se encuentra en dicho Museo; al señor Reginald Poland, Director del Museo de San Diego, por su permiso para publicar los cuadros de Tikal y Quiriguá de Carlos Vierra, del mismo Museo; y al señor George G. Heye, Director del Museo del Indio Americano, Fundación Heye, por la fecha relativa a una plancha con inscripciones de la Escalera Jeroglífica de El Naranjo, ahora en ese Museo.

Por lo que respecta a esta clase de instituciones, el autor rinde las gracias al Museo Británico, al Capitán T. A. Joyce, al señor Keeper, del Departamento de Cerámica y Etnografía, por el privilegio de reproducir algunas de las numerosas fotografías de la Estela de Pusilha que han sido llevadas al Museo Británico.

A don Carlos A. Villacorta, Director del Museo Nacional de Guatemala, rinde el autor cumplidos agradecimientos por las informaciones acerca del material epigráfico traído de varios sitios del Petén, principalmente de Piedras Negras y Uaxactún, a la ciudad de Guatemala.

Finalmente, a los directores del Staatliches Museum für Völkerkunde, de Berlín; el Museum für Völkerkunde de Basle, y al Rijksmuseum voor Völkerkunde, de Leyden, expresa el autor sus agradecimientos; al primero por la información concerniente al dintel 56 de Yaxchilán y estelas 1 y 2 de Sacchana (Quen Santo) cuyos originales se hallan en Berlín; al segundo por la información relativa a la escultura en madera procedente de Tikal, que se halla en Basle; y al tercero por la datación de la placa de Leyden, cuyo original se encuentra en ese lugar.

Ciertas corporaciones americanas ayudaron al autor a realizar mejor sus estudios, entre ellas: la United Fruit Company y la American Chicle Company, subsidiaria ésta de la Chicle Development Company. El señor Morley manifiesta su agradecimiento al señor Sam Zemurray, Jefe de la oficina de los Directores de la United Fruit Company, por el permiso para incluir en sus estudios el resumen de precipitación de aguas pluviales y temperatura de Puerto Barrios, Guatemala; mostrándose reconocido, también, a los señores Minor Cooper Keith (ya muerto) y Víctor M. Cutter, presidentes de la Compañía, por su activa asistencia en promover el estudio y excavación en Quiriguá, y a los otros muchos empleados de la Compañía en Guatemala, por sus grandes atenciones.

El autor se complace en expresar su profundo agradecimiento hacia el Doctor Neil P. Macphail, Superintendente del Hospital de la United Fruit Cº, en Quiriguá, donde ha sido hospedado en ocasión de sus múltiples visitas a dicho lugar, durante los últimos veinte años. "La nunca desmentida hospitalidad y el sabio consejo del Doctor Macphail—dice Morley—han colocado mis excavaciones y estudios en Quiriguá, entre mis más felices experiencias del área Maya".

El autor agradece al señor S. S. Yates, presidente de la Chicle Development Company, el haberle permitido incluir en su obra las notas de precipitación de aguas pluviales y temperatura recogidas por la Compañía en Paso Caballos, hacia el nordeste del Petén, cuyas continuas anotaciones son inapreciables, ya que es la única estación meteorológica en el departamento; y, en general, por las facilidades de su eficiente organización en el departamento del Petén. En esa vasta región, de cerrada floresta y del todo inhabitada, el arqueólogo se ve obligado a seguir las sendas trazadas por los chicleros; hacer de sus rutas sus propias rutas; de sus campos y cisternas, sus sitios de campamento; de sus trenes de mulas sus únicos medios de transporte de un sitio a otro, debiendo más, en sus exploraciones al negocio del chicle y a sus amplias ramificaciones, que a cualquier otro factor.

La Institución Carnegie contrajo una deuda de gratitud con el señor P. W. Shufeldt, presidente de la P. W. Shufeldt Co., durante cuyas operaciones en el nordeste del Petén, de 1922 a 1928, le prestó una ayuda efectiva para proseguir las excavaciones de Uaxactún, en el mismo período. El autor agradece personalmente al señor Shufeldt por haber organizado el transporte de la sexta expedición centroamericana, de Flores a Tenosique, en el río Usumacinta, en su segunda visita a Itsimte y Piedras Negras en 1921, y al asistente del señor Schufeldt, Capitán F. Vans Agnew, quien se sirvió permitirle usar el entonces inédito mapa de la concesión Weir (esquina nordeste del Petén), en la preparación del mapa de aquel departamento y regiones adyacentes.

El autor se refiere en seguida a las personas de dentro y fuera de la Institución, de cuya ayuda obtuvo los beneficios más completos:

El Doctor Hakon Wadell, geólogo sueco, tuvo la bondad de escribir un informe de la geología del Petén para incluirlo en su obra, y preparó un mapa de esta región mostrando sus principales características topográficas. Sus conocimientos directos de esta área, geológicamente poco conocida, hacen de su contribución una adición importante al estudio de que se trata.

El Doctor John L. Page, del Departamento de Geografía de la Universidad de Illinois, escribió un informe acerca del clima del Petén, basándose en observaciones meteorológicas efectuadas en Paso Caballos, así como en las obtenidas por estaciones periféricas en Belice y partes cercanas de México y Guatemala. El autor patentiza su reconocimiento al Doctor Page por este significativo estudio.

El señor J. O. Kilmartin, del Departamento de Estudios Geológicos de los Estados Unidos, durante la primavera de 1923, levantó un mapa del lago Petén-Itzá y preparó un informe acerca del mismo, para incluírlo en esta

obra, constituyendo ambos el estudio más completo que se haya hecho del mayor de los lagos de la región del Viejo Imperio, quedando por ello comprometida la gratitud del autor hacia el señor Kilmartin.

Sus compañeros epigrafistas que no pertenecen a la Institución Carnegie, Doctor Hermann Beyer, del Departamento de Investigaciones de América Media de la Universidad Tulane de Louisiana; Prof. Enrique Juan Palacios, del Departamento de Monumentos del Ministerio de Educación Pública de México; señores Lawrence Roys y E. Wyllys Andrews, son acreedores al agradecimiento del autor, por sus consejos y juicios críticos como especialistas en el mismo campo científico.

Especialmente al Doctor Beyer, el autor agradece su bondadoso permiso para utilizar en el estudio a que nos venimos refiriendo, material inédito procedente de Chiapas; al señor Palacios, por su ayuda con material epigráfico existente en el Museo Nacional de México; al señor Roys, por sus inapreciables tablas lunares y su presentación gráfica de seis formas del glifo X de la Serie Suplementaria; y al señor Andrews, por su sugestiva contribución en cuanto al significado del mismo glifo, el que más llama la atención en la cuenta lunar.

Al Doctor Carl E. Guthe, director de los museos de la Universidad de Michigan, expresa el autor su agradecimiento por las cuidadosas indagaciones de las Series Suplementarias, las cuales han establecido que los datos lunares en ellas presentados son probablemente más tabulares que obtenidos por observación.

Al doctor Herbert Joseph Spinden, Curador del Arte primitivo en el Instituto de Artes y Ciencias de Brooklyn, y su amigo por más de treinta años, agradece el autor especialmente el permiso para incluír en su obra los dibujos de la Estela 1 de Aguas Calientes y de la Estela 4 de Ixkún, hechos por el doctor Spinden, y más aún por su contribución fundamental al estudio del arte maya. El fué el primero en analizar, clasificar y estimar esa subyugante materia, y su brillante exposición de la misma, hecha hace más de dos décadas, continúa siendo autoridad principal en este campo.

Al doctor J. Alden Mason y al Dr. Linton Satterhwaite, Jr., del Museo de la Universidad de Penssylvania, expresa el autor su gratitud especial. Raramente se ha puesto en forma tan libre y generosa a disposición de un investigador extraño, dice, material original inédito, como lo hicieron con el autor esos dos colegas, el primero Director de la 1ª y 2ª Expediciones de Eldridge R. Johnson a Piedras Negras, y. el último Director de la 3ª a la 7ª expediciones del Museo de la Universidad de Pennsylvania al mismo sitio. Al señor Satterthwaite, quien, habiéndole consagrado años de estudio, no tiene rival como conocedor de Piedras Negras, agradece el autor el haber preparado la descripción de aquel lugar, presentada en su obra.

A otro querido y antiguo amigo, ahora desaparecido, Doctor T. W. F. Gann, del servicio médico colonial en Belice, el autor expresa *in-memoriam* su más cálido aprecio por la inestimable ayuda que le brindara en la organización de la primera a la sexta y la undécima expediciones centroamericanas en Belice. El doctor Gann, residió largo tiempo en aquel lugar y profundo

conocedor de su arqueología, ayudó al autor en muchos trances durante la organización de aquellas primeras expediciones, además de que sus viviendas en Belice fueron siempre puestas a su disposición. Los cinco libros de viajes en el área Maya han contribuído probablemente a popularizar la arqueología de aquella raza, más que cualquiera otra publicación desde los tiempos de John Lloyd Stephens.

A su colega, en una rama bastante similar, Doctor George C. Vaillant, Curador de Arqueología de la América Media en el Museo Americano de Historia Natural, el autor manifiesta su gratitud por la información relativa al material epigráfico en aquel centro; pero, más especialmente, por la brillante exposición del ordén de sucesión de la cerámica de Centro América y por su ensayo para poner en correlación las principales piezas de cerámica antigua de la América Media.

Al señor John S. Bolles y al señor W. L. Lincoln, el autor está especialmente agradecido por sus importantes contribuciones a este estudio; al primero por su descripción y mapa de las ruinas de Yaxchilán, y al segundo por el mismo trabajo de las ruinas de Yaxha.

A los señores Bolles y O'Neill y a la señorita Tatiana Proskouriakoff, el autor da las gracias por los dibujos originales que ellos hicieran especialmente para la obra de que se trata.

Al Padre Arthur Versavel, S. J., antiguo Jefe de la Misión Católica en Benque Viejo, Belice, agradece las muchas ocasiones cuando, yendo hacia el Petén o viniendo de él, fué confortablemente hospedado durante muchos días cada vez.

Al Doctor John E. Teeple, socio honorario de la Institución Carnegie de Washington, el autor hace presente su profunda gratitud por multitud de valiosas sugerencias en la interpretación de las inscripciones del Petén y en forma general por la valiosa contribución del Doctor Teeple para determinar el significado esencial de las Series Suplementaria y Secundaria. El Doctor Teeple fué el mejor estudiante de la epigrafía maya desde J. T. Goodman, el primero en descifrar las Series iniciales de las inscripciones en piedra, y cuya prematura muerte en 1931 ha privado a esta rama de la ciencia de un pensador original y entendido.

En la Institución Carnegie el autor ha obtenido considerable ayuda del Departamento de Magnetismo Terrestre, el cual ha enviado dos de sus propios observadores, los señores W. A. Love y John Lindsay y ha preparado especialmente a otros, señores J. P. O'Neill, Fred P. Parris y J. C. Harrington, con el propósito de determinar las coordenadas geográficas de los sitios visitados por las diferentes Expediciones Centroamericanas de la Institución. Los resultados de esta actividad, altamente especializada, que requiere observadores técnicos y equipados con instrumentos delicados en extremo, han sido inestimables, permitiendo, por primera vez, cartografiar eficientemente el norte del Petén y los lugares adyacentes del sudeste de Campeche.

Hace especial mención de un completo estudio de los mayas modernos que lleva a cabo actualmente el Doctor Morris Steggerda, del Departamento Genético de la Institución. Cuando este estudio se concluya, el autor está

seguro de que será una contribución sobresaliente al conocimiento de la antropometría, genesia, sociología, etnología y psicología mayas, y, probablemente lo más importante, al conocimiento de las prácticas agrícolas de los mayas que, con muy pocas variantes, son hoy las mismas de hace mil años.

A sus consocios de la división de investigación histórica, el autor agradece su liberal e infatigable ayuda y cooperación: a su amigo de tantos años, Doctor A. V. Kidder, Presidente de la División, expresa su profundo aprecio por el apoyo y estímulo continuo que brindara a las investigaciones del autor, aun antes de que el doctor Kidder llegara a ser presidente de la División en 1929.

Al Doctor Alexander Pogo, el autor agradece sinceramente la revisión concienzuda de los más recientes cálculos mayas, que por su propia índole ofrecen infinitas oportunidades para incurrir en errores, que no son fácilmente advertidos mediante el sistema ordinario de corrección. El sentido de las matemáticas mayas, altamente desarrollado en el Dr, Pogo ha sido una ayuda indispensable en esa importante tarea. Asimismo, el autor agradece al Doctor Pogo el haberle suministrado los equivalentes correctos del calendario Gregoriano con las fechas de la Larga Cuenta Maya.

Al profesor J. Eric Thompson, el autor tiene una doble deuda: primero, por su personal interés en el presente estudio, y segundo, por su ayuda oportuna y generosa, permiso para incluír en su obra mucho material original, agregando que el sobresaliente descubrimiento hecho por Mr. Thompson del significado del glifo "G" de la Serie Suplementaria como representante de los nombres glifos de los Nueve Dioses del Averno Maya, ha sido utilizado repetidamente en su obra. Agradece también al profesor Thompson los primeros desciframientos en Pusilhá y el descubrimiento de Tzimin Kax, La Milpa y El Palmar.

El autor manifiesta su agradecimiento al grupo cuyos nombres están asociados con las interesantes excavaciones efectuadas por la Institución en Uaxactún: doctor O. G. Ricketson, Jr., Sr. A. Ledyard Smith, Dr. H. E. D. Pollock, señores Edwin M. Shook, Monroe Amsden, R. E. Smith, Robert Wauchope y señora Ricketson.

El autor ha seguido con vivo interés las excavaciones en este sitio, descubierto por él en 1916, desde la inauguración de los trabajos en 1926, y gracias a la bondadosa cooperación de aquellos investigadores, le ha sido posible examinar el material epigráfico obtenido e incluirlo en su estudio.

De la misma manera, gracias a la amabilidad de los señores Karl Ruppert y J. H. Denison, Jr., el autor ha estado en posibilidades de presentar la fecha epigráfica de las ruinas de Balakbal y otros sitios en Campeche, México. Al señor Denison agradece también las fotografías de la estela de Balakbal y Naachtún.

Al señor Gustav Strómsvik a cargo de las excavaciones que la Institución hace en Copán, Honduras, el autor debe mucha y reciente información acerca de la cancha de pelota de aquel campo arqueológico.

Al Doctor H. E. D. Pollock, señores A. Ledyard Smith y Erwin M. Shook, el autor dice que está profundamente agradecido por sus magníficos descubrimientos de la más alta importancia en Tikal, el Caribe, la Amelia y el Altar de Sacrificios. La incorporación material en la obra a que nos venimos refiriendo, cuando estaba en prensa, no solamente ha llenado un vacío, respecto a las inscripciones de Tikal, sino también ha extendido el alcance de los monumentos fechados en el Altar de Sacrificios, en un siglo atrás. El autor expresa su agradecimiento al Doctor Pollock por su ayuda bibliográfica y al señor Shook por su inapreciable cooperación cartográfica.

El señor Francis B. Richardson, es acreedor al reconocimiento del doctor Morley por haberle llamado la atención acerca de las esculturas de Yaltitud y Laguna Perdida, que hubieran sido omitidas inadvertidamente en la obra a no ser por la bondadosa información que dicho señor le proporcionara.

A los Doctores France V. Scholes, Robert S. Chamberlain y Ralph L. Roys y al señor J. Ignacio Rubio Mañé, el autor agradece su ayuda en la introducción histórica de la obra, y al Doctor Roys, especialmente, por su colaboración consistente en traducir los manuscritos posteriores a la Conquista.

Además de los anteriores, cuya asistencia técnica en muchos campos han hecho posible su investigación, hay otros—dice el autor—demasiado numerosos para mencionar sus nombres: nativos de Guatemala, México y Belice; los fieles guías, muleteros, chicleros, trabajadores y ayudantes, cuya amistosa cooperación y directo conocimiento de las regiones atravesadas. ha contribuído en no pequeña parte, al éxito de las Expediciones Centroamericanas realizadas por la Institución. Si el autor escoge entre estos a Amadeo Esquivel, de Belice, quien lo acompañó y sirvió durante la mayor parte del tiempo en las primeras Expediciones, es porque resalta como un símbolo de todos aquellos sin cuya ayuda práctica en el campo, su investigación no hubiera podido llevarse a cabo.

En la interpretación final de cualquier manifestación de cultura, sin exceptuar la civilización maya, juega un papel preponderante el desarrollo de los correspondientes factores del medio ambiente que la han acondicionado, expeditado tal vez.

Para apreciar propiamente los antiguos hechos mayas, es preciso entender, en forma completa, los decisivos factores del medio: clima, topografía, geografía, geología, fauna y flora, de la región donde floreció. Evidentemente, estudios adecuados de esas varias materias están fuera del alcance de los recursos de una sola organización científica, por cuya razón la Institución Carnegie de Washington, de acuerdo con otros centros de investigación, ha dividido la labor: a la Universidad de Chicago ha encomendado el estudio de la sociología, etnología y lingüística del maya moderno; a la Universidad de Harvard la antropometría y un estudio médico del área maya; a la Universidad de Michigan, el estudio de la flora y fauna del Petén, y a la Universidad Duke, un estudio del aprovisionamiento de agua en Yucatán.

Aun cuando estas investigaciones no están relacionadas íntimamente con el ramo de la epigrafía maya, el autor menciona en su obra, las investigaciones colaterales de los doctores Robert Redfield y Manuel J. Andrade, de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago y sus diversos asistentes de la Institución Carnegie, doctor Azael E. Hansen y señora de Hansen, y señores Alfonso Villa R., S. Tax y señora de Tax; doctores Richard P. Strong, George C. Shattuck y socios de la Escuela de Sanidad Pública, doctor George D. Williams y señora de Williams, antes del Museo Peabody de Arqueología Americana de la Universidad de Harvard; señor F. M. Gaige, doctores Josselyn Van Tyne, L. C. Stuart y señores Adolph Murie y Milton Trautman, del Museo de Zoología de la Universidad de Michigan; señores H. H. Barlett y C. L. Lundell del Departamento de Botánica y del Herbario de la misma Universidad, respectivamente; doctores A. S. Pearse y F. G. Hall de la Universidad Duke; doctor E. P. Creaser, de la Universidad de Michigan y otros colaboradores; y doctor C. Wythe Cooke del Departamento de Estudios Geológicos de los Estados Unidos. Todos ellos han participado en la interpretación de los problemas antropológicos presentados por los mayas antiguos y modernos.

Y por último, aunque en realidad la primera, a su esposa Frances Rhoads Morley, patentiza el autor su más alto agradecimiento, no solamente por su ayuda activa durante todas las últimas expediciones, sino también por haber revisado minuciosamente los millares de referencias bibliográficas en estas páginas; pero más que todo, por su incansable estímulo y simpática comprensión a través de la década durante la cual fueron escritos los seis volúmenes de la obra.

Tal es la amplísima labor llevada a cabo felizmente por nuestro amigo el Doctor Morley, y tal la inapreciable colaboración que todas las personas e instituciones mencionadas por el autor pusieron a su disposición. Ya veremos en estudios posteriores cómo fueron aprovechados, oportuna e inteligentemente, los esfuerzos de tantos hombres de estudio, instituciones gubernamentales y científicas, lo que da a la obra del Doctor Morley, "Inscripciones del Petén", todas las probabilidades de perfección en las investigaciones arqueológicas de que se trata, instituyéndola para el futuro, como la obra magna de consulta en todas y cada una de las manifestaciones a que con verdadera abnegación se ha entregado el más sabio, intuitivo y modesto de los mayistas modernos, que unos en pos de otros, o formando parte de las expediciones a que se alude en el Prefacio, han pisado el suelo sagrado del Petén, en busca de la verdad científica para rehacer la vida, en todas sus más amplias manifestaciones, tanto materiales como espirituales, de un pueblo que, a través de las edades, aun intriga por sus vastas concepciones numéricas, arquitectónicas y artísticas, y que supo dejar en la piedra, el alma de la raza que perdura en el pueblo de Guatemala, valiente, altivo y abnegado, como el Quetzal de nuestro escudo.



Facsímiles de las portadas de cinco distintas ediciones de la notable obra de Stephens, incluso la de Guatemala (Quezaltenango) en medio, parte superior; esta última en español

Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán, por Mr. John Lloyd Stephens

Por el socio J. Fernando Juárez Muñoz.

En los últimos días del mes de mayo del corriente año, vió la luz pública el primer tomo de esta interesantísima obra, escrita en inglés en 1839, y vertida al castellano por el señor Benjamín Mazariegos Santizo y a su costa editada en la ciudad de Quezaltenango. Se anuncia para fines del año, el segundo tomo.

Faltan palabras para encomiar el trabajo del modesto traductor. Es sabido cuánto interés e importancia revisten esta clase de libros, que presentan el panorama político, social, económico, etcétera, de los diversos pueblos por donde el viajero ha pasado. Y aumenta esa importancia, cuando el viajero ha sido un personaje como Mr. Stephens, que unió a sus condiciones de prudente arqueólogo y sagaz político, excelentes cualidades de escritor y publicista, para quien no fueron extrañas la suavidad del léxico, la felicidad en las descripciones y la justicia en sus apreciaciones; de tal modo que no es simplemente la palabra del escritor más o menos autorizada, sino la del juicioso observador científico que analiza costumbres, estados sociales, a la vez que interpreta monolitos, estelas y altares. No falta tampoco el ironista que moteja personajes y que se adapta a situaciones por demás artificiales.

La obra de Mr. Stephens comprende un viaje de exploración arqueológica de cerca de tres mil millas por el interior de la América Central, Chiapas y Yucatán, visitando ocho ciudades indígenas en ruinas, algunas de las cuales casi permanecían enterradas. Realmente en aquella época no se había dedicado atención a esos monumentos del pasado indígena, mucho menos en Centro América, agobiada por la guerra civil, inmediatamente después del movimiento de independencia y de su estabilidad como nación libre. No estaban entonces para andar por montes y selvas extrayendo de las entrañas de la tierra, tanto tesoro que hoy ha ido a poblar museos, cuando ha podido trasladarse, o permanece cuidado y conservado en su sitio cuando por sus dimensiones no ha sido dable mover. Hoy se reconstruyen palacios y templos; pero antes se ignoraba que existiesen. De ahí que el trabajo de Mr. Stephens tenga mayor relieve y a través del tiempo pueda apreciarse



Facsímiles de páginas interiores de cinco ediciones diferentes de la obra de Stephens «Incidentes de Viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán», de 1841 a 1939

como un pioner de la Arqueología Americana, precursor de esta ciencia que pone a la vista en una retrospección de la historia, cuanto en obras materiales representara la vida de pueblos ya desaparecidos.

La versión castellana de este magnífico libro, ha sido un acierto del señor Mazariegos Santizo. Lenguaje claro y conciso, unidad en los conceptos, sin rebuscamientos ni inútiles tecnicismos que en muchas ocasiones hacen pedante una traducción, el tomo publicado se presenta modestamente, como un rico regalo para los estudiosos y como una hermosa contribución para hacer conocer el país, al comparar su pasado con el presente, tan distante y tan diferente.

Hemos dicho que el traductor ha sido también su propio editor. Doble mérito del trabajo verificado, ya que es sabido cuan escasa de utilidad económica es la edición de libros en nuestro medio. Quien publica un li-

bro difícilmente se costea, y si se trata de esta clase de obras que revisten seriedad y que no cuentan con muchos lectores que deseen tenerlas en sus bibliotecas, la cosa aumenta en proporciones mayores.

De ahí que merezca el señor Mazariegos todo encomio y la felicitación más entusiasta, que con el mayor gusto nos permitimos tributarle, enviándole nuestras voces de aliento para apresurar la publicación del segundo tomo, y si posible fuere, acometer la magna empresa de traducir al castellano las famosas obras del Doctor Morley, por ejemplo, que están pidiendo a gritos, la atención de quienes, dominando la lengua inglesa, quieran regalar una versión castellana a los amantes de nuestra Arqueología.



(Cortesía de Benjamín Mazariegos S.)

Modelo de ilustraciones de la edición guatemalteca de la obra de Stephens. Una estela de Copán

Apuntes sobre Geografía y Etnografía de la Costa Sur de Guatemala

Conferencia leida en la Sociedad de Geografia e Historia de Guatemala, en la tarde del 1º de abril de 1939, por el socio correspondiente Dr. Franz Termer, Director del Museo Etnológico de Hamburgo, Alemania.

Señor Presidente de la Sociedad de Geografía e Historia.

Señores Ministros:

Señoras:

Señoritas y caballeros:

Es un honor y un placer para mí, el encontrarme una vez más en el seno de esta docta Sociedad, que desde el año 1926 me distinguió con recibirme como socio correspondiente de ella. Aunque ausente de este bello país por unos diez años, siempre desde lejanas tierras he sentido los estrechos vínculos de amistad y estimación por Guatemala y su pueblo, y especialmente por esta Sociedad, poniendo mi grano de arena con unas modestas contribuciones en los "Anales". Al volver al país he podido apreciar nuevamente la proverbial hospitalidad que Guatemala y su ilustre Gobierno dispensan a todo el que se empeña en conocer y estudiar el conjunto de los problemas de su naturaleza y de su desarrollo cultural. He permanecido en Guatemala durante los últimos cinco meses adquiriendo nuevos conocimientos sobre la geografía y etnografía del país, acerca de las que me permitiré hacer sucinta relación, en esta conferencia, al final de la cual os mostraré unas vistas ilustradas de lo que os diga.

- -

Al considerar los resultados obtenidos durante los últimos veinticinco años en la investigación arqueológica de Guatemala, merece especial atención la investigación maya, la que fué iniciada por científicos alemanes, ingleses y norteamericanos varias décadas antes de la guerra mundial, y llegó a tener un auge inaudito en sus trabajos, gracias a la ayuda enérgica y económica de parte de los centros científicos norteamericanos que contaban con medios suficientes. Los que hemos tenido el privilegio de haber sido discípulos de uno de los más famosos americanistas, del inolvidable Doctor Eduardo Seler, tuvimos la convicción de la supremacía de México en el desarrollo cultural de Centro América, creyendo que había influenciado en forma definitiva las otras civilizaciones de vuestro país, pero nos desengañaron los resultados obtenidos en la investigación maya, especialmente gracias a las continuas excavaciones en este territorio vuestro; labor que siempre contó con el amplio apoyo del Supremo Gobierno de Guatemala. Los hallazgos en el norte de la República, en el Petén y Yucatán septentrional indicaban que la suposición anterior no era absoluta. La investigación se dedicó a examinar el calendario

para obtener datos de confrontación entre la cronología maya y la era cristiana; se estudiaron los diversos estilos de los monumentos y del arte manual (arte plástico y la cerámica) y se creyó haber encontrado diferentes fases evolutivas en sus desarrollos. Fué posible establecer entonces en el propio territorio maya, que existieron grados primordiales en el arte de aquel pueblo, antes de haber llegado a su desarrollo máximo. Se reconoce generalmente que la cultura maya debió haber recorrido épocas considerables antes de llegar a la de su apogeo, pero las opiniones divergen con respecto a la duración de dichos espacios de tiempo, y aún más, a la determinación de la fecha de su era cronológica. Los arqueólogos y astrónomos no están de acuerdo acerca del particular, y deseo subrayar en esta ocasión que los geólogos y geógrafos ven los problemas de la evolución cultural con otros ojos, es decir, con más sobriedad e imparcialidad. Además deseo advertir que no se debe calcular demasiado antigua la era maya. Siempre es bueno recordar que hasta la fecha no conocemos el origen racial ni etnológico de los mayas; ni tenemos datos exactos acerca de los vínculos entre los mayas y los pueblos mexicanos, digamos de los que habitaban en el istmo de Tehuantepec, en la costa del Golfo de México y donde radicaron los zapotecas. Todas las preguntas relacionadas con el origen o los vínculos etnológicos no se deberían contestar o tratar antes de haber examinado mejor y con más profundidad la arqueología del Istmo y de Chiapas.

Guatemala no ha sido únicamente la patria de los mayas, de aquellos seres extraños que residían en las bajas regiones del norte de la República, o de aquellas tribus de las altas, que ahora nos han revelado toda su riqueza. Hace más de 12 años que tuve la dicha de permanecer largo tiempo en este bello país, y en aquella época indiqué varias veces cuán necesaria sería la investigación arqueológica de nuestras altiplanicies, repitiendo esta idea en los círculos de mis amistades y en varias publicaciones. Mucha satisfacción fué para mí, encontrar que, durante el tiempo de mi ausencia, la investigación referida fué iniciada en este país por parte de los norteamericanos. Como he dicho anteriormente, Guatemala no ha sido solamente la residencia de dichos pueblos, sino también de otras tribus que en parte tenían una cultura tan alta como los mayas. Me refiero especialmente a los pueblos que vivieron en la costa del Pacífico de vuestra República, siendo *los pipiles* los más conocidos entre ellos. Si en esta oportunidad y ante una asociación tan ilustre, me permito referirme particularmente a las condiciones etnológicas de la costa del Pacífico, es decir, a la zona de mayor importancia económica y demográfica en la República, lo hago precisamente porque su historia, su civilización y su destino han sido tratados hasta ahora con menos interés comparada con la investigación maya. Y también por la circunstancia de que recientemente me ocupé detalladamente de las poblaciones de la costa del Sur, haciendo un estudio etnológico detenido de ellas. Precisamente al investigar estas poblaciones y sus habitantes se unen las ciencias arqueológica, histórica y geográfica, se dan la mano, y por lo tanto no puedo concebir tema más adecuado para desarrollarlo ante esta Sociedad, señalando en breves rasgos los problemas que fueron presentándose en el curso de mis investigaciones.



ESQUEMA
DE LA DISTRIBUCION
DE LA RAZA MAYA-QUICHE.

(De la obra «Prehistoria e Historia Antigua de Guatemala», por J. Antonio Villacorta C. 1938)

En primer término quiero tratar del territorio donde habitaron aquellos pueblos. Aquí la Geología y la Geografía tienen que perfeccionarnos las bases fundamentales.

Delante de la cordillera volcánica de la costa meridional de Guatemala se extiende un territorio bastante extenso hasta el Océano; en declive lento llega desde los volcanes hasta la orilla del mar, así que el perfil aparece ser una curva ligera la que comienza a subir repentinamente al llegar a las faldas de los propios volcanes y a los costados de las montañas correspondientes. Esta tierra es baja en la costa Sur y se compone de dos partes, donde el río Michatoya puede tomarse como línea divisoria, obteniendo por ello una parte occidental y una oriental. La mitad occidental tiene más fondo que la oriental. Si fijamos una altura de 500 metros sobre el nivel del mar, como medida máxima, entonces podemos decir que el territorio occidental varía entre 40 a 60 kilómetros de ancho, mientras que el oriental se extiende entre 16 a 35 kilómeros. En el occidente, la elevación de los volcanes es más pronunciada y en consecuencia los ríos de este territorio tienen una corriente más fuerte. En el Oriente, las sierras de montañas no sólo son más bajas sino también se encuentran divididas en varios macizos que se extienden desde el Pacaya a través de la Gavia, el Tecuamburro hasta el macizo volcánico del Moyuta. Todos los ríos de importancia, como el río María Linda, río de Los Esclavos y el río Paz tienen sus nacimientos bien adentro de los altos orientales y tienen menos corriente en el curso inferior que los ríos grandes del occidente. Además en el occidente se notan tramos más marcados que se desligan de la sierra principal, formando lomas paralelas del Norte al Sur, extendiéndose verticalmente sobre la dirección oeste-sudoeste de la costa, por lo que causan grandes dificultades al tránsito. En el Oriente, no hay tales tramos de montañas; solamente una excepción hecha por las lomas considerables del volcán de Moyuta que dan a la costa y forman una obstrucción contra el valle del río Paz, obstaculizando el paso a dicho valle.

Desde el punto de vista geológico, se hallan con una conformación uniforme de origen volcánico. Predominan formaciones andesíticas únicamente en la bahía ancha del Pamaxán, al Norte de Santo Tomás La Unión. Se encuentran formaciones graníticas, especialmente en la superficie de los barrancos del río Nahualate y de sus afluentes, por ejemplo del río Moca. Allí han tomado la forma de rocas muy quebradas, particularmente en las faldas occidentales de las montañas de Santa Clara (véase el pico llamado "Botz" por los indios del Quiché), entre Siquinalá y Mirandilla, Escuintla, se extiende un macizo de roca de tobas que se distingue por sus picos, peñascos y riscos, por lo que llamaron poderosamente la atención del célebre cronista Fuentes y Guzmán. Entre éstos se cuenta el Peñón de Siquinalá, que se eleva como un verdadero faro en el declive hacia la costa. En el Oriente, hay formaciones andesíticas muy corridas que forman la Gavia, y también las lomas transversales del Moyuta cerca de Pasaco, que aparecen como antiguas corrientes de lava. La leyenda popular cuenta que varias de estas elevaciones esconden metales preciosos, tal se dice del Peñón de Siquinalá y de las montañas de Pasaco. Yo no pude encontrar otra cosa que piritas

simples y piritas de hierro, mas no pude comprobar la existencia ni de oro ni de plata, y seguramente los aborígenes precolombinos lo hubieran aprovechado si realmente existieran o hubiesen existido.

Ahora se sabe que la arqueología no ha podido descubrir productos ni de metales preciosos ni de jade en la zona de la costa del Pacífico, exceptuando unos hallazgos esparcidos y excepcionales que tienen procedencia de los altos territorios donde habitaban los mayas.

Si observamos la región de la costa del Pacífico nos encontramos con un territorio completamente cultivado. Bosques densos, selvas vírgenes quedan únicamente en las faldas muy pendientes de la cordillera y en un conjunto muy reducido a la orilla del mar. Especialmente durante los últimos 30 a 40 años, el bosque ha sido completamente explotado. También la parte oriental de la tierra baja tiene ya poco bosque. Si exceptuamos los bosques de mangle en la zona de las lagunas (esteros), casi ya no encontramos allí bosques densos de gran extensión. Tales bosques sólo pude encontrarlos en los terrenos de Santa Clara, al Sur de Chiquimulilla, y en forma de magníficos corozos, mientras que los bosques del territorio que quedan entre las desembocaduras del río Paz y el río de Los Esclavos han disminuído considerablemente en tiempos recientes, por necesitarse la madera como leña para las salinas en esos lugares. En cambio, en el Occidente, encontramos plantaciones de café, caña de azúcar y bananos, careciendo de ellas el Oriente. Aquí abundan pastos en gran extensión y entre esos chaparrales con arbustos, acacias espinosas, tunas, cácteas y césped.

Este panorama debe ser muy diferente del que se encontraba en el mismo lugar todavía a fines del siglo XIX. El bosque era más denso. Sólo hay que recordar las descripciones del territorio cerca de Retalhuleu por Otto Stoll y oír los relatos de los habitantes más ancianos del Oriente, que han conocido bien el terreno. Según ellos, hace como 40 años, todavía existían bosques densos en la costa baja, cerca de Taxisco, Guazacapán y Chiquimulilla, y en las partes taladas habían siembras de maíz.

Más difícil es concebir cómo fué el territorio durante el tiempo de la conquista. Lamentablemente no existen descripciones antiguas y exactas acerca de la costa del Pacífico. Nos podemos atener únicamente a pocas anotaciones en los informes de don Pedro de Alvarado, en el diario de viaje de Fray Ponce de León y de Palacios y en la crónica de Fuentes y Guzmán. Sin embargo, se desprende de estos datos que la existencia en el territorio referido de bosques densos era mayor que en el presente, pero dentro de los mismos se hallaban partes taladas y cultivadas por los indios, aprovechándolas para siembras de maíz y cacao que se irrigaban artificialmente.

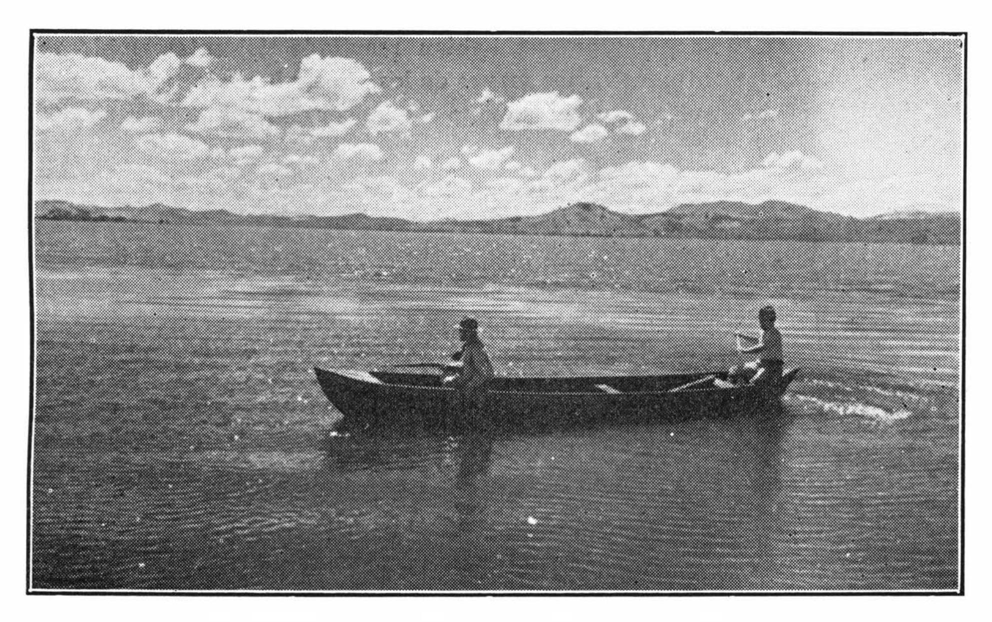
No se sabe si también existían en el Oriente, pero se supone que sí. ¿Habrían chaparrales en tiempos anteriores a la conquista? En la parte occidental indudablemente no, pues hasta la fecha carece de ellos el territorio situado entre el Michatoya y el Suchiate. En el Oriente no es posible negarlo, por razones climatéricas. Siempre hay que recordar la diferencia palpable del relieve territorial entre la costa occidental y la oriental, del lado del Pacífico. Las elevaciones magnas de las cordilleras occidentales se pres-

tan admirablemente para detener las lluvias, especialmente durante el invierno tropical, pues como las corrientes de aire caminan del Océano Pacífico hacia el interior del continente, generalmente como vientos alisios que desvían su curso al sudeste, dejan la humedad en las faldas de las montañas. Como digo, las elevaciones de la parte oriental son más pequeñas y también aparecen en grupos de macizos, entre los cuales se ajustan los barrancos de los ríos María Linda, de Los Esclavos y Paz. Allí se encuentran acumulaciones locales de lluvias, alternando con partes de poca lluvia. Pero como los volcanes del Oriente son más bajos que los del Occidente, la cantidad de lluvia y humedad es más reducida en esta región. Lo mismo se observa en los planos bajos de la costa, habiendo menos lluvia que en la costa occidental. Desgraciadamente carecemos de una pluviometría exacta en el Oriente de la República, faltando por completo en la costa baja oriental. La lista y los datos más exactos se encuentran en la finca "Santa Isabel" (departamento de Santa Rosa), pero ésta está situada al Norte del Tecuamburro y no es el índice completo para nuestra costa. De estas condiciones y observaciones acerca del clima deduzco que siempre ha existido una diferencia en el carácter panorámico de las dos costas en referencia, y si aún tomamos en cuenta que en los valles del Oriente se siente, casi constantemente, una ráfaga fuerte de viento que sopla de los altos hacia la costa, seco y caliente, entonces no podemos dejar de comprender por qué el Oriente tiene menos riqueza pluvial. La persona que conoce las faldas occidentales de la Gavia no olvidará con qué fuerza se deja venir el viento desde las alturas hacia la costa, particularmente en las tardes y por las noches.

Además de una cantidad reducida de lluvia durante el año, el Oriente tiene una estación de verano tropical muy marcada, con una evaporación de humedad sumamente fuerte, así pues, los terrenos se secan a profundidades considerables. Pero las costras secas y las capas casi de apariencia de laca en las rocas subrayan aún más el carácter árido del clima, fenómeno que se puede observar especialmente al pie del Volcán de Moyuta y al Sur de Pasaco. De esto se puede deducir que en la zona de la costa situada entre los ríos Paz y de Los Esclavos, se encontraban los terrenos menos poblados de bosques que en los otros territorios de las faldas. En consecuencia, supongo que cerca del río Paz ya existía chaparral en extensión reducida, en aquel tiempo; cosa que se ve con frecuencia en El Salvador. La sabana del presente y los chaparrales de las otras partes de la costa oriental son indudablemente más recientes y se han formado por las talas considerables de los últimos cien años.

Ahora no debemos olvidar de mencionar la zona de pantanos que se extiende entre los ríos Los Esclavos y Paz. Como he dicho anteriormente, la corriente de los ríos en el declive oriental es menos fuerte que al Poniente de Escuintla; generalmente tienen varios brazos (como el río de Los Esclavos) y el agua que rebalsa se acumula en hondonadas de poca profundidad, formando así lagos y lagunetas como las que encontramos al Sur de Pasaco Esto es el estado actual. En tiempos precolombinos el panorama debió haber sido diferente; pues, donde hoy se ven los pantanos, se encuentran frecuen-

temente restos y ruinas de poblaciones antiguas, como las que quedan en la vecindad del caserío El Paraíso y en el terreno de Montúfar. No se puede suponer que los antiguos habitantes indios hayan construído sus templos y adoratorios en una región expuesta por completo a inundaciones. Además nos hace reflexionar la circunstancia de encontrarse antiguas poblaciones junto a los esteros actuales. A inmediaciones del caserío El Potrerillo, al Sur de El Paraíso, pude descubrir trazas de poblaciones viejas y también en el terreno lodoso que queda descubierto al bajar la marea. Ese fenómeno lleva a la deducción de que todo este territorio, por lo menos el que se hallaba situado entre las desembocaduras de los ríos de Los Esclavos y Paz fué sumergiéndose lentamente durante los últimos siglos, dejando las poblaciones antiguas y la costa bajo el agua. Existen hasta factores que comprueban un hundimiento más reciente. Hace más o menos cuatro años, en 1934, un



Lago de Güija, en la antigua región habitada por los pipiles, entre las actuales repúblicas de El Salvador y Guatemala, América Central

temporal acompañado de un ciclón (como lo denominan los habitantes de esa región) sacudió y devastó la zona aludida. En tal ocasión el río Paz desvió su curso habitual hacia el Oeste, no lejos de su desembocadura, en el lugar conocido con el nombre de El Salamar, y como encontró un declive más rápido, por haberse hundido la parte mencionada del terreno, buscó un nuevo cauce, por el que corre a la fecha. De El Salamar toma su curso hacia el Oeste y desemboca a una distancia de 12 kilómetros, entre El Paraíso y Casas Viejas. Por la desembocadura antigua corre solamente poca agua hacia el mar. Este nuevo curso del río Paz ha inundado grandes partes de su vecindad. Las ruinas en el terreno de Montúfar fueron inundadas por tal motivo, y parte de los montículos y pirámides se hallan ahora en las malezas inundados. La majestad y el tamaño de dichas poblaciones y sus edificios no dejan duda alguna de que antaño fué un territorio muy poblado, en otras palabras,

que hace siglos, esta región era completamente seca y habitable. ¿Este cambio geológico y geográfico del país habrá sido el motivo por que los habitantes emigraran y buscaran otros lugares para su residencia? No lo sabemos, ni lo podemos comprobar por el momento. ¿Qué clase de pueblos radicaban en las tierras bajas del declive del Pacífico de nuestra República? La pregunta que considera la era precolombina se podrá contestar únicamente por la Arqueología y la Historia. Tomemos la conquista española como base. Bien se sabe que los ejércitos compuestos de españoles y tropas auxiliares mexicanas invadieron Guatemala por primera vez, en el año 1524, bajo el mando de don Pedro de Alvarado. Fué asimismo la primera aparición auténtica de europeos en este país. No era un avance hacia países desconocidos, pues los mexicanos aztecas poseían conocimientos bastante completos y buenos del territorio situado al Sur del istmo de Tehuantepec, de sus habitantes y de sus condiciones tanto políticas, como comerciales, económicas etcétera, etcétera, conocimientos que habían resultado del intercambio comercial y económico entre los reinos mayas de los altos y los reinos mexicanos. Noticias e informes auténticos del tiempo de la conquista confirman estos hechos.

Pero podemos suponer que los antiguos mexicanos conocían también las regiones más allá de Guatemala, porque existían caminos muy importantes que pasaban por este país y llegaban quizás hasta la América del Sur, cruzando en consecuencia las actuales Repúblicas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, lugares en donde los pueblos que descendían de los mexicanos emigrados habían formado nuevos hogares: y de ellos encontramos restos en la vecindad del curso inferior del río Ulúa, cerca de Naco, en varias partes de El Salvador, en Nicaragua, en el istmo entre el Océano y los lagos grandes, y finalmente en la costa atlántica de Costa Rica, cerca del río Reventazón.

No creo que estos pueblos de origen mexicano se hayan aislado completamente y rompieran los vínculos con el país de su procedencia, con México. Conservaban el idioma, la cultura y las costumbres, especialmente la religión de su antigua patria y formaban más bien centros apartados en un conjunto de pueblos distintos y parece que permanecieron ligeramente en contacto con México.

Por tales circunstancias resultaba más fácil para los españoles, conseguir datos relativamente exactos sobre los países al Sur de México, y especialmente para obtener guías expertos y peritos en su incursión conquistadora del año 1524, y para la célebre expedición de Hernán Cortés a través del Petén hasta Naco. Al venir de Soconusco, para invadir el territorio de la Costa Cuca actual, se encontraron primero en una región con bosques densos. después cerca del río Samalá, es decir en los alrededores del actual Mazatenango, llegaron a una zona muy poblada, cuyos habitantes les ofrecieron rudo combate. La población principal que fué conquistada aparece con el nombre ZAPOTITLAN en los informes de don Pedro. No hay duda que podemos localizar este lugar un poco al Sur del actual San Francisco Zapotitlán, en el terreno de la finca "Zambo". Los habitantes pertenecían a la tribu de los

quichés, como una rama de los mayas que habitaban en los altos. Se trata de los mismos quichés de tierra baja que aparecen en el "Título de los señores de Totonicapán". Como Alvarado cambió su ruta hacia el Norte, cerca de Zapotitlán, para llegar a los altos, no encontramos más datos acerca de los pueblos de la Costa Grande y de la Boca Costa, hasta que describiendo una región más al Oriente, nos hallamos con un grupo de indígenas que se denominan como "pipiles" y que vivían en enemistad con los cakchiqueles de los altos, cerca de Tecpán. Deseo recordar que Alvarado tomó posesión de la población Itzcuintlán más por un golpe de sorpresa que en una batalla de consideración. Creo que este lugar se encontraba un poco al Norte del actual Escuintla, más o menos en terrenos de la finca "Concepción", en dicho departamento. Sabemos que a principios del invierno de 1525, Alvarado



Otra vista del Lago de Güija, entre El Salvador y Guatemala

continuó su avance hacia el sudeste de la costa, y pronto, al pasar el río Michatoya se encontró con una población de idioma muy distinto de los conocidos hasta entonces. Se trataba de los *xincas o sinca.* Conoció sus villas y poblaciones; como Atiepac, Tacuilula, Taxisco, Nacendelán y Tecuaco, y después de cruzar el río Paz llegó a El Salvador. Estos cinco nombres y el de Pasaco son los únicos de la costa oriental que nos han sido transmitidos en el segundo informe del conquistador. Todos, con excepción de Pasaco, fueron habitados por los xincas. Taxisco, Nacendelán o Nancinta, Tecuaco y Pasaco han sido conservados como denominaciones de pueblos, o como Tacuilula en una hacienda. Además el camino principal todavía conduce desde Escuintla, a través de Brito a Chiquimulilla y Pasaco, igual como el camino real en los tiempos de Alvarado. En sus informes, Alvarado hace especial mención del hecho que al Oriente de Escuintla se hablaba otra len-

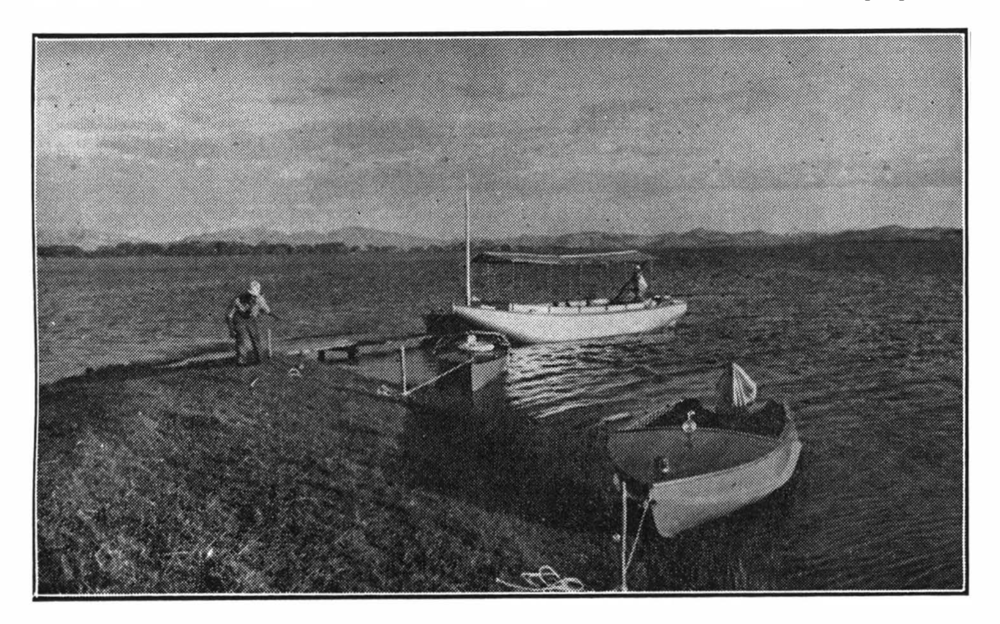
gua que las conocidas hasta allí, y de unas anotaciones se deduce que las relaciones, el intercambio y los medios de entenderse resultaban muy dificultosos por la falta de intérpretes adecuados, lo que prueba que los intérpretes mexicanos y de la Guatemala occidental, que iban en el tren del conquistador, fallaron.

No han llegado hasta nosotros otros datos con respecto a las tribus indias que habitaban la región de la costa sino hasta en 1740, en que se consignaron informaciones valiosas sobre la distribución de los lenguajes e idiomas en esa región, gracias a las anotaciones de Alonso Crespo. Por tal motivo recurrimos a la arqueología para obtener más detalles sobre las poblaciones situadas en la costa, e inmediatamente nos sorprende un hecho: que el declive del Pacífico de Guatemala es uno de los territorios de más interés arqueológico en nuestro país. Ha sido explotado durante más tiempo que los altos, quiero decir, en el sentido arqueológico, la mayoría de los edificios y construcciones conservados se encuentran en terrenos cultivados y por lo tanto son conocidos; sin embargo, sabemos muy poco con respecto a los estilos artísticos, de la organización regional y local en las poblaciones de interés arqueológico, de la clasificación cronológica y la formación de la cultura o las culturas, así que la arqueología no ha podido contestar nuestras preguntas sino sólo de una manera muy reducida y limitada.

No me fué posible, y tampoco no lo había previsto en mi programa para mi segunda visita a este país tan hospitalario, de proceder a excavaciones en la costa. Más bien era mi intención adquirir una vista total de las condiciones antiguas de la población en el país, y principalmente de conocer la costa del Oriente que no ha sido considerada con bastante interés por parte de los círculos arqueológicos, hasta ahora. Por observaciones recientes y durante los años de mi primer estancia, he podido obtener los siguientes resultados: en la parte occidental de la costa, es decir, entre el río Suchiate y el río Michatoya, habitaban tribus pipiles que del punto de vista etnológico y lingüístico pertenecían a las razas nahuas de los altos mexicanos y las que, como sabemos, habían emigrado hacia la costa pacífica de Guatemala, varios siglos antes de la conquista. Las poblaciones de los pipiles se encontraban en la región silvestre y de los bosques densos, separadas unas de otras, en partes taladas, alrededor de sus templos o mejor dicho, de sus adoratorios o centros religiosos, los que generalmente eran montículos en forma rectangular, ya de forma más alargada, ya más cuadrada, y situados alrededor de patios. Eran construídos de tierra, terrón y piedrín y en forma de varias terrazas. No se hallan capas de planchas de piedra o repello de cal, como se encuentran en los edificios, etc., de los altos, lo que se explica por la falta de cal cruda en las zonas de la costa. Las plataformas generalmente son bastante angostas y por consiguiente no pudieron haber sido fundamentos de edificios de mayor alcance. Probablemente se colocaban sólo los ídolos en ellos, sin cubrirlos, al aire libre o bajo un templo en forma de rancho, cubierto de paja. No se han encontrado fundamentos de piedra sólida y debieron haber sido simples construcciones de madera. Junto a las pirámides y los montículos, es decir, al pie de ellos, existían monumentos,

como se puede apreciar en El Baúl, que es un ejemplo magnífico. También allí se colocaban las piedras redondas para los sacrificios y altares. La altura y circunferencia de las pirámides alcanzan a veces medidas magnas, y la más grande que conozco queda en Palo Gordo y tiene un largo de costado de 92 metros y una altura actual de casi 10 metros. Al construir nuevas casas allí, hace pocos años, parecen haber rebajado esta pirámide por lo menos dos metros.

En el Oriente, encontramos el mismo aspecto. También aquí hay una multitud de antiguas poblaciones, que se extienden desde la costa y los esteros hasta más o menos 200 metros sobre el nivel del mar, formando también ellos grupos alrededor de los centros de culto, con los mismos montículos como en el Occidente. Generalmente se encuentran cerca de pequeños



Lago de Güija entre El Salvador y Guatemala

ríos, evitando la vecindad muy cercana de los ríos grandes, como el de los Esclavos y el de Paz. Solamente "Los Cerritos" se encuentra situado relativamente muy cerca del primero de los mencionados en su orilla al lado Poniente. Más al Oriente, los antiguos habitantes parecen haber evitado los pantanos y lagunas, la zona de los esteros, que se encuentra en el Sudponiente de Pasaco, pero al Sur del mismo lugar hasta la costa existían poblaciones ya con más frecuencia. Ya he mencionado anteriormente los resultados obtenidos hace poco tiempo por el cambio en el curso inferior del río Paz. Este desvío del río Paz resultó a consecuencia de un hundimiento del terreno en aquel lugar, lo que también ya he tratado de explicar, y lo que ocurrió hace poco particularmente en la región que queda entre los ríos de los Esclavos y Paz. No es posible suponer que los temblores y terremotos tan frecuentes en la costa del Oriente tengan alguna relación con este movimiento orogenético. Pero lo que nos interesa especialmente en esta oportu-

nidad, desde el punto de vista arqueológico, es el hecho de que el río Paz *nuevo,* ha inundado parcialmente, o mejor, transformado en pantanos un territorio que antaño fué poblado. Además pude comprobar que en la orilla de las lagunas y especialmente del lado de tierra firme, se encontraban también antiguas poblaciones de los pipiles y que estas últimas se extendían hasta el territorio cubierto actualmente de mangle, territorio que ahora se encuentra inundado y bajo la influencia de la marea. También aquí hay otra evidencia que debemos asociar con el fenómeno de un hundimiento geológico reciente de la costa, lo que parece haber comenzado en el tiempo de los pipiles, cuando residían allí, y nos lleva fácilmente a la conclusión de que fué el motivo principal por el que los antiguos habitantes se vieran obligados a desocupar dicha zona.

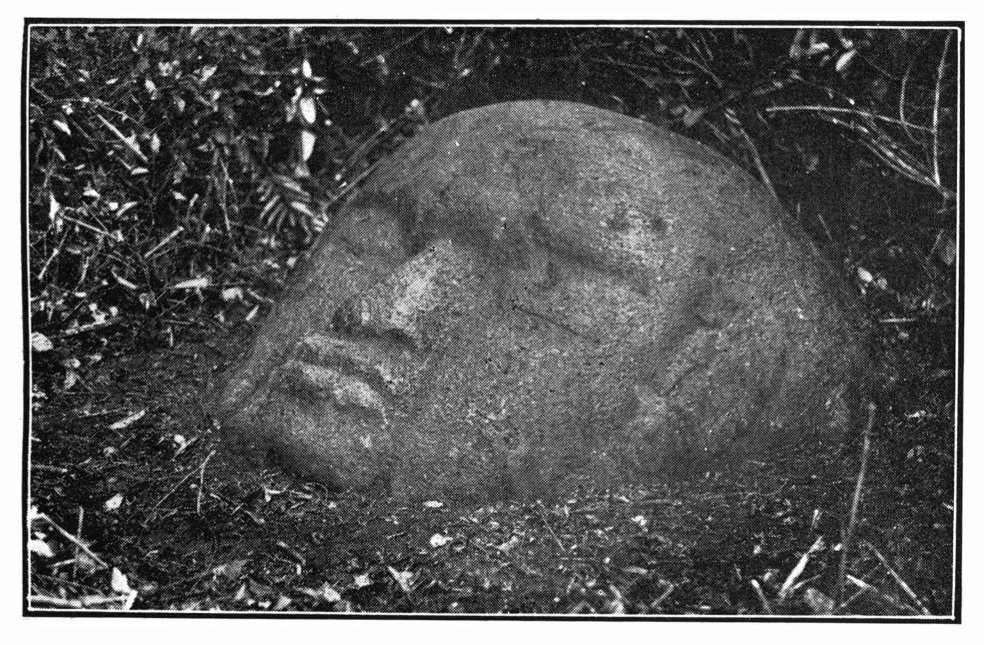
Volvamos con los pipiles. Creo que aún es prematuro el poder formarnos una idea cabal de la cultura de los pipiles, aún tomando como base los numerosos ídolos y antigüedades que se encuentran en casas particulares, en las fincas y haciendas de la costa del Sur y que se han podido clasificar con certeza, lo que se puede decir es que se trataba de una cultura heterogénea, compuesta de varios y distintos elementos. Según se deduce de los estilos, las culturas tenían sus raíces en México, indicando un especial parentesco con los altos de Cholula y Puebla, como también con los territorios donde radicaban los zapotecas y con la costa del golfo. Además se ve la influencia mayista, particularmente en la región occidental, mientras que en el Oriente se puede observar una serie de fenómenos que indican influencias de Nicaragua y hasta de Guanacaste en Costa Rica.

Esta observación nos conduce a considerar las relaciones entre los pipiles y los otros pueblos de Guatemala. En el Occidente del país, especialmente en la zona de la costa, encontramos montículos y otros hallazgos arqueológicos que son de origen maya. Los montículos altos y redondos, también otros más bajos, como los que existen cerca de Chocolá y Palo Gordo, son diferentes a los de los pipiles y deben proceder de una población extraña. Si esta última pertenecía a la raza maya no ha sido comprobado. Más seguridad se tiene de los hallazgos de ejemplares únicos, como de vasijas mayas y restos de figuritas plásticas que se descubrieron aquí y allá en varias poblaciones puramente pipiles y las que se han reunido en gran número de ejemplares en la famosa colección "Jimeno" del Museo Etnológico de Berlín.

Supongo, tomando como base los conocimientos actuales y las pruebas existentes, que los pipiles no habitaban en un conjunto completo, en una población cerrada, desde Soconusco a El Salvador, a través de la Costa del Sur, sino que vivían en grupos distribuidos ya en este u otro lugar de la costa del Pacífico. Me parece haber sido el caso, especialmente en la parte occidental de nuestra costa, en donde también encontramos ramas de la cultura maya de los altos, como las de los quichés, los tzutuhiles y cakchiqueles, que se entrelazaban en el territorio pipil. Así se explican bien los datos del "Título" de los señores de Totonicapán", así también los informes históricos del tiempo de Alvarado, el porqué los grupos pipiles eran hostiles a los ma-

yas procedentes de los altos, que habían invadido la región de la costa, y se explica también la mezcla y asimilación de elementos y estilos mexicanos y mayas con el arte pipil.

La parte oriental de la costa tiene otro aspecto. Aquí falta la influencia maya, pero también faltan otros grupos étnicos de origen extraño, porque aquí se extiende la zona de los pipiles sin interrupción, desde el río Michatoya hasta bien dentro de la actual República de El Salvador. Solamente por medio de excavaciones minuciosas se pudiera comprobar si el territorio estuvo poblado completa y continuamente en una misma época, o si las poblaciones que todavía existen o cuyas ruinas hablan por ellas, se formaron poco a poco o fueron cambiadas; pero lo que podemos decir con seguridad es el dato relacionado con la extensión hacia tierra adentro, pudiendo mani-



(De «Prehistoria e Historia Antigua de Guatemala» por Villacorta)

Arte pipil: cabeza monumental de piedra hallada en Monte Alto, departamento de Escuintla

festar que la faja de territorio así poblado se extendía desde las playas del Océano Pacífico hasta más o menos 200 metros de altura sobre el nivel del mar.

Lo que parece muy importante es que en esta zona oriental encontramos de vez en cuando monumentos cuyo estilo varía por completo del estilo maya y pipil; observación que merece un estudio detenido en el futuro.

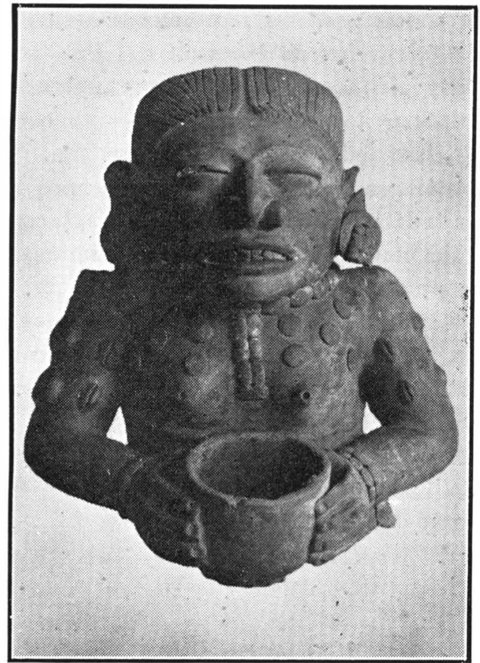
Tiene mayor semejanza con los estilos de Nicaragua, estilos que se encuentran en la región de los grandes lagos y que han sido clasificados como pertenecientes a la cultura de los antiguos mangues. Estos últimos hicieron el recorrido desde Nicaragua hasta Chiapas, en tiempos muy remotos, según nos cuentan varias fuentes españolas y comprueban las investigaciones lingüísticas e históricas de Walter Lehmann. Esta emigración de pueblos

centroamericanos hacia el Norte debió haber ocurrido antes de que los pipiles salieran de México para El Salvador. Pero esta hipótesis debe obtener su confirmación por otras investigaciones arqueológicas minuciosas.

En su expedición a Cuscatlán, en el año 1525, Alvarado no pasó por el territorio pipil, sino cruzó por la región habitada por los xincas. Tomó casi la misma vía del Camino Real actual, que sale de Escuintla a través de Brito-Taxisco a Chiquimulilla. No hay ninguna referencia a los pipiles en sus informes sobre esta marcha. Pero tomando en consideración la magnitud de las ruinas y los lugares circundantes no queda duda de que allí existía una región sumamente poblada. Si ellos y sus poblaciones aún hubieran existido en 1525, creo que seguramente los españoles hubieran preferido pasar por este territorio, pues les hubiera proporcionado más ventajas que la región de los xincas. En consecuencia, llegamos a suponer que ya había sido abandonado el territorio pipil anteriormente. En esta oportunidad, no quiero considerar el problema de los caminos que tomaron los pipiles al salir de su patria mexicana para llegar a Centro América. Ya he discurrido sobre este tema en otra ocasión (en el Congreso de Americanistas de La Plata), pero aun me inclino a opinar que los pipiles de las costas guatemaltecas vinieron de El Salvador y fueron invadiendo la parte occidental poco a poco.

Antes de finalizar, quiero hablar todavía de los xincas. Es la tribu más desconocida entre los indios de Guatemala. Su lengua, que se diferencia de todos los otros idiomas hablados en vuestra República, ya le da un lugar preferente y aislado. Datos antiguos sobre los xincas se hallan únicamente en los informes de la conquista, y allí mismo son muy escasos. Solamente el territorio habitado por los xincas se menciona; según eso, debieron haber tenido en posesión una zona muy angosta, a más o menos 300 y 600 metros sobre el nivel del mar, situada en el declive de los macizos del Pacaya, Gavia, Tecuamburro y de las montañas de Ixhuatán. Los xincas eran pueblos guerreros; era la única tribu de Guatemala que usaba flechas y lanzas con puntas envenenadas. No sabemos más acerca de su cultura material y espiritual. De los restos que existen de la lengua xinca se puede deducir, como lo ha comprobado Walter Lehmann, que el territorio xinca en los altos llegaba bien adentro de los actuales departamentos de Santa Rosa, Jutiapa y Jalapa. Allí también debió haber existido el centro político de esta raza tan interesante y las poblaciones de la costa se deben considerar como la zona limítrofe del Sur. La frontera oriental quedaba cerca de Tecuaco, pues Alonso Crespo dice en su informe del 1740 que cerca de Pasaco dominaba la lengua populuca, la que no tenía relación de ninguna especie con la lengua de los xincas. En el presente, Guazacapán es el pueblo xinca más típico que se ha conservado. El barrio indígena de este lugar representa la manera más antigua de poblar, en una forma bastante clara y precisa. Allí se ven aquellas chozas de forma casi cuadrada, con su techo puntiagudo, el zaguán que ocupa solamente la mitad del frente, y en donde también se encuentra la cocina. Es un tipo de casa generalmente desconocido en Guatemala. La arqueología sabe todavía muy poco de los xincas, y por tanto no me atrevo a presentar conclusiones definitivas con respecto a los hallaz-

gos vistos por mí en el territorio xinca, y que generalmente se encuentran en manos particulares. Se trata especialmente de una cerámica bastante primitiva que no tiene ni rasgos pipiles ni mayas, pero la que es idéntica, según mi opinión, con la llamada "cultura arcaica", terminología que ya no se debería aplicar. Pero yo creo que los xincas del Oriente se pueden contar entre los habitantes más antiguos de aquellas regiones, y que habitaban allí con bastante anterioridad a la llegada de los pipiles a las zonas de la costa, y si no radicaron allí al mismo tiempo que los mayas más antiguos en los altos, tal vez aún antes de radicarse los últimas en sus territorios. *Los xincas son los últimos representantes de una raza autóctona en la América Central septentrional.*





(De «Prehistoria e Historia Antigua de Guatemala» por Villacorta)

Arte pipil: figura de barro encontrada en la costa sur de Guatemala, y ahora conservada en el salón de arqueología del museo nacional, en el parque «La Aurora»

¡Muy estimadas damas y caballeros! He procurado desarrollar ante vuestros ojos el aspecto de la costa pacífica y de sus habitantes, dando una idea de sus condiciones étnicas, a grandes rasgos. Son muy complicadas. La zona de la costa ha visto muchísimos y variados pueblos, les ha dado albergue durante el transcurso de los siglos. Del Sur al Norte, del Oriente al Poniente vinieron los pueblos como los mangues que venían de Costa Rica y Nicaragua; absorbió pueblos mexicanos que tenían su origen en Cholula, Puebla y las zonas de la costa del Golfo de México, y que después de atravesar las altiplanicies de vuestra república llegaron a El Salvador, para invadir de allí la costa vuestra, con dirección otra vez inversa hacia el Poniente; pero también abrigó a las tribus mayas que salieron de las altiplanicies del

Occidente para bajar a la tierra caliente y que era más fértil. Esta sucesiva coordinación y mezcla en el aspecto de la cultura de los pueblos hace muy difícil una investigación exacta, pero al mismo tiempo resulta más interesante. Si queremos obtener una idea clara acerca de la historia de los pueblos indios en la era precolombina, no debemos olvidar la investigación de nuestras zonas costeñas; ella tiene la misión de darnos quizás la clave más importante para poder descifrar muchos problemas obscuros de la arqueología de Guatemala. No dudo que en el futuro próximo podremos contar con nuevos y halagadores resultados en este ramo de investigación científica, especialmente gracias a la actividad incansable de mis colegas norteamericanos y gracias a los métodos tan exactos en sus trabajos técnicos, y que por lo visto han dado resultados llenos de éxito en el territorio maya de Guatemala. Creo que pronto estaremos en condiciones de adicionar una investigación arqueológica sistemática de los territorios de la costa del Pacífico, a los trabajos ya efectuados. Pero especialmente debemos agradecer al Supremo Gobierno de la República, su interés tan amplio, su apoyo voluntario y continuo para las labores arqueológicas del presente.

Entre nosotros tenemos a un prominente personaje que siempre se halla a la disposición de la ciencia con toda la actividad que lo caracteriza, que durante muchos años ha enriquecido constantemente los conocimientos científicos de su patria con numerosas publicaciones, y aprovecho ahora la oportunidad para saludar muy especialmente a nuestro estimable Presidente de la Sociedad de Geografía e Historia, al apreciado señor Ministro Licenciado J. Antonio Villacorta C. Sus méritos los he podido apreciar con toda claridad por lo alcanzado durante los diez años de mi ausencia. Gracias a sus altas dotes y continua labor, ha puesto a la Sociedad de Geografía e Historia en el primer y preferente lugar de todas las instituciones científicas de Centro América, obteniendo además el beneplácito de todas las instituciones hermanas en el Viejo y en el Nuevo Mundo por las publicaciones de la Sociedad. No sólo eso, también ha contribuído para que su patria obtuviese un puesto considerable dentro del círculo internacional de las ciencias. Gracias a su actividad, ahora Guatemala cuenta con un museo arqueológico importante y que encierra la colección más vasta y valiosa de la cultura maya. Siento mucho placer al decir estas palabras ante un público tan selecto, no sólo como un particular sino también como Director de uno de los museos arqueológicos y etnológicos más conocidos y más grandes de mi patria. Guatemala siempre ha recibido a los científicos extranjeros con hospitalidad, los ha apoyado, los ha dejado trabajar sin molestias ni dificultades, y su actitud siempre ha permanecido igual, desde los primeros tiempos de la investigación maya, cuando fué iniciada por un Adolfo Bastian o un Herman Berendt, desde Eduardo Seler y Carlos Sapper hasta el presente momento y el que ha sido aprovechado por numerosos científicos norteamericanos, con una preparación excelente, para continuar los estudios principiados, de una manera brillante. ¡Europa tiene actualmente sus propias penas! Muy reducido ha quedado el círculo de americanistas en aquel continente y por eso celebro conocer por experiencia propia que sigue existiendo una colaboración fraternal entre los diversos círculos del Viejo y del Nuevo Mundo. En mi

mente quedará la convicción de que las relaciones seguirán con igual intensidad y cordialidad en lo futuro; será la fe que llevaré conmigo al despedirme de este bello país, donde el trabajo ha sido tan grato, y además llevaré el sentimiento de afectos y amistad, hacia usted, muy estimado señor Ministro y Presidente de la Sociedad de Geografía e Historia, y espero que continuará siendo igual a la de años anteriores. Como una muestra de mi franco aprecio, señor Ministro, le ruego a usted aceptar, en unión de su apreciable hijo, el Director del Museo Arqueológico, este pequeño recuerdo. Se trata de una colección pequeña de cuadros del Museo Etnológico en Hamburgo, y la dono en mi calidad de Director de este instituto que cultiva la investigación americanista en el gran conjunto de sus actividades y secciones de todo el mundo. Quiero que esta prenda sea al mismo tiempo una prueba de la estimación que la ciencia alemana, y muy especialmente la Universidad Hanseática y el Museo Etnológico de Hamburgo les expresan por sus vastas labores y sus éxitos alcanzados.

Además me honro en mi carácter de Director del Museo Etnológico de Hamburgo de agregar a otras publicaciones anteriores algunos tomos más que ahora os entrego, publicados por el Museo, para la biblioteca de esta benemérita Sociedad.

He dicho.

(Muchos aplausos.)



(De «Prehistoria e Historia Antigua de Guatemala» por Villacorta)

Arte pipil: vasija de barro encontrada en el Valle de Guatemala, ahora en el salón arqueológico del museo nacional

Culturas aborígenes americanas

Discurso de recepción del socio Dr. José Jacinto Rada, pronunciado en la Sociedad de Geografía e Historia, el jueves 13 de abril de 1939.

Objeto de hondos estudios ha sido hasta hoy y lo será aún por muchos años la permanente interrogación abierta ante arqueólogos, filólogos e historiadores, que tratan de establecer, a la luz de conclusiones definitivas, el nexo común de las tres civilizaciones autóctonas más importantes de esta parte del planeta.

Circunstancias fortuitas que me obligan a un inmediato desplazamiento de este bello país, me han impedido someter, como un deber y un honor, a la consideración de la docta Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, una modesta disertación, sobre lo mucho que se ha hecho en el campo de las investigaciones por ilustres profesores americanos y europeos sobre tan palpitante tema.

No quiero faltar al cumplimiento de una obligación que hube de imponerme cuando no hace pocos meses fuera recibido en esta benemérita institución rodeado de la más espléndida hospitalidad, atributo tan propio y tan genuino del alma guatemalteca, que conquista el corazón con más facilidad que el hombre, que lo hace suyo y lo convierte en heraldo de la tradicional caballerosidad de este hermoso país.

Sin tener autoridad para sumarme a los resultados alcanzados en materia de investigación histórica o para controvertir opiniones de crédito probatorio, no puede negarse que existe un común denominador que cubre, desde hace milenios antes de J. C., las razas aborígenes de este Continente.

A falta de documentos indiscutibles, porque no son tales todos los que conocemos, un poco la leyenda, otro poco la conjetura, la tradición truncada, los indicios, las comparaciones documentales, las interpretaciones de los signos y el sabio y calculador esfuerzo de los hombres, tienden a resolver este problema geométrico de la Historia.

Los índices de la conocida escuela de Graebmer y Frobenius, universalizados por Spengler, han señalado con el nombre de cultura todos los modos y formas rudimentarias de las expresiones humanas. Esta afirmación nos aleja de Montesquieu y Taine y de todos los deterministas del medio físico que creen en el imperio de la raza sobre el ambiente convirtiendo al hombre en un sucedáneo del medio. Sin embargo, el desarrollo de las formas sociales complejas revela la euritmia de una sucesión de hechos distanciada del fatalismo determinista.

Ahora bien. La evolución de las relaciones míticas, etnográficas o políticas de nuestros pueblos aborígenes, pertenece, en realidad, a la historia de la enciclopedia universal. Bosquejarla en la simple lectura de unas páginas sería superior al tiempo y al espacio de una simple exposición.

Establecer un nexo concreto y preciso de las relaciones de los antiquísimos modos sociales de los pueblos americanos es entrar un poco en el terreno legendario y otro poco en el terreno efectivo de las interpretaciones de las condiciones geográficas.

Se afirma que la América es una repetición sintética del Continente antiguo. Se dice que esa semejanza es tal que la saliente de la Península Ibérica y de la Bretaña francesa parecen desgajadas de las costas meridionales de los Estados Unidos y de México, lo que explicaría la coalescencia de los continentes en remotas edades geológicas. "En sus manifestaciones naturales y hasta en las sociales, América del Norte es una réplica y una simplificación de Europa; y esto que en historia natural y costumbres se aplica a la América septentrional, conviene, en el paralelo propuesto, a la del Sur. Lo que nos salva de la monotonía es la Cordillera de Los Andes. La altura, en América principalmente, en la tropical, produce la diversidad de climas y de tipos sociales".

No obstante que la cultura autóctona americana parece haberse desenvuelto independientemente, estudios etnológicos y descubrimientos arqueológicos, de reciente data, revelan que hubo una comunidad invisible y presentida en la base de la vida de los maya-quichés de Centroamérica, de los nahoas de México y de los incas del Perú. Hubo una personalidad racial mongoloide en el continente precolombino que se extendió desde las fronteras imprecisas del imperio azteca hasta las frígidas gargantas del señorío incásico. El hombre americano vino de tierras afuera. Todas las procedencias le han sido atribuidas. ¿De dónde vinieron los primeros pobladores de este continente? Se hallan desacreditadas todas las teorías poligenistas. Nadie admite hoy la idea del origen mediterráneo o bíblico o europeo del hombre americano. Naturalmente vinieron del Asia, los más por el Istmo de Behring, como lo demuestra Rivet, y por la cadena de las islas Aleutianas, como lo ha demostrado Hrdlicka. También se afirma que llegaron por la vía del Este, por Groenlandia e Islandia. El hecho es que el hombre americano parece ser la solución de un mestizaje melanesio y polinesio llegado al continente por un camino suturado insular. Las conclusiones arqueológicas, antropológicas y filológicas demuestran esta afirmación. Está perfectamente esclarecido que en la edad cuaternaria superior, el hombre americano preexistía en este continente, conforme lo acepta Mortillet al señalar a los mongoloides esquimales como los primeros colonos de las tierras americanas. Investigadores curiosos sostienen que los cananeos, los fenicios, los hebreos, los hetitas, los troyanos, los romanos, los árabes, los griegos, los egipcios y los descendientes de Noé deben considerarse como los ancestros de nuestros aborígenes. Son tesis que no pasan de ser sino ilusorios deseos de buenas gentes. Tiene sin embargo cierto crédito la doctrina egipcia y la de la civilización heliolítica, que sostiene que durante el quinto milenio anterior a J. C. apareció en el Egipto una cultura caracterizada por el culto del Sol, que a partir del primer milenio se vació en el continente asiático y americano, aportando elementos de una existencia superior. Ya no hay discusión sobre la verosimilitud de las teorías asiáticas y mongoloides, que afirman que los

hombres primitivos de América pertenecen a una sola raza, clásicamente mongoloide, que llegó por el estrecho de Behring, en diversas marejadas. Es indudable que los grupos más importantes debieron llegar a este continente "en una época anterior a los grandes imperios asiáticos como efectuándose el viaje en distintas épocas por núcleos bastante diferenciados, no muy numerosos. El desenvolvimiento que alcanzó rápidamente la población indígena, se debió en gran parte al descubrimiento de la agricultura". En conjunto hay algunas semejanzas con las civilizaciones del Viejo Mundo, pero es evidente que las culturas americanas se desarrollaron con autonomía y sin influencias de algunas otras. Con estas simples referencias podemos rastrear en las semejanzas que se observan entre las principales culturas americanas, que es el objeto de esta disertación.

Tanto el Popol Buj de los mayas como las leyendas indígenas peruanas idiomáticamente cristianizadas por el inca Garcilaso y por el mexicano Alba Ixtlixochitl y concordadas por los comentaristas como Cieza de León, Antonio de Herrera, Bernal Díaz del Castillo y modernamente interpretadas por el profesor Uhle y por el sociólogo Keyserling manifiestan que hubo un estado militar de gobierno que dominaba en el Norte hasta más abajo de Honduras, el imperio azteca y hasta más abajo de Chile, el imperio incásico, que prácticamente dominaba todo el Sur del continente.

Sensación de asombro y de grata sorpresa para los arqueólogos y para los investigadores ha sido la de esclarecer el nexo existente entre estos reinos. No es creíble, como afirma Keyserling que estos mundos pre-occidentales estuvieran sólo dominados por un conjunto de fuerzas telúricas y avisales y que el continente entero no había nacido aún para el espíritu cuando llegaron los españoles. Las interpretaciones modernas más sensatas avisaron ya en el lento escarbar de los monumentos y de las cosas, juiciosos razonamientos sobre la existencia de civilizaciones auténticas de valor sustantivo y anticipan ya la afirmación en la creencia de un estado jurídico social propio al menos de lo que podríamos llamar una área nacional americana de cultura.

Hay una semejanza geográfica de ubicación. Los imperios aborígenes se establecieron en regiones lacustres, el mexicano en los lagos de Michoacán y Tenochtitlán y Anáhuac, los centroamericanos en los lagos de Guatemala, Honduras y Nicaragua y los primitivos peruanos al lado o cerca del Titicaca, el gran lago de la América del Sur.

No es creíble que Tiahuanaco haya sido el foco celular de las culturas aborígenes importantes de América, tales, como la azteca, la maya-quiché porque no se ha descubierto a pesar de afirmaciones de ciertos arqueólogos, como Kroeber, indicios de tales acertos.

Bien es cierto que se han encontrado bolsas de totora, que parecen haber sido uno de los vehículos de aproximación o de contacto con las tierras situadas al Norte de Panamá. En las excavaciones de Chavin se han hallado restos de influencias marítimas lejanas.

En cambio, los monolitos descubiertos en Huánuco, en Cuenca, en Ambato, etcétera, nos dicen otras verdades: "la tierra de los mayas y de los toltecas fugitivos, en que desde Angrand hasta Uhle los mayores arqueólogos señalan el foco de difusión de la cultura megalítica americana".

Dice Riva Agüero: "Si Tiahuanaco ha sido el punto primordial de donde se originaron los períodos arcaicos, mayas y mejicanos, y si por otra parte Tiahuanaco conoció y empleó el cobre, ¿cómo lo ignoraron aquellos primitivos períodos de México y Centroamérica? ¿Cómo no llevaron allá los tiahuanacos la papa y la quinua, ni la coca, que sólo tarde y de manera superficial llegó a Nicaragua, ni la llama, la insubstituible bestia de carga de nuestros imperios andinos? Y repárese en que la llama y sus congéneres previnieron en anteriores períodos de la América del Norte, donde ha descubierto a sus antepasados salvajes el mismo antropólogo Kroeber. Pretenden Uhle y otros que en la gran portada de Tiahuanaco hay signos jeroglíficos. No los vemos incontrovertibles; pero no es improbable que sean en efecto anotaciones astronómicas, como los glifos mayas, entre las filas de cóndores y figuras humanas de dicha portada. Siendo verdad hoy averiguada perfectamente que las primeras inscripciones de ciudades mayas no anteceden en mucho a la Era cristiana, y que antes no se conoció allí la escritura jeroglífica, si Tiahuanaco fuera el antepasado remoto de esas capitales habría que suponer que, en el camino hacia el Norte, su raza olvidó o dejó perderse un cúmulo de invenciones importantísimas. No es racional aceptar tan inverosímil desmedro o tal fenómeno de amnesia, comparable al que el buen Montesinos atribuye a los príncipes vecinos del Cuzco, que olvidaron por una invasión sus compromisos matrimoniales, y luego dócilmente abandonaron las letras de sus jeroglíficos y sus *quilcas*. Por último, la técnica de Tiahuanaco, más o menos debilitada y bastardeada, ha arribado a períodos no lejanos del imperio incaico, pues hasta el mismo Uhle confiesa que de esa alfarería tiahuanaquense combinada con la geométrica nació el genuino estilo incaico de los aríbalos, y así lo comprueba uno conservado en el Cuzco. ¡Qué tremenda esterilidad y monotonía de Tiahuanaco, ha durado tres o más milenios, y sus vástagos no han hecho más que repetir y adelgazar tan inmutable herencia!"

No puede negarse que hubo un maridaje entre los mares lejanos y las cumbres de los Andes peruanos, que es el que nos indica el atisbo de la penetración de las culturas centroamericanas en los contrafuertes andinos de Tiahuanaco y en las asoleadas tierras de Chavin.

Porque no es posible que la migración peruana de Tiahuanaco hubiera ido en sus incursiones hasta México y Centroamérica, y hubiera olvidado de traer consigo la quinua, la papa, la coca, la llama. Por otro lado los glifos mayas y jeroglíficos astronómicos eran desconocidos en el mundo arqueológico de los tiahuanacos, quechúas, chavines y chimús. Hay sin embargo, cierta similitud entre los aparejos geométricos de Copán, Tikal, Belice y Quiriguá y las portadas megalíticas de Tiahuanaco y Cuzco.

Hay un desconcierto que no desaparece aún sobre la semejanza de las civilizaciones aborígenes, pero ello puede deberse a que florecieron en épocas históricas distanciadas. Es el misterio aún no desentrañado por la Arqueología, no obstante afirmaciones en pro o en contra de autoridades reconocidas.

Los indicios y los atributos de las excavaciones últimas, nos llevan a una suposición, un tanto hipotética y otro tanto real, de que fueron los chorotegas o chapanecas de Centro América los iniciadores de las grandes culturas aborígenes andinas y costeñas peruanas, las de Tiahuanaco, en el Lago Titicaca, la de los quechúas del Cuzco, la de Chavín y Nazca en la costa. Es indudable que las incursiones de los premayas o mayoides al Perú llevaron consigo sus instrumentos y su cerámica. Riva Agüero indica "los transmisores y mediadores plásticos, el nexo de estas culturas norteñas hacia el sur han podido ser los chibchas, a que pertenecían los güetaros, colindantes en Nicoya con los chorotegas mangues". Lo que parece demostrado es que ha existido un tronco común de una raza braquicéfala que pobló todo el continente americano. Por eso se explica el parentesco de ciertas lenguas aborígenes de fácil paralelo entre la mochica, el tarasco, el maya con las peculiaridades lingüísticas de los quechúas, tiahuanaquenses, chimus y mazqueños del Sur. Sin duda ha existido un antiquísimo origen centroamericano en la formación de las culturas aborígenes de la costa y de Los Andes peruanos.

Arcaísmos lingüísticos como rezagos arqueológicos indican cierto parecido entre las culturas aborígenes que viniendo desde la zona ártica hasta la tierra del Fuego establecieron áreas de lejanas civilizaciones. Nordenskiold ha examinado varias decenas de elementos comunes entre los pueblos originarios del Norte y del Sur del continente. Prescidiendo de los primeros indicios encontrados en las épocas de las cavernas o sea la de los pescadores y cazadores, hay detalles que indican la homogeneidad de una cultura agrícola común a los aborígenes mayas, incáicos y aztecas, como un estado paralelo en las artes de la cerámica y de los tejidos, diferenciados un tanto en el relieve de los símbolos y en la coloración de los jeroglíficos.

Las insignias imperiales atribuídas a los emperadores Incas, Mayas y Aztecas parecen semejarse. Las construcciones de los recintos sagrados reproducen por su forma las líneas de Kukulcán en Chichén Itzá, Quiriguá y Copán en las edificaciones incáicas.

El profesor Uhle afirma con cierta razón que los artífices de la cultura en la América del Sur fueron los Mayas que llevaron consigo ellos o alguna familia de las mayoides el euchlaena mexicano o sea el maiz, aunque otros sostienen que fueron los chorotegas o toltecas. Sin embargo, Lothrop va más allá cuando afirma que incursiones mayas o mayoides fueron el origen de toda la cultura sudamericana, aunque ella se haya filtrado a través de los chibchas de Colombia en una época muy lejana. Lo que no se puede negar, aún dentro de lo primitivo de las comunicaciones entre los pueblos aborígenes en épocas remotas es que debió haber una forma de contacto que los investigadores e intérpretes acuciosos señalan como un "estado de relación" muy próximo a una comunidad no sólo racial sino institucional.

La balsa de navegantes tumbesinos que Bartolomé Ruíz encontró en 1526 cerca de las costas del Norte del Perú, prueba al menos que en el siglo XVI existió una vinculación marítima, cuyo alcance, proporciones y frecuencia no podríamos precisar, pero que evidentemente debió favorecer a las culturas incáicas.

Es indudable que uno de los índices que determinaron la prueba de las incursiones centroamericanas a los países del Sur, fué la introducción del maíz, silvestre, llamado por algunos teosinte azteca, cuya ubicación original, según los últimos experimentos botánicos, hubo de hallarse en el Occidente de Guatemala desde Huehuetenango hasta Jutiapa, su patria de origen. El maíz fué importado al Perú en épocas remotísimas y constituyó desde entonces la base de la alimentación de la población indígena de nuestros aborígenes.

Las conjeturas y los rezagos arqueológicos nos indican que el punto de partida de las primeras culturas peruanas, provienen de antiquísimas incursiones centroamericanas mayas, mayoides o colaterales de estas razas. La semejanza de los monolitos de Tiahuanaco con las estelas coronadas por felinos y serpientes halladas en los lagos de Nicaragua, en Copán, en Quiriguá y en el Petén, nos devuelven hacia Centro América como la cuna probablemente cierta de la antigua civilización peruana. Es evidente, pues, que las raíces remotas de las sociedades andinas del Sur del continente tienen un origen posiblemente maya, chorotega o choluteca, como parece afirmarlo el cronista guatemalteco Padre Antonio de Remesal.

La autorizada opinión de Riva Agüero lo confirma cuando sostiene: "Los mayores indicios actuales concurren en señalar la región centroamericana, como el común núcleo de tres culturas divergentes: la maya, y la mexicana hacia el Norte, y la andina hacia el Sur que a su vez se subdivide en chibcha y peruana. En vista de los datos contemporáneos, no pasa de un prejuicio y espejismo el sistema que deriva todas las culturas de Centro América de las invasiones que bajan de Nuevo México, Utah, Nevada y Colorado. Verdad que los pobladores solían venir de allí en cleadas, por los mismos fenómenos de desecación que observaremos en sentido inverso al tratar de la puna y el desierto de Atacama en Sud América (y además porque hemos reconocido que los indios americanos en gran mayoría provienen de esa ruta del Asia Extrema), pero hay que distinguir edades, y sobre todo pobladores de culturas. En el continente Norte, éstas parecen irradiar de Guatemala y Nicaragua, al paso que de otro lado ascendían a la meseta del Anáhuac las bárbaras hordas de los destructores septentrionales. Antiguas tradiciones mayas hacen venir del Suroeste a sus primeros representantes, y la geología confirma tales datos, porque en épocas anteriores mucha porción de la península de Yucatán hubo de ser inhabitable. Renace con esto la doctrina de la prioridad del Sur, propugnada por Haebler y Bancroft, y confirmada ahora por Walter Lehmann".

No sería aventurado señalar ciertas características de semejanza que encontraríamos si no en la pulpa de las identidades al menos en la epidermis de expresiones externas manifiestas entre los Aztecas, los Mayas y los Incas. ¿No sería el Quetzalcoatl mexicano, el Cabagüil quiché, el Votán maya el mismo Vyracocha o Pachacamac de los incas? Los dioses de la cosmogonía quiché Junapup e Yxbalanqué y su viaje a Xibalba no parecen recorrer la ruta de los cielos de Manco Capac y Mama Occllo, los príncipes míticos de la teogonía incaica. Ometecuhtli es el sol, en la región de los

nahoas, como es Vyracocha en el mito de los incas. La religión incaica como la nahoa fué altamente astronómica, pero astral fué también la religión de los quichés afirma el eminente publicista guatemalteco Licenciado Antonio Villacorta, quien sostiene: "que el quiché primitivo fué teísta, después se transformó en naturista y llegando a las más altas concepciones forjó una religión eminentemente astronómica", a pesar de que no puede negarse que padecieron de una evidente tendencia zoolátrica. ¿El Ayllu o cédula matriz agraria del Tahuantisuyo no sería el calpulli, la unidad agrícola familiar de los pobladores de los valles del Anáhuac? ¿La teocracia feudal y autocrática de los guerreros del Collao se asemejaría al sistema democrático y militar de los nahoas? ¿La religión politeísta de los incas y el culto a la divinización de los muertos no se confunde un poco con el mito astral de los aztecas? ¿Los santuarios y templos incásicos, los Coricanchas y los Vilcashuamán y sus disposiciones piramidales, no se asemejan a los adoratorios mayas y a los teocalis mexicanos? ¿Las construcciones y fortalezas de suntuosidad impresionante de los incas y las monumentales edificaciones de los mayaquichés y de sus congéneres los aztecas no dejan de tener un denominador arquitectónico de evidente similitud? ¿Lo que el arroz fué para los indúes y el trigo para la mayor parte de los países occidentales no fué el maíz para los aborígenes de Centro América, Perú y México? La vida agrícola y el desarrollo de las primitivas artes industriales, la alfarería y la metalúrgica, el laboreo del oro, plata, plomo, estaño, cobre, mercurio y sus diferentes aligaciones de bronce y latones, en lo que eran expertos consumados los indígenas peruanos y que los mayaquiché y los mexicanos cultivaron asimismo con extraordinaria pericia. Todos los historiadores y cronistas están de acuerdo en afirmar que en ninguna parte del Nuevo Mundo la idea imperial alcanzó los magnos contornos de una realidad insospechable como en el Perú.

Hay afinidades y expresiones de una común ideología entre los tres grandes imperios que dominaron la América precolombina antes de la llegada de los españoles. Características de externa variedad reposan, sin embargo, en parecidos de evidente similitud. El padre Nájera encuentra tonalidad idiomática entre el tarasco michoacano, el maya quiché y el quechúa de origen imperial. En todo caso, Carlos Pereyra, el historiador ilustre de México y de la América continental dice: "que lo único averiguado es que la lengua del Michoacán prehispánico sale del cuadro de las otras lenguas indígenas. Han querido algunos encontrarle afinidades con el quechúa de la América del Sur, pero de todos modos se asemejan por la musicalidad".

Lo que es evidente y esclarecido es que en los remotos tiempos precortesianos, emigraciones hubieron del Norte al Sur del Continente y que la antiquísima extracción de nuestros pueblos aborígenes fué asiática y mongoloide, es decir, común a los imperios incásico, maya y azteca, y por lo tanto unidos en el origen de una misma procedencia racial y fraterna.

Para sistemar cronológicamente un estudio de las relaciones de pueblo a pueblo tendríamos que recurrir al criterio evolucionista y realista de la Historia que nos indica proceder en etapas o en ciclos de períodos más o menos largos y conocidos. Naturalmente, eso sería objeto de una colección bibliográfica, de manos más expertas y de talentos que mi modestia no dispone.

Sin embargo, en mi esfuerzo de romper el silencio de esa obra pergeñada esquemáticamente por muy pocos, podríamos dividir la historia de las relaciones entre los imperios precolombianos en tres grandes ciclos: el legendario, aborigen o prehispánico, que puede arrancar de las edades milenarias de una época geológica imprecisa sobre la existencia del hombre americano en el continente, la inmigración asiática, el acoplamiento de los primitivos grupos y sus incipientes culturas, el intento feudal y la aparición predominante de unas tribus sobre las otras y la formación de grandes multitudes bajo un sistema teocrático reconcentrado con el advenimiento del imperialismo bajo la égida de los reyes mayas, incas y aztecas: un segundo ciclo más o menos contemporáneo que se inicia con la caída de las monarquías aborígenes, la penetración del cristianismo significada en la Cruz de los primeros misioneros y la enseña de la autoridad simbolizada en la espada del conquistador, la cultura occidental y mediterránea envuelta en el manto púrpura del absolutismo de los reyes hispánicos enrojecido por la sangre de las rebeliones de los vencidos, la obra catecúmena de los frailes, la corona real asentada en el trono de los incas, mayas y los aztecas que redime y entronca a los aborígenes con la civilización del mare nostrum: un tercer ciclo en que la América indígena desaparece casi totalmente con el florecimiento de la América española que la substituye en todo.

El primer ciclo primitivo legendario e indígena de las relaciones peruano, centroamericanas y mexicanas se halla envuelto en la nebulosa de las afirmaciones y de las conjeturas, pero es posible creer que el mar Pacífico sirvió de vehículo de incursiones o inmigraciones esporádicas hacia las costas occidentales del medio día. Así lo afirman comentaristas y cronistas de la Conquista sin establecer que aquella relación fuera más allá de un accidente sin fortuna y sin propósitos que el de una aventura. Pretende el profesor Uhle que toda la costa sudamericana recibió la influencia de los centros mayaquichés. En el territorio de Cuenca hay manifestaciones que acusan orígenes chorotegas y totonacos, es decir, de Centro América y de la costa veracruzana. También el zapoteca de Oajaca, se dice representado en las civilizaciones costeras y andinas de Sudamérica. Hay quien afirma, por otra parte. que ciertas joyas se encuentran desde la costa de Veracruz hasta la de la Guayana y penetran por la desembocadura del Atrato hasta los nudos montañosos neogranadinos. Humboldt observa, y el hecho no deja de ser interesante, que mientras el tabaco fué conocido desde el extremo Norte hasta el extremo Sur, la patata originaria del Perú fué desconocida en México. La coca de uso general en el Perú se ignoraba en Colombia, Centro América y en los valles de Anáhuac. La llama, el cuadrúpedo peruano doméstico y de carga, la alpaca y la vicuña de finísima lana no traspasaron los límites imperiales de los incas. Se afirma que mientras la nefrita, que sirve para hacer hachuelas bajaba desde Alaska hasta la América del Sur, el platino esporádicamente fué conocido en las tierras del Sur. Sostienen historiógrafos notables que en estas primitivas épocas de la América aborigen "ni la comunicación entre las diferentes áreas de cultura fué constante ni el aislamiento absoluto".

La raza de bronce de la América precolombina, con su común origen, aunque repartida en la inmensidad del continente, debió tener afinidades que algunos arqueólogos atisban en las construcciones monumentales de los incas, mayaquichés y aztecas. Es posible que su vida de relación no haya sido ocasional esporádica aunque fructífera en los encuentros fortuitos o incursiones desconocidas aún por los investigadores y sociólogos.

Es en el siglo XVI con la aventura gloriosa de Colón, que el ignorado misterio de los mundos americanos descorre el velo de su milenaria leyenda para incorporarlos al cristianismo y a la hispanidad, fuerzas fundamentales que robustecían entonces la civilización greco-latina mediterránea de Occidente.

Observa Keyserling que la tremenda apatía del indio americano parecería indicar la raza más vieja del planeta y que despertó al contacto del hombre blanco, que la mitología indígena de los aztecas, mayas y de los incas presintió como el advenimiento redentor enviado por el mito astral de sus religiones panteístas, para purificar el área telúrica de su propio destino. No fué un ambiente de desconfianza y de temor lo que rebelaron los Embajadores de Moctezuma ante la epónima osadía de Cortés. ¿Qué fueron si no expresiones de incertidumbre y de asombro las manifestaciones de paz de los enviados de Atahualpa, el poderoso inca peruano ante el arrojo suicida del Conquistador del Perú y sus famosos hombres de la Isla del Gallo? Sin duda fué un complejo de curiosidad y de presentimiento lo que dominó el ánimo de los últimos Emperadores mayaquichés, aztecas y peruanos lo que liquidó el poder misterioso de sus reinados. Los imperialismos de nuestros aborígenes, aunque con diferencia de pocos años quedaron a merced de la portentosa avalancha de los conquistadores, Cortés en el Norte, Alvarado en el Centro y Pizarro en el Sur y nacen así estos pueblos ya unificados en la leyenda bajo el mismo impulso de la epopeya hispánica.

Las expediciones marítimas de Pascual de Andagoya, Juan de la Cosa, Rodrigo de Bastidas, Vasco Núñez de Balboa dieron realidad a la existencia del Mar del Sur. Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martín se embarcaron en frágiles maromas para ir en busca del soñado Perú. La vuelta al planeta de Magallanes y de Elcano revela la inmensidad de los mares que eran nuestros. Francisco de Montejo en Yucatán, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, Bernal Díaz del Castillo, Juan Ponce de León, el de la Florida, Hernán Cortés el de México, Francisco Pizarro el del Perú, Hernando de Soto el del Mississipi, nos demuestran que el esfuerzo descubridor de conjunto fué paralelo y que la obra simultánea de los grandes capitanes de estos imperios fué idéntica en el acierto y una en el ideal de hispanidad.

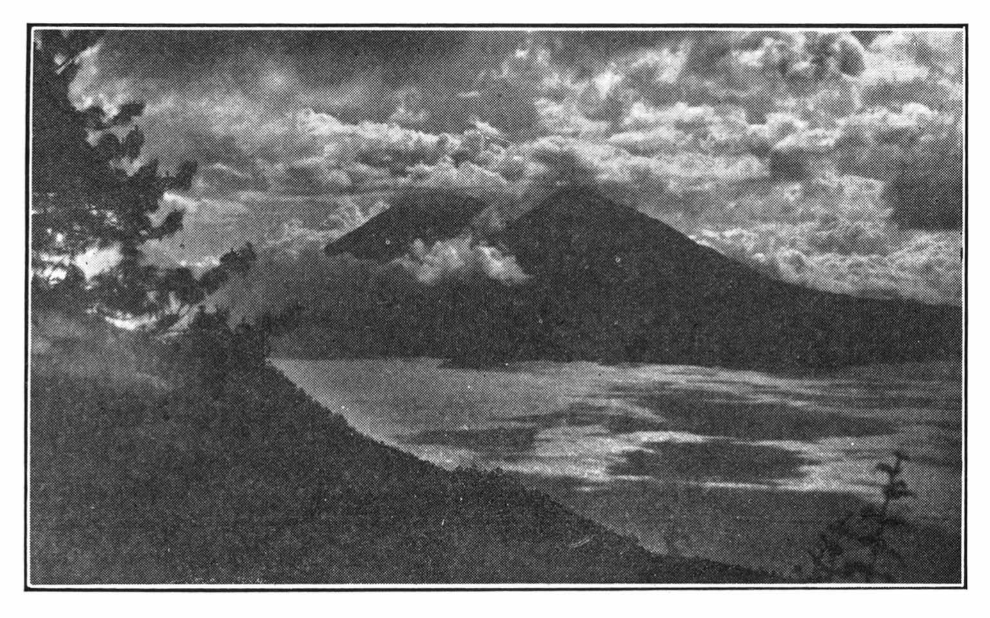
La leyenda poética de la fundación del Cuzco por Manco Capac y la Coya Mamam Occlo, hijos del Sol no es similar en la fantasía y en la ficción al mito de la Cueva de los Orígenes o de la Aurora, como la del Chicomoztoc? Los sueños y la imanigación romántica nos unen hasta en la creación mítica de nuestras primitivas sociedades.

La Conquista nos convalece de un período de suposiciones fundadas en la incertidumbre de la novela para entrar de lleno en el plano de las afirmaciones históricas que nos prueban que la acción colonizadora fué

idéntica, que las instituciones de gobierno, virreinales, eclesiásticas y administrativas fueron comunes, que los problemas de planificación y solución fueron objeto de las mismas medidas en los primitivos Virreinatos de Panamá hacia el Sur el Reino del Perú, de Panamá hacia el Norte la Capitanía General de Guatemala y el Virreynato de Nueva España.

Y es así como el paralelismo histórico y la evolución simultánea de los tres grandes imperios aborígenes, los hacen semejantes en sus trayectorias colectivas desde los remotos tiempos en que apareció el hombre en el continente, hasta su estado actual, en que florecientes y lozanos de sus instituciones republicanas ofrecen las primicias de un franco y seguro bienestar económico y cultural.

Guatemala y el Perú están unidos por un parecido orgánico racial e indivisible que hace que el tono de sus inquietudes nacionales se halle unido en el tiempo, en el dolor, en el sacrificio y en la gloria. Como los grandes señores de la América que guardan celosos el tesoro de sus leyendas tradicionales han sido en el pasado faros luminosos de la civilización continental. Un sentimiento de amor y de simpatía por sobre las convulsiones geográficas y la imprecisión de las lejanías vive paralelo en el recuerdo y en la cordialidad sana que une a los hombres en la patria, en el bien y en la verdad. El alma de nuestras multitudes es pareja en la realidad de nuestras ternuras, de nuestros odios, de nuestras debilidades, de nuestros cantos, de nuestras hidalguías. Nacimos juntos por el beso de las carabelas de Colón, hemos ascendido juntos las gradas de la historia y gemelos en el ancestro de nuestro pretérito hemos vivido mano a mano bajo la luz del mismo cielo, envueltos en la ilusión de sentirnos uno, como uno ha sido y es el ideal de nuestras propias grandezas.



Volcán de Agua, departamento de Sacatepéquez, República de Guatemala

Contestación al discurso del Dr. Rada, por el socio J. Fernando Juárez Muñoz

Señoras y señores:

No debe extrañarnos la galanura y erudición de la hermosa conferencia, con que el señor Doctor don José Jacinto Rada acaba de regalarnos. Hombre de letras, investigador científico, conferencista connotado, natural era que su trabajo tuviese las características de docencia que son propias de un firme conocimiento de la materia de que trata.

¡Sugestivo el tema de su disertación! En estos últimos tiempos ha venido intrigando a los hombres de ciencia, el misterio del origen del hombre americano. Son muchas y contradictorias las hipótesis lanzadas al amparo de argumentaciones más o menos firmes. Por de contado que no podría evitarse que se le diera el origen bíblico, para ajustarlo a los libros de Moisés, tronco del cual muchos hombres de ciencia, especialmente de iglesia, hacen derivar a la humanidad. Que mucho que después del Diluvio, alguno de los hijos de Noé hubiera llegado, por derivaciones marítimas, a las costas africanas que enfrentan con el Nuevo Mundo, y hubiese dado vida a la humanidad americana? ¿En qué forma pudieron haber llegado? Eso no importa para una hipótesis; entra en mucho la fantasía cuando de suposiciones se arma todo un edificio!

Se dice que los pueblos navegantes del Mediterráneo: fenicios, cananeos, cartagineses, griegos, egipcios, etcétera, etcétera, hayan podido venir a poblar la América. La Siberia, Islandia, también se mencionan. El paso del estrecho de Behring, helado en las épocas invernales, ha dado materia para afirmar con decisión nuestro origen mongol. Por el Sur, las tribus fueguinas dan margen para suponer una inmigración del continente Australiano, de las islas más próximas de la Polinesia y de las tierras antárticas.

¡Caótico es el terreno de las suposiciones! Grandes esfuerzos se hacen para resolver este problema. En auxilio de los investigadores llegan la Arqueología, la Etnografía y la Lingüística. La primera analizando estelas, descifrando jeroglíficos, comparando grecas y volutas, penetrando en las sombras de un lenguaje pictórico de códices y muros, acudiendo a la cerámica comparada, ha pretendido hallar similitudes entre las tres principales civilizaciones de América: la azteca, la maya-quiché y la incaica. Ya nos dijo el Doctor Rada, cuánto fundamento se presta a la teoría de un solo origen para estos tres grandes grupos.

¡Pero si hay también quienes opinen que el hombre americano pudo tener origen tártaro y chino, asiático meridional, asiático occidental, mesopotámico, africano! Y se llega en el terreno de las suposiciones a dar como una verdad, que el hombre de América, no es sino resto de continentes desaparecidos; y surgen las dos Atlántidas y la Lemuria, no ya como una fantasía de poetas, ni como una inspiración de Platón, ni aún tan siquiera como un dato bíblico demasiado vago. Por el Norte de la California se hacen inves-

tigaciones geológicas y se llega a conclusiones que parecen finales: la Lemuria existió. Y otros nos aseguran que asimismo existió la Atlántida. Y ahora, precisamente con el ingrato motivo de los terremotos que sufriera la culta república de Chile, escribe un científico su personal teoría, de que el Continente deriva un deslizamiento para el Pacífico, como preludio de un grande y terrible hundimiento.

El sabio Profesor Paul Rivet, en su última visita a Guatemala, nos regaló con una interesantísima conferencia, en la cual expuso su personal punto de vista en la materia de que me ocupo. Con la autoridad que le presta su reconocida competencia, afirma que el origen del hombre americano es múltiple. Se apoya en los datos que presta la Etnografía; nos cuenta que la antropología señala diferencias esenciales, aunque modificadas por el contacto, por el medio y por las emigraciones, entre las principales familias del Continente. No es lo mismo—dice el Profesor Rivet—el perfil facial del indio siux y el piel roja, que el azteca y el maya-quiché; el del inca, que el del araucano, el del Chaco boreal, y el del hombre de la Tierra de Fuego. Las medidas antropométricas difieren, el rasgo del ojo, lo saliente de la mandíbula, el tamaño de las extremidades, la forma de la mano y la estatura, no son las mismas, sino con marcadas diferencias. Realmente—dijo el sabio investigador—se notan caracteres muy parecidos con los hombres que habitan en la Australia y en las numerosas islas del Pacífico remoto.

La Lingüística encuentra muchos sonidos iguales o parecidos entre los pueblos de América. No son pocos los vocablos que tienen pronunciación igual o muy semejante. Sin embargo no se puede decir la última palabra.

El Doctor Rada parece pronunciarse por la teoría de que nuestros mayas o mayoides hayan sido los que dieron origen al grupo incaico como al Azteca. Siempre quedaría la interrogación: ¿de dónde vino el hombre maya?

La similitud del hombre mexicano con el nuestro, es evidente; no así con el hombre del Cuzco, por ejemplo. Se encuentra que en la agricultura poseen cultivos iguales: que nosotros hayamos enviado al Sur el maíz, y que de allá nos haya venido la papa y tal vez la quina; no nos vino ese precioso animal de carga, la llama, sino hasta ahora que el gobierno peruano nos obsequió un lote de tan útil elemento de trabajo.

Lamentablemente aún falta que explorar el significado de muros, estelas y códices. Cuando podamos leer los jeroglíficos y entender el significado de los símbolos de sacerdotes y guerreros, se levantará el velo que cubre estas civilizaciones. No basta que todo se compare con lo descifrado en Persia y en Egipto; seguiremos en el campo de la hipótesis y la búsqueda continuará por mucho tiempo, obscura y provisional.

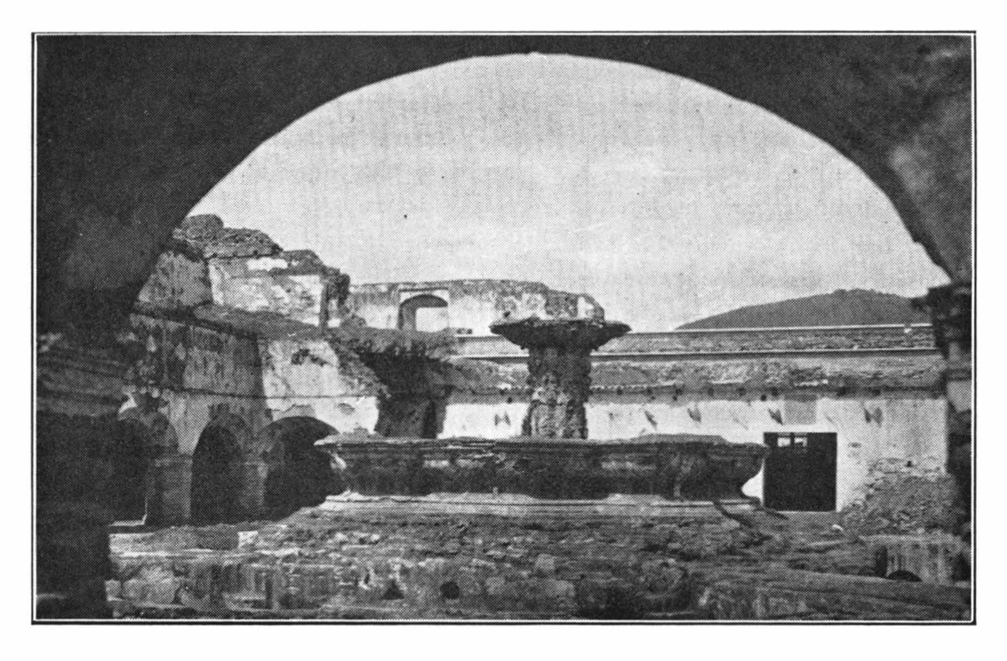
En el Perú estos estudios han alcanzado gran desarrollo. Eminentes hombres de ciencia criollos y extranjeros se dedican a investigar el pasado remoto de un pueblo que elevó las instituciones político-sociales a una gran altura, como ningún otro pueblo del Nuevo Continente pudo alcanzar. Los Museos que posee la hermana república y la extensa bibliografía sobre estas materias, nos dicen muy claro que allá se preocupan por estos asuntos, que han sido menospreciados hasta hace poco, en otras partes.

Será también en este sector como el Perú le tienda la mano a Guatemala. Parsimoniosamente en nuestra patria se dan los primeros pasos para conocer lo que fueron estos pueblos; y el intercambio que tenemos con los investigadores e instituciones norteamericanas, con las de México y con las de Sur América, habrá de producir frutos de beneficio para nosotros especialmente, ya que en lo que se refiere a investigaciones científicas, por más que duela decirlo, somos los benjamines de América.

No he de referirme a la personalidad del Doctor Rada. Conocido en el terreno científico como publicista y conferenciante de nota, lo es también como diplomático, aportando patriotismo y buena voluntad a la representación de su bello país, la tierra que puede ufanarse de contar con una de las más famosas universidades de América y con hombres que tienen siempre presente su glorioso pasado, cuando el inca Atahualpa reinaba en toda su majestad y llevaba sus huestes a fundar otros pueblos y otras instituciones.

Numerosos son los libros que el Doctor Rada ha publicado. Especializado en cuestiones jurídicas, sus obras estudian los problemas internacionales, bajo el punto de vista del patriota que halla amenazantes actitudes en esta hora en que el Derecho Internacional habrá de sufrir profundas y radicales metamorfosis.

Doctor Rada: la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala os recibe en su seno, plena de satisfacción, sintiendo mucho honor de contaros como su socio correspondiente. Pronto dejaréis este país que os abrió las puertas de su afecto: llevad de Guatemala un grato recuerdo. Nosotros sabemos ser sinceros cuando tendemos la mano amiga y fraternal. No olvidéis que en esta república dejáis amigos y que en esta vuestra casa se os recordará siempre con cariño.



Patio del derruído convento de los mercedarios, en la Antigua Guatemala

Palabras del socio Francisco Fernández Hall, al presentar al Dr. Giuseppe Capra, en el paraninfo de la Universidad de Guatemala, el 18 de octubre de 1937

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública:

Excelentísimos señores Ministros Diplomáticos:

Honorables señores Cónsules:

Señor Rector y Decanos de las Facultades Universitarias:

Señoras y señores:

Por honrosa invitación del ilustre conferenciante, de la Rectoría de esta Universidad y en concepto de miembro de la Junta Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, que hoy inscribe al señor Doctor Giuseppe Capra en la nómina de sus socios correspondientes y le va a otorgar el diploma respectivo, tengo el honor de venir hoy a deciros algo acerca de la misión cultural científica, en cuyo desempeño ha llegado a Guatemala y de la alta valía del recipiendario. Esa misión está alejada por completo de toda tendencia de proselitismo religioso o de propaganda política. Sacerdote católico, hombre de fe sincera y profunda piedad, limita en este sentido sus actividades al recinto de los templos. Italiano por la cuna y más que por ella por el entusiasmo, que cual sacro fuego dentro de su corazón, arde por todo cuanto pueda redundar en gloria de su bien amada y gloriosa patria; no es enviado oficial de ésta para iniciar o desenvolver acercamientos en el orden de la política, ni para intensificar relaciones de carácter económico ni de índole material. Es sencillamente un maestro que viaja deseoso de enseñar y ávido de aprender. Es un peregrino que marcha iluminado como lo fueron los magos en su ruta por una estrella misteriosa: la del ideal del desarrollo científico, por una generosa aspiración: la de cooperar al acercamiento de los hombres y de los pueblos por medio del arte, de la cultura, de la difusión de sólidos conocimientos. Y fiel a esta idea, en cumplimiento de este programa, el señor Profesor Capra ha viajado muchísimo estudiando siempre, investigando siempre los orígenes, usos y costumbres de las diversas naciones por él visitadas, para darles después a conocer en su patria y en otros países, por medio de la publicación de libros y opúsculos de los que lleva publicados más de noventa, de artículos en revistas científicas, de conferencias dadas en universidades y liceos, y de enseñanzas difundidas desde su cátedra de profesor de geografía en los centros culturales de Roma y de Perusa. Su nombre es bien conocido en su patria y fuera de ella, como el de un buen servidor de la ciencia y un ferviente amante del arte, de los que ansía hacer lazos de unión, cada vez már fuertes entre los hombres. Sencillo y modesto como todo verdadero sabio, no busca lauros, no ansía honores: quiere, como ya lo dije, aprender y anhela enseñar. Sus investigaciones científicas lo han llevado a las más apartadas regiones del Asia y del Africa. Ha estado con los bonzos y no le son desconocidos los

misterios del Egipto. Ha recorrido Australia y publicado nueve volúmenes que versan sobre ella. Conoce el Norte y el Sur de la América, pero faltábale conocer el corazón de ella y por esto ha venido a nosotros. Había conocido y estudiado los vestigios de las grandes civilizaciones, pero faltábale conocer lo que en el terreno de la cultura y del arte fueron los mayas y en busca de esos vestigios, ha venido y se ha gozado en comprobar ante la vista de las grandes estelas indígenas que guarda Guatemala en su Museo Arqueológico, la conexión íntima que existe entre los civilizados mayas y los pueblos primitivos de las regiones orientales del mundo. Y en cambio de ese conocimiento que ha adquirido, quiere darnos la visión de aquella magna cultura romana, cuyo acervo ha acrecentado los siglos y hecho cada vez más potente las diversas generaciones. De aquella cultura que iniciada por los etruscos y cultivada con amor por los latinos, vino a culminar en el famoso siglo de Augusto, cuando los férreos conquistadores del mundo ya habían buscado para mentores intelectuales de sus hijos a los pedagogos de la Grecia, de aquella Grecia gloriosísima, abuela de todas las civilizaciones occidentales. Y Roma, bañada en luz por el beso que le diera la antigua Hélade, tornóse en foco luminoso de donde partieron rayos que iluminaron al mundo. Roma, la augusta Roma fué con sus magníficas vías y sus grandes acueductos, con sus suntuosos coliseos y sus bellas termas el teatro donde actuaron aquellos grandes ingenios que hicieron inmortal el nombre de Roma, que traspuestas sus letras dice AMOR y eso fué aquella magna madre de todos los pueblos latinos y, por consiguiente, por intermedio de España, de nuestro pueblo guatemalteco: amor al arte en todas sus manifestaciones, arte que floreció maravilloso en Horacio y en Virgilio, en el Dante y en el Tasso, en Rafael y en Miguel Angel, en Cánova y en Verdi, y en mil otros más que se podrían mencionar, puesto que si algún pueblo de la tierra, ha sido riquísimo en artistas, es en verdad Italia.

Y aquella espléndida floración de arte y de cultura, se extendió, como decía a través de España hasta nosotros. Hubo, señor profesor Capra, aquí en esta Guatemala que visitáis hoy, un gran poeta guatemalteco legítimo, nacido precisamente en esa bella ciudad colonial de la Antigua Guatemala, que habéis recorrido y que ha producido en vos tan simpática y profunda admiración. Se llamó Rafael Landívar y cantó en versos virgilianos la gloria de los campos y el vuelo de las aves. Ese poeta guatemalteco por la cuna y por el corazón tuvo un día que salir proscrito de su patria; y fué a Italia vuestra patria, la grande y gloriosa Italia que, maternal, abrióle sus brazos. Era un universitario graduado en la antigua y gloriosa Universidad Real y Pontificia de San Carlos Borromeo. Fué uno de los más grandes poetas que han cantado en estas tierras de la América y a juicio de crítico tan acertado, como don Marcelino Menéndez y Pelayo, el más grande de los poetas clásicos de todo el continente colombino. Ese poeta nuestro murió en la itálica y pontificia ciudad de Bolonia y ella guarda su tumba, en la iglesia de Santa María Muratelle. La Universidad Guatemalteca al abriros hoy sus puertas, corresponde gentil al gesto nobilísimo que tuvo Italia acogiendo al proscrito poeta Landívar. ¡No habéis arado en el mar ni sembrado en el desierto, vosotros los romanos: Guatemala es tierra que sabe amar y agradecer!

Conferencia pronunciada por el profesor de la Universidad de Roma y Perusa, Dr Giuseppe Capra, en la Universidad de Guatemala, el día 18 de octubre de 1937

Excelencias:

Señoras y señores:

La presentación que hizo de mí el distinguido escritor y periodista guatemalteco señor Francisco Fernández Hall, primer vocal de la gloriosa Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala y director del Museo de Bellas Artes e Historia es demasiado lisonjera, porque cuando un hombre tiene un grande y buen corazón, él ve también todo grande y bueno. Yo le agradezco muchísimo todo lo que se ha servido decir de mí, pero reconozco sinceramente que no merezco tantas alabanzas.

Una cosa sé yo que sí tengo dentro del alma: es una verdadera y profunda admiración por la República de Guatemala, que ahora he visitado, por sus moradores y muy especialmente por el Excelentísimo señor Presidente de esta progresista República y por todas las autoridades civiles y políticas de ella.

Yo creía conocer a Guatemala por haber contemplado vistas de sus espléndidos volcanes, que se levantan soberbios hasta el azul del cielo y que se reflejan como en un espejo en sus lagos encantadores; por haber saboreado su café que perfuma con su aroma paradisíaco todo el mundo; sabía que Guatemala marchaba hacia el progreso, pero lo que he podido contemplar con mis ojos, es mucho más de lo que esperaba encontrar y supera en todo concepto a toda mi espectación.

Me faltan palabras para expresar mis sentimientos de admiración y de agradecimiento, hacia el señor Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública; hacia la Universidad Nacional de Guatemala, que tan gentilmente me ha acogido y especialmente hacia su magnífico señor Rector; y hacia el ilustrísimo señor presidente, junta directiva y miembros de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, que me ha honrado confiriéndome el nombramiento de socio correspondiente. Me faltan palabras como digo, para expresar mi agradecimiento, porque este es muy profundo y sincero y porque yo no conozco bien la hermosa lengua castellana.

Yo haré conocer mejor a Guatemala en Italia. Yo diré en las Reales Universidades de Roma y de Perusa todo lo que ella vale. Publicaré en libros y revistas que Guatemala es una hermosa república, que merece por el orden que en ella reina actualmente y por su marcha bien dirigida hacia el progreso en todos los órdenes culturales y administrativos, la admiración de Italia y del mundo y que el pueblo guatemalteco es un pueblo ilustrado y hospitalario, y un pueblo buen amigo del pueblo italiano.

Sería bastante para probar esta buena amistad la magnífica recepción con que se ha acogido a un hijo de Italia, por todos vosotros innúmeros y distinguidos señoras y señores que llenan esta hermosa y artística AULA MAGNA y que os habéis tomado la molestia de venir aquí para asistir a mi conferencia ilustrativa, de la vida de progreso de Italia y de sus grandes bellezas, tanto naturales como obras artísticas ejecutadas por la mano del hombre. El gobierno y la población unidos bajo la dirección del gran hombre que lleva a Guatemala, hacia una cultura y prosperidad nunca antes gozada, sienten simpatía muy destacada hacia mi patria Italia, e Italia también tiene honda simpatía y mucha admiración por Guatemala; y yo formulo votos porque mi visita sirva para incrementar las buenas relaciones ya afortunadamente existentes. Las primeras relaciones que en mi concepto se deben impulsar entre los pueblos son las relaciones culturales. La cultura es luz que ilumina las mentes, fuego que enciende los corazones, fuerza que impulsa después todas las relaciones posibles, tanto las económicas como las sociales, tanto las políticas como las turísticas.

En los años pasados cuando muchas de las otras naciones se mostraban adversas a Italia, Guatemala demostró su amistad y su simpatía hacia mi patria no uniéndose a ellas: sean dados honor y gratitud a Guatemala.

Yo, indigno profesor universitario de geografía en las universidades de Roma y de Perusa, gozo con el gran honor que hoy se me hace recibiéndome en esta grande y gloriosa Universidad de Guatemala y considero este honor como tributado a las universidades italianas, de cuyos cuerpos docentes formo parte.

A los estudiantes universitarios de Guatemala, traigo el más caluroso y fraternal saludo, de parte de todos los estudiantes universitarios italianos y la cordial y sincera invitación, para que vayan a visitar Italia y especialmente sus universidades, y también para que algunos de ellos se conviertan en estudiantes de las universidades italianas, por medio del intercambio de alumnos, que he tenido el honor de proponer al señor Secretario de Estado de Educación Pública de Guatemala. Allá encontraréis, señores estudiantes, todas las facilidades posibles, que os harán grata vuestra visita y vuestra permanencia. Os digo a vosotros a quienes pertenecen el desenvolvimiento de la grandeza de Guatemala, el progreso de la civilización en Centro América y el fomento de la paz en el mundo, porque en la Universidad se reciben la cultura y la ciencia que son luz, fuego y fuerza. Hoy todo el mundo tiene los ojos puestos sobre Italia y en todo el mundo como, en Guatemala, los periódicos comentan los acontecimientos y el progreso de mi patria. Tengo el gusto y el deber de agradecer a los señores periodistas de Guatemala, las informaciones que publican acerca de los progresos italianos y especialmente les agradezco los favorables comentarios que han tenido para mi persona y para mi labor, a mi llegada a este hospitalario país. Conmigo estuvieron sumamente amables y me han prodigado sus cortesías. Les rindo de corazón todos mis agradecimientos.

Aprovecho también gustoso esta oportunidad para rendir públicamente las gracias más expresivas al Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Guatemala, quien se ha servido brindarme hospedaje en su residencia arzobispal y con su reconocida bondad, me ha prodigado las más exquisitas atenciones y al excelentísimo señor ministro de Italia por el apoyo moral y valiosa asistencia que se ha servido concederme desde que yo llegué a Guatemala.

Como ya os lo he manifestado, hablaré en Guatemala de los progresos de mi patria, en aquella Italia que siempre fué gran faro de civilización desde el tiempo de los etruscos y que hoy, bajo el gobierno actual es una nación de valor mundial por todos reconocido.

No hablaré de política hoy aquí con vosotros. Yo soy sacerdote y la política no es en mi concepto campo propicio para los sacerdotes. Soy Profesor de Geografía y os quiero dar a conocer a mi patria Italia, con artísticas proyecciones luminosas de sus hermosísimas ciudades, de sus grandes monumentos antiguos y modernos, de las obras realizadas por el gobierno actual, para la formación intelectual y material de la juventud, para el saneamiento de las tierras y para el incremento de la producción agrícola. Y concluiré con presentaros las proyecciones de los cuadros principales de Leonardo de Vinci, de Michelángelo y de Giotto. Estas proyecciones artísticas de los grandes cuadros, serán con los colores mismos con que se encuentran pintados en los muros y lienzos.

No olvidaré jamás señoras y señores, mi visita a esta hermosa tierra, cuna del gran poeta Rafael Landívar, cuyo recuerdo une perpetuamente a Guatemala e Italia, porque si la primera fué su cuna que tuvo en la bellísima Antigua Guatemala que he visitado con gran placer, la segunda guarda con cariño en Bolonia, la tumba del que fué el máximo poeta latino de la América y la mayor gloria literaria, de esta noble y simpática nación guatemalteca.

(Se siguió una exhibición explicativa de temas geográficos y artísticos de Italia.)



Discurso escrito para la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala

Por el socio correspondiente, Lic. Francisco Cantón Rosado. Mérida, Yucatán, México.

Respetables señores:

Cumplo un grato deber al daros las gracias más expresivas por la bondadosa acogida que me habéis brindado, aceptándome en esta honorable sociedad, que, apartándose de la general afición a los intereses materiales, consagra sus afanes a los puros placeres del espíritu, a la investigación de la verdad en los campos de la historia, para poner a cada personaje en su verdadera luz, aquilatar sus méritos y virtudes y mostrar, por último, cómo la providencia va conduciendo a los individuos y a los pueblos a su final destino. Antiguamente, sólo a los príncipes y personas escogidas era dado, para el mejor gobierno de los pueblos, el estudio reposado de la historia; y así vemos al inmortal Bossuet escribir su famoso discurso sobre la historia universal para instrucción del Delfín, nieto de Luis XIV, a quien se deseaba adiestrar para el gobierno del pueblo francés. Hoy, a las monarquías absolutas ha sustituído la democracia, aún en la poderosa Inglaterra, y todos los ciudadanos conscientes, aun los más humildes, tienen acceso al estudio de la historia, tan útil a la humanidad.

¡Felices vosotros, que habéis formado esta benemérita corporación, con la ayuda inteligente de vuestro sabio gobierno, y que os empleáis en el noble empeño de investigar el pasado no sólo de los conquistadores españoles, sino también de la culta raza que levantó esos grandiosos monumentos, signo de civilización, primero en el preclaro solar guatemalteco y luego en nuestra querida península yucateca! Por eso, Guatemala, hermana por la raza de todos los países hispano-americanos, incluso México, tiene un parentesco más cercano todavía con Yucatán, pues ambos pueblos descienden al mismo tiempo, de la raza del Cid y de Guzmán el Bueno y de la noble raza que construyera las estelas y templos de Quiriguá y los palacios y templos de Chichén-Itzá y Uxmal! Ninguna otra raza indígena de las que poblaron la Nueva España, puede preciarse de haber alcanzado la alta cultura que hace de la raza maya una de las más civilizadas de la América precortesiana.

Sentado, pues, que Guatemala y Yucatán son pueblos hermanos, por la raza y por el idioma, no extrañaréis que hoy elija como tema de mi breve discurso de la vida de un héroe yucateco, originario por el lado materno de Guatemala, de esta hermosa tierra de héroes y de sabios. Por algo, Bernal Díaz del Castillo, el veraz soldado historiador, eligió este lugar para pasar los últimos años de su interesante vida y escribir ese monumento histórico

que se llama HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA, libro en que resplandece la verdad con todo su esplandor y hermosura.

Entre los valientes conquistadores que pusieron su esfuerzo, al lado de don Francisco de Montejo el mozo para la conquista de Yucatán, figura don Alonso de Rosado y Sánches, quien se distinguió por su bravura en varios combates recibiendo en premio de sus hazañas las encomiendas de Sihochac y de Dzan. Don Alonso de Rosado, fundada la ciudad de Mérida, se estableció en esta ciudad y de él procede la numerosa familia que lleva su apellido. En 1766 (según el tercer tomo de "Documentos para la historia de Yucatán", publicados por la Institución Carnegie) encontramos a un descendiente del citado conquistador, don José Rosado, de comandante de la guarnición de Bacalar. Y en 1800, un hijo suyo del mismo nombre y apellido, don José María Rosado, era igualmente Comandante militar de la misma villa. Y en esta villa de Bacalar, el dos de octubre de dicho año de 1800, nacía don Angel Remigio Rosado, del matrimonio formado por el Comandante Rosado y la señora María Bernardina Estévez, originaria de Guatemala.

La villa de Bacalar, cuyo nombre es una adulteración de "Bakhabal", palabra maya que significa "cerros de cañas", fué una de las poblaciones fundadas por los conquistadores, después de Campeche, Mérida y Valladolid, que sucesivamente fundaron los Montejos. Dista 160 kilómetros al S. O. de Santa Cruz de Bravo y 50 al N. E. de Chetumal. "Está situada sobre una loma de 25 metros de altura, elevada a orillas de una hermosa laguna que lleva el mismo nombre y que corre al norte por más de 37 kilómetros y al sur, por más de 12. Al lado opuesto de la población, hay otra laguna llamada del Mariscal, por la que se toma rumbo para salir a la mar y que por medio de pequeños esteros se continúa hasta desembocar sus aguas en el Río Hondo." (Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas, por Leduc y Lara Pardo.) En 1791, según un cuadro estadístico firmado por el gobernador don Lucas de Gálvez, Bacalar tenía 2,480 habitantes; pero a principios de 1847, según las estadísticas de la época, la población de la villa había aumentado a 5,055, sin contar los que formaban su comprensión política.

Como el padre de don Angel era un excelente militar, antiguo en el servicio del rey de España, natural era que educara a su hijo para seguir en la misma carrera, instruyéndole en la ordenanza militar y enseñándole los principios de honor y lealtad que había profesado toda su vida. Don Angel demostró desde la niñez su rectitud y amor a la disciplina y fué luego un militar pundonoroso, lo mismo que su hermano don Eulogio, que tan buenos servicios prestó en la guerra social de Yucatán.

Era muy joven cuando la corte de España le envió su despacho de cadete; y así fué ascendiendo poco a poco, obteniendo sus grados a fuerza de honor y constancia, hasta que obtuvo el de Coronel, grado que tenía cuando la muerte, que espía los pasos del militar, lo arrebató al cariño de sus conciudadanos.

Don Angel era muy querido y estimado de los habitantes de la villa por su carácter afable y bondadoso así como por su inagotable caridad, la que demostró, dice otro de sus biógrafos, el Sr. Castillo Peraza, cuando en 1833 se presentó en nuestro suelo yucateco el terrible azote del cólera morbo, causando la consternación de los habitantes. Don Angel se encontraba entonces en la villa de Bacalar y deseoso de salvar, en lo posible, a sus conterráneos de tan espantosa enfermedad, se propuso estudiar la medicina para poder curar a los que por falta de recursos no podían aplicarse remedio alguno. Y se asegura que consiguió salvar a muchos de los atacados por la temible epidemia, a quienes proporcionaba gratuitamente la medicina y muchas veces, la aplicó personalmente. Con razón dicen los biógrafos de Rosado que este era conocido con el sobrenombre de "Angel de la villa".

Antes de referir lo relativo al inicio de la guerra social, relataré un hecho que se relaciona con la vida pública de don Angel R. Rosado. Sabido es que Yucatán, políticamente, estaba, por desgracia dividido en dos partidos, uno que encabezaba la gente principal de Mérida y otro que tenía su asiento en la ciudad de Campeche: el primero reconocía como Jefe a don Miguel Barbachano y el segundo, a don Santiago Méndez. Así fué cómo el ocho de diciembre de 1846, Campeche se pronunció por un plan revolucionario, que establecía entre otras cosas, que en el pueblo de Ticul se reuniría, según decreto que expidió el llamado gobierno provisional, una asamblea extraordinaria con el objeto exclusivo: de dar bases para la reorganización de la Hacienda Pública en todos los ramos, imponiendo contribuciones, etcétera; dar bases para la reorganización de la fuerza pública, verificar definitivamente el arreglo de las rentas eclesiásticas y adelantar o diferir la elección de Poderes Constitucionales. Se declaró que las resoluciones serían legislativas, recibiendo la sanción del gobierno; la Asamblea se reunió el 24 de mayo de 1847 y los ciudadanos designados por el gobierno para tomar parte en ella fueron: por Mérida, don José Tiburcio López, Doctor don José María Meneses, don Pedro de Régil y Estrada, don Gerónimo Castillo y el Licenciado don Alonso Aznar Pérez; por Campeche, don Santiago Méndez, don Joaquín Gutiérrez Estrada, don Andrés Ibarra de León. don José M. Celaraín, General don José Cadenas y Licenciado don Policarpo M. Sales; por Valladolid, el Doctor don José Antonio García, don Agustín Acereto, don Victoriano Rivero, Licenciado don José R. Nicolín y Licenciado don Valerio Rosado; por Bacalar, don Angel R. Rosado y por los otros partidos, otras distinguidas personas cuyos nombres sería largo enumerar. Basta a nuestro objeto hacer notar cómo nuestro biografiado fué electo en esa ocasión para desempeñar una importante misión, la que sin duda supo desempeñar satisfactoriamente. (1)

Mientras estas cuestiones políticas embargaban los ánimos de los yucatecos, una guerra de castas, que duró más de medio siglo, se incubaba calladamente en la comunidad indígena, sin que los políticos yucatecos se dieran cuenta de nada. Tenían ojos y no veían, tenían oídos y no oían.

(1) "Noventa años de historia de Yucatán", por Carlos R. Menéndez.

Y llegó en esa época, en ese propio año, la guerra civil conocida en la historia de Yucatán con el nombre de "guerra de castas". El indio maya que antes de la independencia había permanecido apartado de nuestras disenciones políticas, fué armado por los blancos para que tomara parte en las revoluciones intestinas que se sucedían, aprendió a usar las armas de fuego y pensó que podía utilizar éstas para satisfacer sus antiguos odios de raza, que aun no se habían extinguido en su corazón. Y el 30 de julio de 1847 resonó en el pueblo de Tepich el grito de guerra lanzado por los indios rebeldes, grito que se repitió como un eco en los bosques de la Península y que pedía sin tregua ni cuartel la destrucción de la raza blanca. Y surgieron de entre los blancos hombres intrépidos, verdaderos héroes, que ayudados por la parte que se conservó fiel de la raza indígena, se lanzaron a los bosques y a las poblaciones a defender sus hogares y los fueros de la civilización.

Al principio, cayeron rendidas ante la fuerza del número las principales poblaciones del Oriente y del Sur de la península: Valladolid, Espita, Tizimín, Izamal, Peto y Tekax... Los indios no daban cuartel ni aceptaban tratados de paz; en Valladolid, sacrificaron traidoramente al Coronel Rivero, que fué a proponerles la paz; las familias salían de las poblaciones, custodiadas por las tropas leales en medio del estruendo de la fusilería y muchos de los prófugos caían para no levantarse más.

Mientras tanto, allá, a cien leguas de la ciudad de Valladolid, hacia el Sureste de la Península, dormía tranquila en medio de una relativa prosperidad, la villa de Bacalar. Tenía, como ya hemos dicho, unos cinco mil habitantes, la gobernaba un Jefe Político, ayudado por un Ayuntamiento, y cosa rara en aquellos tiempos y lugares, contaba con una escuela de instrucción primaria, costeada por el tesoro público. Había en la villa unas cuarenta casas de mampostería, un templo católico, una aduana marítima y aun un castillo con foso y puente levadizo, que dominaba la pintoresca laguna.

De pronto, rumores de guerra vienen a turbar el tranquilo sueño de los habitantes de aquella villa. Venancio Pec, uno de los célebres caudillos indios, se presenta con sus hordas indisciplinadas ante los muros de la población, pidiendo armas y pólvora. Dárselas equivalía a un suicidio; por eso, el comandante de la plaza, don Irineo Pereira, hijo de la villa, manda romper el fuego contra los rebeldes. El sitio se formaliza, los sublevados atacan sin cesar, los sitiados se defienden con la esperanza de algún auxilio procedente de Peto o Valladolid. Pero pronto les llegan noticias desconsoladoras, las guarniciones del Sur y del Oriente han tenido que abandonar las plazas que defendían, vencidas por el número de los atacantes; no hay esperanzas de socorro; y los sitiados de Bacalar enarbolan la bandera de parlamento e inician negociaciones con los indios rebeldes. Y, ¡oh sorpresa!, los sitiadores se muestran humanos y permiten que salgan las tropas con banderas desplegadas y tambor batiente, escoltando a las familias de los habitantes. Los únicos exceptuados de la amnistía son el comandante Pereira y un tal Reyes: el primero consigue salvarse disfrazado, pero el segundo es reconocido e inhumanamente sacrificado.

¿Cómo es que los indios rebeldes demostraron en este caso algo de humanidad, permitiendo la salida tranquila de las tropas y las familias? El apreciable escritor don Felipe Pérez Alcalá, generalmente bien informado, nos lo explica así: antes del 47, la población de Bacalar, descendiente en su mayor parte, no de altivos conquistadores, sino de laboriosos colonos que habían inmigrado en fechas recientes, no trataba a los indios con aquella soberbia y altivez propia de los conquistadores, sino con afabilidad y cariño: y cada año, en la época del corte de maderas, que era el negocio principal de los bacalareños, numerosas partidas de indios iban a los ranchos de los vecinos de la villa a trabajar en el corte y eran bien tratadas y mejor recompensadas. De modo que aquellos indios no tenían humillaciones que vengar ni odios que satisfacer... Sin embargo, este rasgo de humanidad no había de repetirse.

Dejemos pasar un año... Año que aprovecharon nuestros héroes y nuestras tropas para reconquistar palmo a palmo el territorio ganado por los rebeldes. Nuestras huestes recuperan Izamal, Espita, Tizimín, Valladolid, en el oriente, Tekax y Peto, en el sur... Pero se tiene noticia de que los colonos ingleses de Belice han establecido en la villa de Bacalar un depósito de armas y municiones, que venden a los rebeldes, en cambio de dinero y objetos saqueados en nuestras poblaciones. La indignación surge en los corazones bien puestos y el gobierno del Estado de Yucatán organiza una expedición de siete a ochocientos hombres que parte a recuperar la villa de Bacalar. La expedición parte por la vía marítima y en el vapor "Cetro" se embarcan las tropas cuando corría el último tercio de abril del año 1849. Manda la columna en jefe el valiente célebre coronel don José Dolores Cetina, cuya alma es del mismo temple que su acerada espada, casi siempre victoriosa; le siguen en graduación el teniente coronel don Isidro González, el mayor general don Angel R. Rosado (nuestro biografiado), y otros subalternos dignos de ellos, así como el médico don Ramón Gamboa. Una numerosa multitud presenciaba la partida de las tropas en el puerto de Sisal, con el alma conmovida pensando en las tribulaciones que esperaban a los intrépidos expedicionarios.

Después de ocho días de viaje, llegaron a Cayo Cocina, donde tuvieron que trasbordarse a embarcaciones menores para navegar por el río Hondo, pero cuando arribaron a los esteros, tuvieron que echarse al agua hasta llegar al rancho Tasajo, donde tuvieron que sostener un combate formal contra los indios, en que salieron victoriosos. Y después de algunas escaramuzas, entraron triunfantes a la villa de Bacalar el cuatro de mayo de 1849.

II

La expedición había entrado triunfante, pero la esperaban días amargos y luchas épicas. La villa estaba intacta pues no había sido incendiada ni demolida por los indios. El coronel Cetina dió sus disposiciones para prepararse a la defensa, pues ya esperaba el ataque. Era una lucha heroica por parte de los expedicionarios, pues no esperaban auxilio de nadie y tenían que atenerse a sus propios recursos. El famoso caudillo Jacinto Pat había

reunido bajo sus órdenes a más de cuatro mil indios, con los cuales comenzó a asediar la plaza. En medio de aquellas selvas, pobladas de árboles gigantescos, comenzó a resonar el horrísono estampido de los cañones y de los fusiles. Se dice que los combates más rudos fueron los que se tuvieron los días 28 de mayo, 14, 20 y 29 de junio. Cuantas veces los indios se lanzaron a atacar las fortificaciones, otras tantas fueron bravamente rechazados. La plaza se mantenía firme.

Serapio Baqueiro, el concienzudo historiador, nos dice en su "Ensayo histórico de las revoluciones de Yucatán", que las casas, los lienzos de pared, las albarradas, todo fué reducido a escombros y ceniza.

Respecto del combate del 29 de junio, que para nosotros es el más importante. hay en la citada obra de Baqueiro una vibrante descripción, la cual ha sido rectificada en parte por el veraz escritor Pérez Alcalá, quien recogió su versión de labios de un antiguo militar, testigo presencial de los hechos.

Seguiré, pues, la versión de Baqueiro, con las rectificaciones hechas por Pérez Alcalá.

A las tres de la madrugada del 29 de junio, los indios anunciaron su ataque con un ruidoso toque de generala por la parte del norte. Simularon primero un asalto a la línea del sur, pero luego dirigieron su ofensiva a la línea del norte; cargaron con tal audacia que las trincheras números 3 y 4 sucumbieron al principio, pero se sostuvieron con inaudito valor las que llevaban los números 1, 5 y 6. El mayor general don Angel R. Rosado, al oír lo que ocurría avisó al coronel Cetina y se dirigió a la trinchera Nº 3, acompañado del capitán don Faustino Peña, llevando una guerrilla de cuarenta hombres; pero como esto ocurría en medio de la obscuridad de la noche, cayó, sin saberlo, entre los indios rebeldes y fué mortalmente herido; su pequeña tropa retrocedió en desorden, pero al echar de menos a su querido jefe, un grupo de bacalareños se lanzó audazmente sobre las chusmas enemigas y rescató al ilustre herido, que había quedado en el lugar del combate sin que el enemigo, por la obscuridad, lo reconociera.

A las seis de la mañana, continúa el combate y Bacalar se encuentra envuelto entre el humo y el fuego de la metralla. El coronel Cetina encarga al teniente coronel González de recuperar las trincheras 3 y 4; González llama al capitán auxiliar norteamericano Samper y le dice, mostrándole las trincheras que están en poder del enemigo. "señor oficial, a la bayoneta tome usted esas trincheras". El heroico Samper cumplió la orden y, aunque perdió la mitad de su guerrilla, logró posesionarse de los baluartes mencionados a las exclamaciones entusiastas de: "Viva México! ¡Viva Yucatán!"

La situación se había salvado, dejando los indios multitud de cadáveres en el campo de batalla. Por nuestra parte, hubo once muertos y cuarenta y cinco heridos, entre éstos el valiente mayor general don Angel R. Rosado, el teniente don Alejandro Solís y otros oficiales. El valiente cabo don Faustino Zavala fué premiado por su heroísmo en el combate.

El dos de julio siguiente, a las seis de la mañana, entregaba su alma al Señor, con cristiano valor, el mayor general Rosado, de resultas de sus heridas. Así murió gloriosamente, rodeado del cariño de sus conciudadanos el bravo militar, el que tantos servicios había prestado a su patria, el discreto regulador del carácter a veces demasiado enérgico del coronel Cetina, el ANGEL DE LA VILLA, como solían llamarle los bacalareños, por su ardiente caridad y su rara abnegación.

Tal fué el honroso coronamiento de aquella vida que don Angel había consagrado al cumplimiento del deber y al ejercicio de la noble virtud de la caridad ¿Queréis una vida mejor empleada? Ella estuvo dedicada al bienestar de su familia, de su patria y de sus semejantes. Fué esclavo de su deber, fiel a su bandera y defensor de la civilización. *Sicut vita, mors ita.* dice el proverbio latino. Como fué su vida, fué su muerte. Su muerte fué gloriosa, ya que fué en defensa de su hogar y de su patria. ¡Sacrificio sublime! Si no hubiera hecho otra cosa más que morir honrosamente, esa muerte bastaría para glorificar su vida, pues como dice el axioma italiano: *Un bel morir tutta una vita honora!* Así Nelson, el ilustre almirante inglés, muere satisfecho en la batalla de Trafalgar, al ver que su flota ha vencido al enemigo!

Tal pasó en Bacalar. Aun cuando Rosado murió, los defensores de la villa quedaron triunfantes y el enemigo fué rechazado. Mientras Cetina fué comandante de la guarnición, nunca los indios pudieron tomar la plaza. Luego llegaron otros jefes que substituyeron al coronel Cetina y supieron igualmente defender con éxito la villa. Y no fué sino en 1858, casi diez años después de los sucesos que hemos narrado, cuando Bacalar cayó en manos de los indios, ya que la guarnición estaba extenuada y sin recursos.

Cuarenta años después de la caída de Bacalar, siendo presidente de la república mexicana el General de División don Porfirio Díaz y gobernador del Estado de Yucatán el General Brigadier don Francisco Cantón, se inició una enérgica campaña contra los indios rebeldes, que todavía constituían una amenaza constante contra las poblaciones pacíficas. Y la campaña culminó el cuatro de mayo de 1901 con la toma de Chan Santa Cruz, cuartel general de los indios rebeldes, por el General de División don Ignacio A. Bravo, quien comandaba un ejército de soldados federales y de guardias nacionales yucatecos. Así terminó, después de cincuenta años, la famosa guerra de castas de Yucatán.

No dejaremos de lamentar que a causa de errores cometidos por los políticos yucatecos de aquella época, se hubiese suscitado la llamada "guerra de castas", que debió haberse previsto y a toda costa evitado. Jamás debió haberse olvidado el principio cristiano de la igualdad de los hombres sin distinción de razas. Pero qué extrañamos que en Yucatán se hubiese olvidado si vemos en la actualidad que en la vieja y civilizada Europa se quiere implantar una política razista y a la sombra de ella se persigue a los judíos tan sólo por preocupaciones de raza! ¡Por fortuna la voz serena del Pontífice

romano ha condenado esa política anticristiana y numerosas naciones han ofrecido acoger en su seno a los perseguidos en nombre de la humanidad y de la civilización verdadera!

He terminado, señores, mi breve discurso y sólo me resta dar las gracias de nuevo al señor presidente de esta honorable Sociedad, a sus dignos directivos y a todos sus miembros por haberme acogido bondadosamente en este augusto templo consagrado a la divina Clío, cuyo culto es tan grato para todas las personas cultivadas. ¡Ojalá que continuéis largos años por el camino emprendido para bien de vuestra patria y de la humanidad, y que sigáis siempre la hermosa "senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!"



Claustro en ruinas e iglesia de la Escuela de Cristo en la Antigua Guatemala, República de Guatemala

Especímenes zoológicos utilizados por nuestros aborígenes

Por el socio correspondiente Doctor
Rafael González Sol. San Salvador.

Las especies de nuestra fauna que nuestros aborígenes utilizaron en la época prealvaradeana, fueron las mismas que aprovechaban de diversas maneras los indígenas aztecas y mayas en el territorio conquistado por Cortés, puesto que los animales centroamericanos con pequeñas diferencias, son los mismos conocidos en el suelo mexicano.

Vertebrados comestibles

Entre los mamíferos útiles encontrados por los conquistadores, fueron el ciervo o venado (cervus mexicanus y cervus rufinus) y el conejo (lepus chilensis), los primeros que observaron y cazaron en las praderas de Yucatán en el año de 1518, de los cuales según dice Bernal Díaz del Castillo, "matamos diez venados con una lebrela y muchos conejos".

Este mismo soldado historiador, nos describe la diversidad de especies comestibles que usaban en el palacio de Moctezuma, en el párrafo siguiente: "Y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices. patos mansos e bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, e palomas, y liebres, y conejos, y muchas maneras de aves, etcétera".

Debido al atraso de la Zoología en aquellos tiempos pretéritos y al desconocimiento absoluto de ella por los historiadores coloniales, es que las especies enumeradas no pueden identificarse con exactitud; pero hoy que se conoce detalladamente la fauna de México y Centro América, sí puede decirse a qué especímenes se refería Bernal Díaz del Castillo, con excepción de algunas pocas de identificación dudosa.

En un trabajo que publiqué en el Nº 2 de la notable revista científica guatemalteca "La Escuela de Farmacia", órgano de la Facultad Universitaria de Ciencias Naturales y Farmacia, el cual se titula "Terminología Indígena de la Fauna Mamológica Centroamericana, antiguas especies salvajes comestibles inidentificadas", exponía algunas de dichas dudas, como puede verse en los tres párrafos siguientes:

"Los observadores o incipientes naturalistas precortesianos, daban el nombre genérico de perro, a los mamíferos que eran de tamaño mediano, usando los vocablos *Chichi* o *Itzcuintli* que tienen esa significación como subfijos, unidos o cualquier otro vocablo que indicara, al igual que en los nombres científicos binarios o lineanos, una cualidad del animal nominado".

"Entre nuestros ancestros precoloniales, lo mismo que entre los mexicanos, se conocían cuatro mamíferos comestibles, como animales preferidos para la mesa. Eran el *Techichi,* el *Joloitzcuintli* o perro pelado, el *Itzcuintlepotzotli* o perro jorobado y el *Tepeitzcuintli* o perro de los cerros".

"A qué especies actuales zoológicas corresponden esas cuatro denominaciones indígenas primitivas?"

El Ingeniero y General de División Pedro Zamora Castellanos, acucioso historiador guatemalteco, parece resolver el enigma de uno de ellos, del *Joloitzcuintli* o perro pelado, en un artículo publicado por él en el Nº 3 de la misma revista, dando el dato de que encontró en la revista argentina "La Chacra", un artículo en que se afirma la existencia de un perro pelado que llaman perro "pila", al Norte de la república Argentina, especialmente en Tucumán, donde se cree que su origen es azteca.

Las otras especies principales comestibles enumeradas por Bernal Díaz del Castillo, pertenecientes a los vertebrados, son hoy conocidas y clasificadas, siendo entre los mamíferos, las siguientes: Danta o tapiro (Tapirus Bairdii); Zahino o Pecari (Dicotyles Torcuatus); Cariblanco (Dicotyles Labiatus); Manatí (Manatus Americanus); Tepescuinte (Coelogenys Paca); Cotusa (Dasiprocta Aguti); y Taltusa (Geomys Heterodus). Entre las aves: Pavo ocular (Melleagrys Ocelata); Pava común (Penelope Purpurassens Wagler); Paujil u Hoco (Crax Alector); Paujil rojo (Crax rubra); Chacha (Penelope cristata); Gallina cutuluna (Nemida Meleagris); Gallina de monte (Odontophones Dentatus); Perdiz (Lophortix Gambelii); Codorniz (Eupsychortix Hipoleucus Gould); Pato real (Chairina Moschata); Paloma morada (Chloræenas Flavirostris); Tortolita (Scardafella Inca); Paloma Huizicila (Aimophila ruficauda); Sanate (Megaquiscalus Major macrourus); Paloma alas blancas (Oreapeleia Albifacies Rubida); Zarceta marina (Butorides Virescens Hipernotius), etcétera; y entre los reptiles eran preferidas para la mesa la Iguana (Lacerta Iguana) (Iguana Tuberculata), y las tortugas grandes.

Después describe Bernal Díaz del Castillo la casa de aves, donde se surtían de plumas para ornamentar telas, detallando la existencia de "águilas reales y otras águilas más chicas e otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores", el quetzal, pájaro que tiene la pluma de cinco colores (Passerina ciris ciris), patos de buena pluma; y en un estanque muy grande "aves muy altas de zancas, y colorado todo el cuerpo, y las alas, y la cola" (Ajaia Ajaa L.), junto con la garza blanca o real (Casmerodius Alba, egretta).

En seguida detalla otra casa donde existen tigres, leones, zorros, venados, perrillos y "muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola unos que suenan como cascabeles".

Pero todos estos animales, más que para utilidad práctica, eran conservados vivos para la obtención de brebajes usados en ejercicios rituales adivinatorios, brujerías, supersticiosos y demás creencias fanáticas, casi todas encaminadas a invocar los espíritus animales, debido al totemismo imperante en los aborígenes.

Entre los peces, usaban para la mesa todos los de agua dulce, conservando algunos de ellos hasta la fecha su nombre nahuatl, como el Tepemechín.

Entre los invertebrados acuáticos, comían los crustáceos, conocidos con el nombre vulgar genérico de cangrejos; un molusco univalvo de agua dulce, el jute; y algunos moluscos bivalvos, como las ostras, cascos de burro, almejas y curiles.

Invertebrados comestibles

En Centro América, los invertebrados comestibles eran el chapulín (Chistocerca-Americana) y algunas larvas de insectos, siendo mayor en México el número de especies preferidas en el arte culinario.

Sahagún, en su "Historia General de las Cosas de Nueva España", dice lo siguiente respecto a los ortópteros saltadores usados en la mesa por los mexicanos:

"Hay muchas especies de langostas en esta tierra y son como las de España, a una de ellas llaman "Acachapoli" que quiere decir langosta como saetas. Dícese así porque van recias cuando vuelan y rugen como una de éstas, suélenlas comer; hay otras que son medianas y coloradas, andan en el tiempo de coger los maizales, y son de comer. Hay otras langostas de verano, son grandes y gruesas, no vuelan sino andan por tierra, comen muchos los frijoles; unas de ellas son prietas, otras pardillas, otras verdes, y suélenlas comer. Hay otras que llaman langostas ciegas; de éstas hay muchas y son pequeñas, andan por los caminos y no se apartan aunque las pisen, son de comer. Hay otras que son pintadas a manera de codorniz, también son de comer. Hay otras que cantan siempre diciendo: chi, chi, chi, y andan siempre en el heno, también son de comer".

Como se deduce de la pintoresca e interesante descripción anterior, nuestros ancestros eran acridófagos, usando en su alimentación todas las especies conocidas.

También usaban en México como alimentos, los pueblos de la altiplanicie lacustre central, las larvas acuáticas de Hemípteros de la familia Corixida, y género Corixa, casi todos con *habitat* comprendido entre California y el norte de la América del Sur, como la *Corixa Guatemalensis,* muy común en Guatemala; la Corixa Melanogaster y Corixa Unguiculata, de Costa Rica.

Respecto a estos invertebrados comestibles, dice Sahagún, lo siguiente:

"Hay unos coquillos de agua, que llaman "Axaxayacatl", son por la mayor parte negros, del tamaño del pulgón de Castilla y de aquella hechura, vuelan en el aire y nadan en el agua y se comen. Hay también unas mosquillas que llaman "Amoiote", andan en haz de agua, péscanlas y cómenlas. Hay unos gusanos en el agua que se llaman "Oculiztac", son muy ligeros en ella, y se comen".

"Hay unos coquillos en el agua que se llaman "Michpili", son muy pequeñitos como aradores, péscanlos, y dicen que son de muy buen comer. Hay otros coquitos que se llaman "Milpichtetey", son como los de arriba dichos y cómenlos."

"Hay otros gusanos del agua que se llaman "Izcavitli", no tienen cabeza sino dos colas, son coloradillos, hacen de ellos comida."

"Hay unas urronas que se crían sobre el agua, que se llaman "tecuitlate", son de color azul claro, después que está bien espeso y grueso, cógenlo, tiéndenlo en el suelo sobre ceniza, y después hacen unas tortas de ellos, y tostadas las comen".

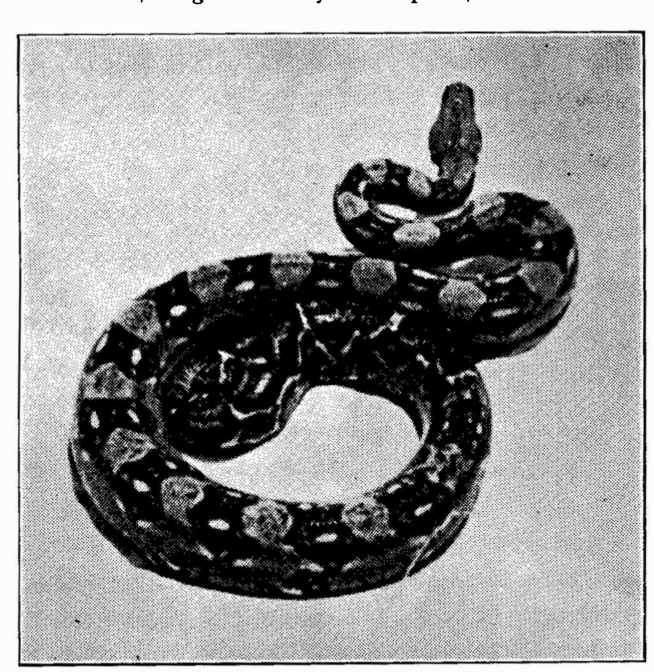
No debe olvidarse que los mexicanos comen la salamandra conocida con el nombre de "axolote", de la cual se creía hace poco que la forma adulta, pulmonar y terrestre, era distinta de la metamórfica acuática y branquial, debido a que esta última puede reproducirse a veces sin llegar a su total desarrollo.

Especies medicinales

Entre los vertebrados se usaban algunos miembros o partes de ellos como medicina, generalmente reducidos al estado de polvo, tales como pelos incinerados, músculos desecados y pulverizados, cuernos, pezuñas, caparazones como el del armadillo o cusuco, la grasa o tejido adiposo, etcétera.

De los mamíferos hacían pocas aplicaciones médicas, usando los polvos de los cuernos y cascos de venado para combatir algunas afecciones nerviosas.

Del armadillo nuestro (Dassypus Novencyntus), era el polvo del caparazón el que ocupaban como antisifilítico débil; y como un antisifilítico heroico, preferían la porción intermedia del cuerpo de la serpiente cascabel (Crótalus Hórridus), desecada a una temperatura no muy alta, e ingerida como alimento en las comidas.



Serpiente mazacuate

El zorrillo (Mephitys Chilensis), se aplicaba como alimento en las enfermedades de las vías respiratorias; pero más que todo se daba preferencia a su grasa para combatir las afecciones broncopulmonares. En la actualidad se usa aquí en El Salvador dicha grasa con el mismo fin, en fórmulas para uso interno oral, y para inyecciones hipodérmicas en ampollas de 1 ó 2 centímetros cúbicos.

La grasa de la serpiente mazacuate (Boa Imperator), era bastante apreciada como resolutivo externo para inflamaciones, abscesos y forúnculos.

De las aves usaban el pico, el corazón y los huesos. Todavía usan mucho los campesinos como medicamento el pico de tucán o pico de navaja, el corazón del pájaro mosca y el caldo o cocimiento de zopilote contra la sífilis y algunas dermatosis.

Entre los invertebrados era un medicamento popular la casampulga o "Chintatlahua" para curar el tifus exantemático o "Matlazahuatl", detalles que he expuesto en un artículo zoológico que he enviado para su publicación en la revista guatemalteca "La Escuela de Farmacia".

Para combatir las picadas de animales ponzoñosos, los aborígenes usaban casi siempre un tratamiento similar a la opoterapia, aplicando exterior o interiormente el mismo animal o parte de él, para neutralizar los síntomas del envenenamiento.

Sólo en el escorpiodismo o envenenamiento producido por la picadura del alacrán o "colotl", no usaban dicho procedimiento, sino que, como escribe Sahagún, "usaban chupar la picadura y fregarla con "piciete" molido; pero mejores son los ajos mojados y puestos sobre la picadura".

En la ya mencionada revista "La Escuela de Farmacia", en el número 4, en un trabajo zoológico que publiqué, titulado "¿Una Nueva Especie de Coleóptera Afrodisíaco?—Debe investigarse su acción tónica y neuromotora", se encuentran los párrafos siguientes, relativos al mote del artículo:

"Pero es probable que en nuestras selvas existan especies zoológicas afrodisíacas, tal vez más eficaces que la yohimbina, principio activo de la planta yohimbebe del Africa."

"En efecto, en la carta dirigida al Rey de España por el Licenciado don Diego García de Palacio, Oidor de la Real Audiencia de Goathemala en el año de 1576, hace más de tres siglos y medio, entre las descripciones de propiedades raras y notables que poseen algunos seres vivos, según conocimientos y experiencias investigadas por los indígenas, encontramos la siguiente, relativa a un insecto no común, la que literalmente dice:

"... y otras sabandijas pestilenciales y muy dañosas, que espantan con los malos efectos que ellas y con ellas hacen. Hay unas que crían un cornezuelo en la cabeza, de que los malos usan para sus lujurias, de efecto extraño; y para lo mesmo hay unos escarabajos muy grandes de cuernos de los cuales aún son peores y de más mala operación. Yo hablé a un sacerdote a quien unos sus toscos amigos le hicieron las raeduras de una burla tan pesada que ni bañarse, ni unguento rosado, ni sangrarse le aprovechó por más de veinticuatro horas".

Después de varias consideraciones relativas a los caracteres zoológicos específicos de coleópteros grandes y con cuernos de nuestro suelo, llegué a la conclusión de que es el *Megassoma Elephas,* el que posee esas notables propiedades afrodisíacas conocidas y aplicadas por los primitivos indígenas de esta intendencia.

También usaban como antidontálgico eficaz, el diplópodo conocido en España con el nombre vulgar de Iulo y entre nosotros con el de rosquilla, según se consigna en los siguientes párrafos de Sahagún:

"Hay unos gusanos en esta tierra que también los hay en España, llámanse "Coiaiagual", en lengua española no sé como se llaman. Algunos de ellos son amarillos obscuros, otros colorados, otros blanquecinos, y otros blancos obscuros; son larguillos como medio dedo, y gruesos como una pluma de gallina de Castilla, pero por lo más grueso; tienen muchos pies, en topando luego con ellos se enroscan y estanse quedos, no muerden ni hacen daño, pero si alguno los come o bebe, dizque matan; usan de ellos como medicina contra el dolor de muelas o dientes, pónenlos mojados sobre la mejilla, y se quita el dolor.

Especies usadas con otros fines

Para piezas de vestidos o partes de ellos, usaban varias pieles de mamíferos, y las plumas de aves con tintes o colores fuertes y chillantes, las que aplicaban para la ornamentación de algunas telas mezclándolas en las tramas y mallas del tejido.

Las pieles preferidas eran las de varias especies de orden Fieras, por su pelo fino y colores llamativos; y entre las plumas daban la predilección a las de garzas blancas y morenas, loras, guaras, siete colores y quetzales.

También los aborígenes habían observado la época en que llegaban o pasaban las aves emigrantes o migratorias, como los azacuanes, tijeretas, golondrinas, etcétera, fenómeno biológico que lo aprovechaban como una indicación práctica para el tiempo adecuado a los diversos cultivos.

Asimismo obtenían de algunos animales, varios tintes o materias colorantes que usaban en sus telas y alimentos, como el color púrpura que extraían del molusco Murex Purpureus, y el carmín de la cochinilla, insecto que recolectaban del nopal o tuna.

Tal es, a grandes rasgos, la utilidad que nuestros primitivos indígenas obtenían en la época prealvaradeana de las especies zoológicas autóctonas, habiéndose conservado hasta la fecha el aprovechamiento de muchas de esas cualidades beneficiosas, algunas dignas de estudio para la obtención de un rendimiento mayor y más práctico para el hombre.



Ensayo lingüístico sobre el Pupuluca y otra lengua india del Sudeste de Guatemala, congénere del Pupuluca

Precedido de un corto vocabulario de ambos idiomas por Eustorgio Calderón, doctor en Medicina y Cirugía de la Universidad de El Salvador

(Al profundo conocedor de Guatemala y sus habitantes, juez imparcial de los usos y costumbres guatemaltecos, señor Dr. don Otto Stoll, en Zurich: dedica el autor este opúsculo.)

Prefacio

En el corto trabajo siguiente, están contenidos algunos datos lingüísticos, que sin estudios preparatorios a la altura del estado actual de la ciencia, pude recoger a la ligera en una excursión por Guatemala. Estos apuntamientos hechos por un médico, no aspiran a llenar las exigencias de lingüistas de profesión, ni nunca podrían llegar a satisfacer adustos críticos micrólogos; el objeto de ellos es, nada más, salvar unos cuantos restos que aún quedan de las lenguas indias del Sudeste de Guatemala, que por el comercio creciente, relaciones entre ladinos e indígenas van en decadencia y están condenadas a desaparecer en no muy remota época. Las dificultades, los obstáculos físicos de toda especie que se ofrecen al viajero en esta clase de empresas son a veces de tal naturaleza, que se necesita tener verdadero amor y dedicación a estos estudios para llevarlos a cabo.

No teniendo a mano en nuestra biblioteca nacional, tan lejos de los centros de cultura norteamericanos y europeos, la obra de Daniel G. Brinton de Filadelfia sobre la lengua Sinca, ni las de Gallatin, Buschmann y Waítz, me he concretado a consultar las obras del señor Doctor Stoll, de Zurich, que poseo en mi biblioteca. Dicho autor comunica unas cuantas palabras tomadas del manuscrito del Doctor alemán C. H. Berendt, de un idioma que según me parece erróneamente ha designado como al Pupuluca. Bajo esta denominación entiendo únicamente al idioma de Yupiltepeque, apoyado en los datos suministrados por un indio pipil de Comapa, quien interrogado por mí, designó espontáneamente sin indicación extraña alguna, sólo a los habitantes de Yupe y a su lenguaje como a los verdaderos pupulucas, y puesto que en Yayantique, al este de El Salvador, desapareció el pupuluca de que habló Juarros, no hay más que aceptar el nombre que los mismos pipiles dan a los Yupes.

En cuanto a la lengua del barrio septentrional de Chiquimulilla es la sinca: cuestión es esa que no puedo resolver, pero comparando la que llamo Pupuluca propia, con la chiquimulteca del norte, se verá que ambas

pertenecen a una misma lengua madre común, enteramente extraña a los demás idiomas guatemaltecos; esa manifiesta afinidad entre los lenguajes de Yupe y de Chiquimulilla me hace más bien inclinarme a creer que quizá la lengua del barrio meridional de Chiquimulilla sea la Sinca.

Por último me cabe la satisfacción de poder dedicar este trabajo al señor Doctor Stoll, en señal de gratitud por los eficaces e instructivos datos que me ha proporcionado con sus obras sobre Guatemala, a cuyo método seguido en ellas me he ceñido en gran parte al tratar estas cuestiones. Ojalá contribuya en algo a despertar entre mis compatriotas centroamericanos alguna afición a estudiar nuestra gran patria y cuanto se atañe a ella.

San Salvador, noviembre de 1890.

A

acáma (Ye.) myl úrru (Cha.) mosquito jejen.
acan ji (Ye.) sí, cierto, así es.
acle acle (Ye.) despacio.
acli acli (Ye.) poco a poco, despacio.
acuay upulan mayaya tic (Cha.) voy a hacerte cosquillas.
acmu apárri (Ye.) de este tamaño.
acucurruc ay pulau (Cha.) ya luego lo voy a hacer.
acumi aykí (Cha.) está lo mismo.
acúki ay apú (Cha.) iba andando y se paró.
acuni ay talau macu (Cha.) voy a quemar la casa.
acú (Ye.) ir, andar; uau acú (Ye.) quiero andar; ncó lina nay (Ye.) voy con ustedes.
áhua (Ye.) luna, el mes; pl: id.
agua (Ye.) verde; pl: id.
áhua (Che.) verde; pl.: id.
ahujlacan (Cha.) avuájla (Ye.) ayer.
ajámu (Ye.) embrocarse.
ajlahuac (Cha.) ajlaparri (Ye.) adverbio de tiempo: mañana.
ajla mycó ina (Ye.) mañana te vas con ella.
ajli (Ye.) sobre él o ella.
akijí (Ye.) así; akijí ucay (Ye.) así, de este modo se hace.
ahuáta ana (Ye.) maíz tostado.
achij guaru (Cha.) rey; pl.: achij guarúki.
al jurrí (Cha.) sobre la cabeza.
alán (Cha.) sobre de mí, por mí.
aljca (Cha.) por tí.
alaljki (Cha.) por nosotros.
alj naru (Cha.) sobre el suelo.
alj pamá (Cha.) sobre el hombro.
akü (Ye.) poco, un poco; akü ayma (Ye.) un poco de maíz.
amú (Cha.) abuelo; pl.

alútu (Ye.) otec (Cha.) cama; alatal utuc (Ye.) debajo de la cama; alutulí (Ye.) octecli (Cha.) camas.

ámul (Ye.) chichicaste.

anday nihuáki (Cha.) vengo a preguntar.

añá (Ye.) hay; añá mapu (Ye.) ¿hay tortillas?

ana xuxo urrum nay tumukí (Cha.) naj pelu nusmúki ayahuí (Ye.) el perro anda olfateando todo.

anic süma (Cha.) anoche.

apalic sagú (Ye.) ¿cuántos son ustedes?

apin (Ye.) primo.

apaulay (Ye.) ¿cuánto? apaulay de tumi (Ye.) ¿cuánto vale?

ára (Cha.) oruga, gusano; pl.: arajlíki.

arjtá (Ye.) tal vez no viene.

árru (Cha.) cerdo; pl.: arrújli.

ásu (Ye.) cerdo; pl.: asuclí.

atapajay (Ye.) pulmón.

atijá (Cha.) aquí.

atijan (Cha.) ahí.

atisma (Ye.) estornudar.

atupapa puná (Cha.) se quedará.

atatatay (Ye.) la espalda.

avuá (Cha.) abuela; pl.: avuajcalí.

ávui (Ye.) laguna; atávui; (Ye.) quiero ir a la laguna.

áya (Ye. Cha.) mujer; pl.: ayal.

ayá (Cha.) upurin (Ye.) compañero.

au (Ye.) grano de maíz.

atasamurin (Ye.) rabadilla.

ayac (Cha.) ser, parecer; chahui ayac jíxi ti (Cha.) está duro parece piedra; n' frac kilac ni ayac na (Cha.) soy también un hombre como él; lan ayki hui ti (Cha.) ya no es él como era.

ayahuí (Ye.) tumuki (Cha.) todo; ayahuí naj macu (Ye.) tumukí na mácu (Cha.) toda la casa; ayahuac nec (Ye.) tumuki hualjki (Cha.) todos nosotros.

ayapá (Cha.) ayapahuína (Ye.) año.

ayjki na (cuerpo gordo) (Cha.) mi cuerpo ha engordado.

ay ni mayá (Cha.) tengo mi milpa.

ayma (Ye.) mazorca; pl.: aymacli.

ay nu sumí (Ye.) crecer, criar; yun sunuy mun nu vaacax (Ye.) voy a criar mis vacas.

ayun curúki huerxeké (Ye.) corriendo me caí.

ayunpumupá (Ye.) nadador, el que está nadando.

ayunhuí (Ye.) derretir.

ayunhuí (Ye.) derritir.

ay rinanúru (Cha.) estoy orinando materia, es decir: tengo purgación.

ayun teró oté (Ye.) marchitar, está marchitándose.

ay umukí ra pú (Cha.) tengo mucha fuerza en los brazos.

B

bojoró (Cha.) abrir.

buyúljki (Cha.) redondo.

C

cáhuíki (Ye.) gritar; cahuí ajluyá (Cha.) él gritó, se rió recio.

acajcáhua (Ye.) olor.

cájli (Cha.) humo; pl.: cajlijliki.

caljki irikijli (Cha.) son del mismo color.

calhíhuay (Ye.) yo solo, uno solo.

calki (Ye.) solo; calki nay (Ye.) van solos.

cama (Ye.) (Cha.) sangre; pl.: id. (Ye.) camajlí (Cha.)

canguáki (Ye.) jugar.

calpitro (Ye.) una cantidad pequeña.

canjó chec samá (Ye.) quebrar, para quebrar.

caman (Cha.) abrazar.

cangan ti (Cha.) poner tieso.

camaní na ú (Cha.) yo abrazo, es decir: yo cargo a mı hijo.

canic (Cha.) la trampa.

can ucac (Ye.) hacer; uca isal (Ye.) que lo haga bien; ucaj isal (Ye.) lo está haciendo.

cauki itz' u (Ye.) cambiado.

canmutz' urru (Ye.) nos agachamos.

cayayá (Cha.) relumbroso; cayayá ti (Cha.) relumbrar.

cápi (Cha.) donde, adonde, de donde? capi ixpacá (Cha.) ¿de dónde vienes? capi naruc (Cha.) ¿dónde es tu tierra, de dónde eres?

cara (Cha.) carra (Ye.) pesado; pl.: carajlí (Cha.) carraclí (Ye.)

carágua (Ye.) yerba.

caraguá arru Cha.) coche de monte; pl.: caraguá arrujlíki.

carguáye (Cha.) viuda; pl.: carguayájli.

cayac (Cha.) ¿adónde? cayac yu (Cha.) ¿adónde vas?

cayikíla (Ye.) vendedor; pl.: cayikilá.

carúmu (Cha.) cotoaay (Ye.) muela; pl.: cotojlí (Cha.) cotoayclí (Ye.)

colaj (Ye.) cola; pl.: id.

cojtóro (Cha.) zompopo (atta fervens.)

cojüjü (Ye.) tibio.

cuay purin na júrri tij chamarra (Cha.) me quiero cubrir la cabeza con la chamarra.

cuay pulan táljma (Cha.) voy a hacer el camino.

cuay pulin urrutí ray (Cha.) ahora me lavo la cara.

cuay pulin trastes (Cha.) voy a lavar los trastos.

cuay netkan ti guapí na jixi na (Cha.) voy a enjuagar con mi pie esta piedra.

cuco (Cha.) Taxisco.

cucú por ayá (Ye.) ya llegaron.

cúchi (Ye.) tabaco; pl.: cuchiclí.

cumay ne (Ye.) ¡ven acá!

cumay ne (Ye.) llamar; cumay ne pronto (Ye.) ¡llámalo pronto!

culáki (Ye.) chocolate.

cumíkila (Ye.) el comprador.

cumucatití (Ye.) el servicio.

cuni ay cosuan ra cuay pulau pi tajo este bastón (Cha.) rompo en dos este bastón.

cuní ay oton ra no pají (Cha.) voy a tapar un hoyo.

cuní ay ascau titá (Cha.) n' alpa kevueu (Ye.) yo abro las piernas.

cunay cau nüma̤ (Ye.) ven a comer.

cunuy nen (Ye.) compra conmigo.

curúki (Ye.) de prisa, correr.

curuy xirí (Ye.) esconder, ¡escóndete!

curuki (Ye.) de prisa, correr.

curuca muca akú (Ye.) anda a trabajar un poco.

curanin (Ye.) quitar.

curic (Cha.) ¡arráncame esto!

curra (Cha.) Nancínta.

cusná (Cha.) quebrar, quebrarse; cusná jararí nu machite (Cha.) que se quebró el mango de mi machete.

cúsi (Cha.) codo; pl.: comójli pú.

cúti (Ye.) zopilote; pl.: cuticlí.

cu vari ya (Cha.) ya me voy; cúki la ni ya (Cha.) yo también voy.

cuxcúx (Cha.) tecolote; pl.: cuxcuxlíki.

cuyá ni rina janhuac (Cha.) voy a orinar allá.

(cada párri cada parri) (Ye.) diariamente.

CH

chachúi (Cha.) duro; pl.: id; chachúi ayac jíxi tí (Cha.) está duro, parece piedra.

ché (Ye.) tacuacín (Didelphys quica Natt.)

chapay cama ra narí (Cha.) me está saliendo sangre de la nariz.

chenepá (Ye.) ya está quemado.

chéte eyma (Cha.) troje de maíz.

chengóc ti pu (Cha.) puj maj mau chirí tí (Ye.) su brazo está torcido.

chiché (Cha.) escremento; pl.: chujlí.

chiguakíla (Ye.) jugador.

chiuic (Cha.) ralo; chihuic ti na maj atulí na jarána (Cha.) el atol del enfermo está ralo.

chikihuit (Ye.) chikuit (Cha.) canasto; pl.: chikuítli (Cha.) chikihuklí (Ye.)

chinaney (Ye.) tz' inána (Cha.) alacrán; pl.: id; chinaney suki neu (Ye.) el alacrán me pica.

chijá pala (Ye.) el mestizo, el ladino.

che tz' üöma (Ye.) la rata.

chinu ti naj parri uliy mara uy (Ye.) el sol está nublado y quiere llover.

chimi urá (Ye.) ¡apaga el fuego! ya chime pa (Ye.) ya está apagado.

chipáne (Ye.) muerto; pl.: chipanil; ya está muerto.

chiputix (Ye.) tin pa uc (Cha.) barrigón.

chirí (Cha.) chúlu jurra (Ye.) enano.

chirí ti guapan (Ye.) chengoc guapí (Cha.) el pie está torcido.

chóro (Cha.) ponerse arrugado; choroké urrutí (Cha.) la cara se está arrugando.

choró ra (Cha.) se enredó.

chúlu (Ye.) pequeño; pl.: chuluclí; chulu mijya (Ye.) pollito; chulu jurra (Ye.) enano.

chúlu samaj (Ye.) angosto; pl.: chulu samajclí.

chumunúyi (Ye.) anona (anonæ variæ spec.)

chupiuc an (Cha.) ¡amontónalo!

churucú (Cha.) poco; akü (Ye.) poco; pl.: churucújli; significa también pequeño, angosto.

chuy (Cha.) negocio.

chuyone (Cha.) la criatura, el recién nacido.

D

diájli (Cha.) xinti (Ye.) ¿por qué?

dólo (Cha.) tóto (Ye.) amarillo.

dólo kehué (Cha.) yema de huevo.

E

elajá (Cha.) lengua; pl.: elajalí.

elay (Ye.) lengua; pl.: elaclí.

eljcóro (Ye.) red.

élkey (Ye.) guacal.

éma (Cha.) pañuelo; pl.: emácli.

eyma (Cha.) mazorca; pl.: eymajliki.

epéjle (Cha.) miedo; epéjle ay na frac (Cha.) este hombre tiene miedo.

eréc (Ye.) olla.

ereji frácli ay murúrri (Cha.) ay tajá murúrri (Cha.) todos son barbados.

F

frac (Cha.) júrra (Ye.) hombre; pl.: frácli (Cha.) jurraclí (Ye.) .

G

góna (Ye.) cueva, hoyo; gona sa narrig (Ye.) ventana de nariz.

guapí (Cha.) pié; pl.: guapijlí.

guapí (Cha.) pie; pl.: guapijlí.

guaré á tica (Ye.) ¡anda de prisa!

guáru (Ye.) hamaca; pl.: guarulí.

guaya (Cha.) milpa; pl.: guayajlíki.

gu urunín (Cha.) rodar.

H

huanín (Cha.) huenín (Ye.) ¿quién? huanin lic ti na jente (Cha.) ¿quiénes son estas gentes?·huanin ti nu can (Cha.) ¿a quién se lo debo dar? huanin li parvúki (Cha.) huenin li namuyu calamárra (Ye.) ¿con quién te has peleado? li muyu huaní (Ye.) linuc raia (Cha.) ¿con tu mujer? landí huanin pulajlá (Cha.) navuan ucalá (Ye.) ninguno lo hizo; huanin nac (Cha.) ¿quién eres? huanin lic najlic (Cha.) ¿quiénes son ustedes? hueni jan haya (Ye.) ¿quiénes son ellos? huanin teró ca (Cha.) huenin teró yin (Ye.) ¿a quién has matado? huanin nejlá na mácu ne (Cha.) huenin nala mu mácu (Ye.) ¿de quién es esta casa? huanin tatac (Cha). huenin tatay (Ye.) ¿quién es tu padre? huanin tinucaj huacan (Cha.) ¿a quién se lo diste? huanin li huitz' ukij huacá. (Cha.) ¿con quién te has golpeado? kuin lina mi icó (Ye.) ¿con quién se va? huenin nu cala tanay (Ye.) ¿con quién te has golpeado? huanin turaj lá (Cha.) ¿a quién se lo llevó?

huacá curú (Cha.) se me fué.

hua u uy (Cha.) pasar un río.

huajli huajli naya huasáta (Ye.) de tres en tres van llegando.

hualár (Ye.) (Cha.) tres.

huápu (Ye.) (Cha.) horcón; pl.: id. y huapuy-liki.

huapú (Ye.) el molendero, las estacas que sostienen la piedra de moler el maíz.

huápúc (Ye.) (Cha.) sandalia, caite; pl.: id.

huásco (Ye.) cedro.

huáti (Ye.) polvo.

huasta pata huijki (Ye.) el invierno ha entrado.

huastaya (Ye.) entrar; mi huastaya (Ye.) ¡entra tú!

huayá (Cha.) milpa.

huáxi (Cha.) codorniz.

huará ayin guacár (Cha.) lo revolcó el toro.

huéju (Ye.) dulce; pl.: huejuclí.

huerén (Cha.) rana; pl.: id. huerén (Cha.) rana.

hueso (Ye.) estrella; pl.: id huéxa (Cha.) estrella; pl.: huexajlíki.

huerxeki (Ye.) caer, caerse; huerxeké (Ye.) caído; kevuén huerxeké, (Ye.) la pierna se cayó; perepun huerzeké (Ye.) se cayó la mano.

huesléga uy (Ye.) la llovizna.

huerunguiy (Cha.) revolcarse; huerunguiy alotec (Cha.) él se revuelca en su cama; huerunguini yá (Cha.) yo me revuelco; ay huerguja ata nuyal útuc (Ye.) él se revuelca en su cama.

(*Continuará*)